

Boletín Oficial del Obispado de Zamora

Año CLVII Mayo-Junio 2020 Núms. 5-6

**BOLETÍN
OFICIAL
DEL
OBISPADO
DE
ZAMORA**



ISSN 1139 3726
Dep. Leg.
ZA 41 - 1958
Ediciones
Monte Casino
(Benedictinas)
Ctra. Fuentesauco
Km. 2
ZAMORA, 2020

SUMARIO

Sr. Administrador Diocesano

Decreto por el que se constituye la oficina diocesana para la recepción de informes relativos a conductas que podrían ser constitutivas de delitos de abusos sexuales.....	261
Decreto de clausura del Centro de Orientación Familiar de Zamora.....	262
Carta a los sacerdotes sobre la celebración de la Jornada Mundial de Oración por la santificación de los sacerdotes	263
Consideraciones pastorales para el Corpus Christi y Día de la Caridad.....	264
Comunicado del Obispado sobre medidas de flexibilización para el aforo en los templos y el número de personas en la comitiva del enterramiento.....	266
Carta sobre el protocolo de actuación con las medidas a tomar para evitar el contagio y propagación de la COVID-19 en los templos	267

Secretaría General

Nombramientos.....	268
Defunción: Hna. Ángela Calvo Cano, Misionera Cruzada de la Iglesia	268

Información Diocesana

8 de cada 10 alumnos estudian religión en la diócesis de Zamora.....	269
Sigue las flechas del Camino... por la Red	270

II. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN GENERAL

Santa Sede

S.S. Francisco

Carta apostólica en forma de Motu Proprio sobre la transparencia, control y competencia en los procedimientos de adjudicación de los contratos públicos de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano	273
Mensaje para la XXXV Jornada Mundial de la Juventud	275
Mensaje para la 57 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2020	281
Mensaje a las Obras Misionales Pontificias	285
Mensaje para la LIV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 2020	301
Mensaje con ocasión del Día Internacional de la Enfermería	306
Mensaje en el 50 aniversario de la promulgación del rito de la Consagración de Vírgenes	309
 <i>Congregación para el Clero</i>	
Carta del Prefecto a los presbíteros y diáconos	312
Instrucción La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia	314
 <i>Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos</i>	
Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales sobre las invocaciones “Mater misericordiae”, “Mater spei” y “Solacium migrantium” para su inclusión en las Letanías Lauretanas	359
 <i>Pontificia Academia para la Vida</i>	
Pandemia y fraternidad. Nota sobre la emergencia COVID-19	360
 Conferencia Episcopal Española	
<i>Secretaría General</i>	
Aplazamiento del Óbolo de San Pedro	369
 <i>Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales</i>	
Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2020	371
 <i>Comisión Episcopal para la Educación y Cultura</i>	
Nota sobre el Proyecto de Ley de Educación –de la LOMLOE–	373

<i>Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida</i>	
Mensaje para el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar	375
<i>Comisión Episcopal de Pastoral Social y Promoción Humana</i>	
Mensaje para la Pascua del Enfermo	380
<i>Subcomisión Episcopal de Acción Caritativa y Social</i>	
Mensaje con motivo de la celebración de la festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad	382
<i>Comisión Episcopal para la Vida Consagrada</i>	
Presentación de la Jornada Pro Orantibus	387
<i>Noticias / Prensa</i>	
La Iglesia española invita a rezar por las vocaciones desde el confinamiento	390
Jornada Mundial de Oración, ayuno y obras de misericordia por la humanidad	392
Presentación de la parte económica de la Memoria de Actividades de la Iglesia 2018.....	393
La Iglesia española y Laudato si'	395
El 63% de los alumnos eligen religión católica	396
Jornada “Enjugar las lágrimas”	397
La Iglesia aumenta su servicio a la sociedad con millones de personas beneficiadas	397
El Papa nombra a Mons. Jesús Fernández obispo de Astorga.....	402
Conversación telefónica entre S.M. el Rey y el cardenal Omella.....	403
Mons. Santiago Gómez, nuevo obispo de Huelva.....	404
El FNE recibe ayudas para 74 proyectos nuevos	406
20 de junio: Jornada virtual de Pastoral Familiar	409
Carmen Calvo se reúne con el cardenal Omella	410
VI Encuentro de Músicos Católicos	411

I. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN DIOCESANA

Sr. Administrador Diocesano

DECRETO

POR EL QUE SE CONSTITUYE LA OFICINA DIOCESANA PARA
LA RECEPCIÓN DE INFORMES RELATIVOS A CONDUCTAS QUE PODRÍAN SER
CONSTITUTIVAS DE DELITOS DE ABUSOS SEXUALES

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO, ADMINISTRADOR
DIOCESANO DE ZAMORA, SEDE VACANTE

En cumplimiento de la normativa de la Santa Sede, “Carta apostólica en forma de Motu Proprio del Sumo Pontífice Francisco “VOS ESTIS LUX MUNDI”, dada en Roma el 7 de mayo de 2019, en relación a los delitos de abuso sexual por parte de clérigos o miembros de Institutos de vida consagrada o Sociedades de vida apostólica, y lo que en ella se pide, la creación de “uno o más sistemas estables y fácilmente accesibles al público para presentar los informes” (Art. 2 § 1), por el presente

DECRETO

La constitución de una oficina diocesana encargada de llevar a cabo la recepción de informes relativos a conductas que podrían ser constitutivas de delitos sexuales, conforme la ley determina.

Para el desempeño de esta tarea se nombran a D. Raúl Román Sánchez y a Dña. María Jesús Sánchez Sanz. Y tendrá su sede en dependencias del Obispado de Zamora (C/ Puerta del Obispo, 2. 49001 Zamora. Tfno.: 980 53 18 02).

Dado en Zamora, a cuatro de mayo de dos mil veinte.

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO
Administrador Diocesano, S.V.

Por mandato del Sr. Administrador Diocesano

Juan-Carlos Alfageme Matilla
Canciller-Secretario General

DECRETO
DE CLAUSURA DEL CENTRO DE ORIENTACIÓN FAMILIAR DE ZAMORA
(C.O.F. ZAMORA)

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO, ADMINISTRADOR
DIOCESANO DE ZAMORA, SEDE VACANTE

Teniendo en cuenta el campo de actuación pastoral de la Delegación Diocesana para la Familia y Defensa de la Vida, en consonancia con la nueva distribución de los Dicasterios de la Curia Romana y el nuevo organigrama de la Conferencia Episcopal Española en relación a las Comisiones Episcopales, y constatando la escasa actividad que viene desarrollando el Centro de Orientación Familiar Diocesano, oído el parecer de los miembros del Colegio de Consultores; por el presente,

DECRETO

la clausura del Centro de Orientación Familiar de Zamora en todas sus líneas de actuación.

A partir de este momento, cualquier situación personal o familiar necesitada de atención pastoral que, hasta ahora, en su escasa actividad, era abordada desde el mencionado Centro de Orientación Familiar, será atendida, directamente, por la Delegación Diocesana para la Familia y Defensa de la Vida, en las personas de sus Delegados; quienes, en el desarrollo de sus funciones de animación pastoral en la parcela que les compete, procurarán dar la mejor respuesta posible a cada caso.

Dado en Zamora, a veinticinco de junio de dos mil veinte.

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO
Administrador Diocesano, S.V.

Por mandato del Sr. Administrador Diocesano

Juan-Carlos Alfageme Matilla
Canciller Secretario General

**CARTA A LOS SACERDOTES SOBRE LA CELEBRACIÓN
DE LA JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LA
SANTIFICACIÓN DE LOS SACERDOTES**

Zamora, 12 de junio de 2020

Estimados compañeros:

El próximo día 19 de junio, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, se celebra la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes.

Desde la Congregación para el Clero, su Prefecto, el Emmo. Sr. Cardenal Beniamino Stella, insta a que dicha jornada sea un momento propicio para reflexionar sobre la vida sacerdotal y el ministerio pastoral que los presbíteros estamos llamados a realizar. Ofrece, para esta reflexión, unos puntos sacados de la Carta que el Papa Francisco dirigió a los sacerdotes el 4 de agosto de 2019, en el 160 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars (se adjunta tanto la Carta del Papa Francisco, como las sugerencias de reflexión sacadas de esta carta).

Con este material podemos cada uno celebrar la Jornada con una dedicación a la reflexión y a una oración intensa que nos ayuden a alentar nuestro camino vocacional de santificación de la vida ministerial.

El amor que brota del Corazón de Cristo nos sostiene, nos plenifica y nos da fuerzas, ánimos, alegría y esperanza para sentirnos amados por Dios y enviados al mundo como discípulos misioneros.

Esperando que celebremos cada uno una verdadera jornada de oración por nuestra santificación, os saluda cordialmente,

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO
Administrador Diocesano, S.V.

CONSIDERACIONES PASTORALES PARA EL CORPUS CHRISTI Y DÍA DE LA CARIDAD

Estimados diocesanos:

Celebramos este año la solemnidad del Corpus Christi bajo el sentimiento de dolor e incertidumbre que está generando esta pandemia que nos ha tocado vivir. De todos modos, la esperanza cristiana que proviene del amor entregado por Cristo al mundo hasta dar la vida y ofrecerse como alimento tiene que ser la garante de la celebración de este día, de nuestra comprensión y asunción de lo que está ocurriendo y de nuestro compromiso con la búsqueda de soluciones.

La COVID-19 ha cambiado nuestros hábitos cotidianos, hasta el punto de no reconocernos en ellos, la forma de relacionarnos entre nosotros, de concebir el aislamiento, de acompañar los últimos momentos de la vida de nuestros seres queridos, de entender la misma muerte; en definitiva, la comprensión del hombre y su sitio en este mundo creado.

En este Día de Caridad se nos pide que nos abramos confiadamente al amor del Padre y que abramos bien los ojos y los oídos para ver las muchas necesidades de nuestro mundo y escuchar el clamor de tantos y tantos hombres y mujeres que son vulnerables en muchos aspectos, que viven marginados en nuestras sociedades o los empieza a marginar la situación creada por la pandemia, que son excluidos en su dignidad humana, que pasan desapercibidos y anónimos para otros.

Esta situación que ya se vivía y no nos era ajena, se ha acrecentado, y las previsiones hablan de que se acrecentará más, con realidades de inseguridad económica y laboral, de falta de recursos básicos para vivir, de pérdida de empleos, ... Está surgiendo una sociedad mucho más frágil y con una hoja de ruta con pocas certezas.

Ante la misma, reconocemos que nos alientan los múltiples gestos de solidaridad que, en las duras experiencias vividas, han llevado a cabo trabajadores de todo tipo, voluntarios, personas de cualquier condición y edad, responsables; entregados todos a aliviar el sufrimiento y hacer más fácil el día a día de este tormento; y que son signos de la bondad y el bien que anidan en la condición humana y la comprensión de esta en su aspecto de comunión.

La entrega de Jesús por todos y para todos nos urge, en este Día de Caridad, a dar una respuesta a muchas situaciones humanas de verdadera necesidad. Tenemos que plantearnos ante esto que está sucediendo, ¿cómo vivir?, ¿qué ofrecer a los demás?, ¿cómo urgir a instituciones y colectivos a que ejerzan la solidaridad en el acompañamiento a los necesitados y la respuesta a sus penurias para que se sientan reconocidos en su dignidad?

Tenemos que apostar, por responsabilidad humana y por exigencia evangélica, por un tipo de vida austero, sencillo, saludable; hemos de dar de nuestro tiempo, de nuestras cualidades, de nuestras posibilidades económicas; y hemos de ser críticos con las instituciones para que ayuden a que los desfavorecidos que van a salir de este trago amargo vean amparadas sus vidas con la dignidad que se merecen. Como cristianos, tenemos que sacar todo lo que tenemos, que el Señor lo multiplicará (cf. multiplicación de los panes y los peces. Mt 14, 13-21).

Nuestra Cáritas Diocesana siempre ha estado ahí, en la lucha contra todo tipo de marginación, en el frente a favor de la dignidad de la persona, en la escucha y atención de tantas y tantas realidades personales que tienen rostro y nombre. Y en esta situación lo sigue haciendo, con toda la entrega y dedicación que la dificultad exige. Como Iglesia Diocesana que es, Cáritas nos pide que, en este Día y en los sucesivos, colaboremos con lo que somos (voluntariado) y con lo que tenemos (medios económicos), para ayudar a paliar, en lo que sea posible, los efectos desastrosos en muchos campos, consecuencia de lo que estamos viviendo.

A nivel diocesano se ha constituido un fondo de solidaridad para ayudar en lo más básico (alimentos, medicamentos, suministros, vivienda, comedores, ...) a todos aquellos que la experiencia vivida de la COVID-19 los ha dejado desasistidos, o más de lo que ya estaban. Hago una llamada de atención a particulares, colectivos, instituciones, ... a colaborar económicamente en este fondo o aportar en la forma que sea, cualquier contribución será muy bien recibida, con la finalidad de hacer un poco más digna y llevadera la vida de cada día a tantas y tantas personas y familias enteras que están sufriendo en lo más hondo de su ser las consecuencias de esta crisis, y que van a quedar muy tocadas por ella si no se le pone remedio.

Tenemos que ejercer la caridad, hoy más que nunca, para hacer frente a la marginación, la vulnerabilidad social, la falta de consideración, la desigualdad de cualquier tipo; con ello testimoniaremos que nuestro amor no es una farsa (cf. Rom 12,9).

El lema de esta jornada: ‘Pon en marcha tu compromiso para mejorar el mundo’ ha de llevarnos a valorar a los más necesitados por lo que son, por lo que tienen que significar para nosotros y por la preferencia con la que son considerados por Dios; para, desde ahí, ofrecerles un desarrollo integral y abrirles horizontes de esperanza.

Escriben los obispos de la Subcomisión Episcopal de Acción Caritativa y Social de la Conferencia Episcopal Española con motivo de este Día: “La Iglesia, la familia de los hijos de Dios, imitando a su Maestro, quiere seguir ofreciendo el sustento material a quien lo necesita, el acompañamiento a quienes se sienten solos y el alimento espiritual, que nace de la Palabra y de los Sacramentos, a todos los que tienen hambre de Dios o necesitan encontrarse con Él para descubrir el verdadero sentido de su vida. Esta es la gran obra social que la Iglesia, nacida del mismo Jesucristo, quiere seguir realizando hasta el encuentro definitivo con el Padre”.

Que nuestro compromiso como cristianos o como hombres de bien sea la consideración del otro como persona, llamada a llevar a cabo su historia personal en el desarrollo armónico de todas las facetas de la existencia, con una vida digna tanto en lo personal como en lo social.

Recibid un saludo fraternal,

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO
Administrador Diocesano, S.V.

COMUNICADO DEL OBISPADO SOBRE MEDIDAS DE FLEXIBILIZACIÓN PARA EL AFORO EN LOS TEMPLOS Y EL NÚMERO DE PERSONAS EN LA COMITIVA DEL ENTERRAMIENTO

Zamora, 22 de mayo de 2020

En el BOE de hoy, viernes, 22 de mayo, en el artículo 8, se flexibilizan restricciones impuestas para la fase 0 y la fase 1, **con un ámbito de aplicación a los municipios de menos de 10.001 habitantes y densidad de población inferior a 100 habitantes por kilómetro cuadrado**, con relación al aforo en los templos y la comitiva en los enterramientos.

Por tanto, a tenor de lo expuesto anteriormente, a partir de hoy **se podrá utilizar el 50% del aforo del templo y la presencia de 25 personas**

en la comitiva del enterramiento para los municipios de menos de 10.001 habitantes y una densidad de población inferior a 100 habitantes por kilómetro cuadrado. En nuestro caso, en todas las parroquias de la Diócesis menos en las de Zamora, Benavente y Morales del Vino (se adjunta BOE de fechas 16 y 22 de mayo, que justifican lo anteriormente dicho).

CARTA SOBRE EL PROTOCOLO DE ACTUACIÓN CON LAS MEDIDAS A TOMAR PARA EVITAR EL CONTAGIO Y PROPAGACIÓN DE LA COVID-19 EN LOS TEMPLOS

Zamora, 22 de junio de 2020

Estimados sacerdotes y consagrados:

El Boletín Oficial de Castilla y León, de fecha 20 de junio de 2020 (BOCYL nº 123), recoge el acuerdo por el que se aprueba, para esta comunidad autónoma, el Plan de Medidas de Prevención y Control para hacer frente a la crisis ocasionada por la COVID-19; pues, al cesar el estado de alarma, las competencias han pasado a las comunidades autónomas, a las 00:00 horas de ayer, día 21.

Este acuerdo nos afecta a nosotros en los puntos ANEXO 2.1.j; 2.7; 3.3; 3.4 y 3.5. (Se adjunta esta normativa).

En el punto ANEXO 2.1.j se pide que haya una referencia documental del protocolo que se tiene que llevar a cabo para evitar los contagios por COVID-19, que pueda ser presentada a la autoridad sanitaria si ésta la requiere.

Por tanto, cada persona responsable de un templo deberá elaborar, por escrito, un protocolo de actuación en el que aparezcan las medidas a tomar para evitar el contagio y propagación de la COVID-19, y que puedan ser conocidas por todos. Documento que ha de estar colocado en un lugar accesible a su consulta en cualquier momento.

Esperando que, aun en las dificultades y con las exigencias de la ‘nueva normalidad’, pongamos todo el empeño en seguir ofreciendo el mensaje de Jesús, Camino, Verdad y Vida; os saluda cordialmente,

JOSÉ-FRANCISCO MATÍAS SAMPEDRO
Administrador Diocesano, S.V.

Secretaría General

NOMBRAMIENTOS

4 de mayo de 2020

D. Raúl Román Sánchez y Dña. María Jesús Sánchez Sanz,
Encargados de la Oficina diocesana para la recepción de informes
relativos a conductas relacionadas con delitos de abusos sexuales.

DEFUNCIÓN

Hna. Ángela Calvo Cano, Misionera Cruzada de la Iglesia

H. Ángela Calvo Cano, nació el 19 de noviembre de 1932, en Casa-seca de las Chanas, Zamora (España), ingresó a la Congregación el 12 de febrero de 1960, pasó al noviciado el 30 de agosto de 1960, su primera profesión fue el 12 de septiembre de 1962, e hizo los votos perpetuos el 3 de diciembre de 1968.

Como Misionera Cruzada de la Iglesia, ha sido una mujer disponible a los envíos que la Congregación le ha pedido, su vocación misionera la ha desempeñado principalmente en las casas de ejercicios espirituales y catequesis en las Parroquias. Se distinguía por su espíritu alegre, sencillez y abnegado.

Además de atender las casas de ejercicios, intentaba combinar con la misión de bajar a la calle, generando relaciones de cercanía, acogida y dejaba en la gente, huellas de alegría y esperanza, de modo especial, en esta última etapa en su querida Zamora.

Su primer destino fue el año 1962 a la casa de ejercicios de Ronda, Málaga, en esta presencia estuvo en dos ocasiones.

En 1963, es destinada a Madrid, para prestar su servicio en la casa de ejercicios de Carabanchel.

En 1968, es destinada a la casa de ejercicios de Plasencia y alternando dentro de lo posible su servicio a la Parroquia, siendo catequista.

Es destinada a Zamora el año 1973 para la atención de la casa de ejercicios. En la misma comunidad en 1985, fue encargada de la Residencia de jóvenes estudiantes, y a su vez, colaboraba en la catequesis de la Parroquia.

El año 1976, fue destinada a Ciudad Rodrigo para la atención de la Guardería y como era su proceder, dando catequesis en la Parroquia.

Otro de sus destinos fue Pontevedra, el año 2008, para la atención del Albergue, desempeñó este servicio acogiendo a los peregrinos del Camino de Santiago, con su trato sociable fue dejando huellas de alegría. Así lo atestiguan las hermanas.

Algunas hermanas que han vivido con H. Ángela dicen que era amiga de la naturaleza, descubría a Dios en la contemplación y cuidado del jardín, en los lugares donde ha estado y también tenía el don de crear amistad profunda con los demás.

El Señor le concedió la gracia de irse con Él, el 18 de junio de 2020. Damos gracias a Dios por su vida, por el servicio generoso a la Congregación.

H. Ángela tu misión en las casas de ejercicios fue “en todo amar y servir”. Intercede por la Iglesia, nuestra Congregación y por tu familia. ¡Descansa en Paz!

Información Diocesana

Por la Delegación Diocesana de Medios de Comunicación Social

8 DE CADA 10 ALUMNOS ESTUDIAN RELIGIÓN EN LA DIÓCESIS DE ZAMORA

Prácticamente el 80% de los alumnos de los centros educativos, públicos y concertados, de la diócesis de Zamora, cursan la asignatura de religión en los niveles de Infantil, Primaria, Secundaria y Bachillerato. Es decir, de los 14.785 alumnos matriculados, 11.713 estudian Religión Católica

Zamora, 11/6/2020. La diócesis de Zamora ha hecho públicos los datos correspondientes a la matriculación de alumnos de Religión Católica durante el curso 2019-20, destacando que está 7 puntos porcentuales por encima de la media regional y 17 puntos por encima de la media nacional.

De los aproximadamente 10.000 alumnos con posibilidad de elegir Religión en los centros públicos de la diócesis, algo más de 7.000 lo hi-

cieron en este curso 2019-20, por tanto un 70% de las familias matriculan a sus hijos en clase de Religión en la red pública. En lo que respecta a la red concertada, de los 4.700 alumnos que estudian en estos colegios de Zamora, 4.668 eligieron esta asignatura alcanzando el 99% del total.

Entre la escuela pública y la concertada suman por tanto 11.713 alumnos matriculados en Religión Católica de un total de 14.785 matrículas. Estos datos han sido muy bien recibidos por la Delegación Diocesana de Enseñanza y suponen “un espaldarazo para los profesores de Religión de Zamora, que solo en la escuela pública, son medio centenar con dedicación exclusiva”, afirma el delegado de Enseñanza, Juan Carlos López.

#ReliEsMás y #StopLeyCelaá

La diócesis de Zamora se felicita por los resultados de este último curso académico y vuelve a pedir responsabilidad política a las administraciones públicas a la hora de diseñar y aplicar la próxima ley educativa, que no debe obviar el mayoritario apoyo de las familias a la enseñanza de las religiones en general y que, en línea con los modelos educativos europeos, debe serenar las tensiones innecesarias que siempre se generan en torno a esta disciplina académica.

En este sentido, el movimiento #ReliEsMas, promovido desde la Delegación Diocesana de Enseñanza de Zamora y que quiere ser voz de los más de 3,3 millones de alumnos de religión de España, ha dejado claro en las últimas semanas que la enseñanza de las religiones no puede ser moneda de cambio ni causa de enfrentamiento por razones ideológicas a la hora de plantear una nueva ley educativa.

En palabras del delegado diocesano de Enseñanza, Juan Carlos López: “la ministra Celaá, si quiere hacer política inclusiva y respetuosa con los valores constitucionales no puede arrinconar esta asignatura rebajando su presencia curricular o circunscribiéndola a un marco académico insostenible”.

SIGUE LAS FLECHAS DEL CAMINO... POR LA RED

Zamora, 17/6/2020. La diócesis de Zamora, a través del secretariado de pastoral para la adolescencia y la juventud, ha diseñado un formato juvenil y digital –con algunos momentos presenciales– para realizar la pe-

regrinación a Santiago de Compostela del 5 al 11 de julio. Una iniciativa que no es nueva en la diócesis, pero que este año viene marcada por la situación de pandemia y la imposibilidad de mantener la peregrinación convencional.

Se trata de la V edición de *Sigue las Flechas del Camino*, una peregrinación para jóvenes (a partir de los 16 años) que ha ofrecido los últimos años la diócesis y que ha contado con una excelente acogida desde los inicios.

El sacerdote y director del secretariado, Florentino Pérez, explica que se ha creado una APP en la que se marcarán los kilómetros a recorrer en cada jornada y el propio dispositivo irá contabilizando los pasos del peregrino. Al finalizar el día habrá un encuentro presencial a través de una aplicación virtual en la que se encontrarán todos los peregrinos y podrán compartir su experiencia y un rato de oración.

Los detalles

¿En qué consiste esta experiencia?

Cada día estará marcado por dos momentos: Uno de camino y otro de encuentro.

a) Tiempo de camino: Cada día todos los participantes tendrán un **objetivo de kilómetros** que tendrán que recorrer dónde, cómo y cuándo quieran dentro de ese día. Para registrar la distancia recorrida se usará una app gratuita en la que se encuentren todos los participantes en el Camino. Esa distancia podrá recorrerse en cualquier punto geográfico que elija cada participante; podrá realizarse caminando, corriendo, a caballo o en bici; y se tendrá la opción de caminar solo o en grupos de zona, juntándose los participantes de un lugar determinado (pueblo, barrio, ciudad o comarca).

Por otro lado, cada día habrá un tema contenido en un material que se facilitará a todos los participantes a través de un grupo de WhatsApp que se cree con tal fin. Ese material ofrecerá **pautas para vivir cada día en clave de reflexión y oración** partiendo de la propia vida de cada persona que participe.

b) Tiempo de encuentro: Cada día, en la noche, se convocará un encuentro virtual de todos los participantes **a través de Zoom**, en el que se tendrá la oportunidad de compartir lo vivido en el día, reflexionar en torno al tema de cada jornada y concluir con un breve tiempo de oración. Cada encuentro tendrá una duración de 45 minutos.

Además, en esta experiencia se incluyen **dos momentos de encuentro presencial:** al inicio un encuentro de envío, en el que se conocerán todos los participantes; y al final, una Misa del Peregrino.

En ambos momentos se cumplirán las normas de prevención establecidas ante el COVID-19 en cuanto a distanciamiento y desinfección.

Inscripciones

Para participar en esta experiencia, los interesados deberán complementar un formulario de inscripción online, disponible en <http://www.siguelasflechasdelcamino.com>. Esta inscripción implicará el inscribirse también en la app que registre la distancia recorrida y en el grupo de WhatsApp; además del uso de la app de Zoom.

II. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN GENERAL

Santa Sede

S. S. Francisco

**CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU
PROPRIO» DEL SUMO PONTÍFICE FRANCISCO
SOBRE LA TRANSPARENCIA, EL CONTROL
Y LA COMPETENCIA EN LOS PROCEDIMIENTOS
DE ADJUDICACIÓN DE LOS CONTRATOS PÚBLICOS
DE LA SANTA SEDE Y DEL ESTADO DE LA CIUDAD
DEL VATICANO**

La diligencia del buen padre de familia es un principio general y de máximo respeto, en base al cual todos los administradores están obligados a cumplir con sus funciones. El derecho canónico lo exige explícitamente en relación con los bienes eclesiásticos (c. 1284 § 1 CIC), pero en general es aplicable a cualquier otro administrador.

La economía mundial y una creciente interdependencia han dado lugar a la posibilidad de obtener considerables ahorros como resultado de la operatividad de múltiples oferentes de bienes y servicios. Estas posibilidades deben utilizarse sobre todo en la gestión de los bienes públicos, donde es aún más sentida y urgente la necesidad de una administración fiel y honesta, dado que en este ámbito el administrador está llamado a asumir la responsabilidad de los intereses de una comunidad, que van mucho más allá de los individuales o de los que se derivan de intereses particulares.

Esta necesidad también ha fomentado una reglamentación específica y coherente en el seno de la comunidad internacional, que ya cuenta con principios y normas que inspiran la conducta y muestran la experiencia de los distintos Estados. Es útil referirse a este patrimonio normativo, con sus “buenas prácticas” asociadas, si bien teniendo en cuenta los principios fundamentales y las finalidades propias del orden canónico y la peculiaridad del que atañe al Estado de la Ciudad del Vaticano.

Para permitir una gestión más eficaz de los recursos, he decidido, por tanto, aprobar un conjunto de normas destinadas a favorecer la transparencia, el control y la concurrencia en los procedimientos de adjudicación de los contratos públicos estipulados por cuenta de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Con ellas quiero fijar los principios generales y delinear un procedimiento único en la materia, mediante un corpus normativo válido para los diversos entes de la Curia Romana, para las instituciones vinculadas administrativamente a la Santa Sede, para la Gobernación del Estado, así como para las demás personas jurídicas públicas canónicas específicamente individuadas.

Al mismo tiempo, a pesar de su unidad y homogeneidad, esta disciplina contempla aquellas diferencias necesarias entre la Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano que son bien conocidas por el derecho y consideradas universalmente por la praxis jurídica, incluida la internacional, así como las finalidades propias de cada Entidad que, por razón de su único servicio eclesial, está llamada a aplicarlas.

La promoción de una aportación concurrente y leal de los operadores económicos, junto con la transparencia y el control de los procedimientos de adjudicación de contratos, permitirá una mejor gestión de los recursos que la Santa Sede administra para alcanzar los fines propios de la Iglesia (cf. c. 1254 CIC), garantizando a los mismos operadores la paridad de tratamiento y la posibilidad de participar a través de un Registro especial de los operadores económicos y de los procedimientos específicos.

La operatividad de todo el sistema constituirá, además, un obstáculo para los acuerdos restrictivos y permitirá reducir considerablemente el peligro de corrupción de los que están llamados a gobernar y administrar los órganos de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Esta normativa, de carácter sustancial, va acompañada de una normativa procesal destinada a garantizar el recurso a la tutela jurisdiccional en caso de controversias sobre los procedimientos de adjudicación de los contratos públicos o relacionadas con los procesos de inscripción o de cancelación del Registro de los operadores económicos.

La especificidad de la materia y el tecnicismo de la normativa sustancial justifican la ampliación de la jurisdicción de los órganos judiciales del Estado de la Ciudad del Vaticano, a los que se atribuye la competencia para conocer las eventuales controversias, aunque se refieran a los entes de la Curia Romana, sin perjuicio de la competencia del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica en caso de conflicto de atribución.

Ahora, pues, habiendo puesto a punto la redacción final de las normas mencionadas, después de haberme consultado y considerado debidamente el conjunto, delibero Motu proprio, cierta ciencia y autoridad soberana, aprobar las normativas contenidas en los textos adjuntos a la presente acta, que se consideran partes integrantes de la misma, que deben observarse en todas sus partes, no obstante, cualquier cosa contraria, aunque sea digna de mención particular.

Dispongo que el original de este Motu proprio sea promulgado mediante su publicación en el sitio Internet de *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor treinta días después, y luego publicado en los *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, en San Pedro, el 19 de mayo de 2020, el octavo del Pontificado.

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXXV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Domingo de Ramos, 5 de abril de 2020

“¡Joven, a ti te digo, levántate!” (cf. Lc 7,14)

Queridos jóvenes:

En octubre de 2018, con el Sínodo de los Obispos sobre el tema: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, la Iglesia comenzó un proceso de reflexión sobre vuestra condición en el mundo actual, sobre vuestra búsqueda de sentido y de un proyecto de vida, sobre vuestra relación con Dios. En enero de 2019, encontré a cientos de miles de coetáneos vuestros de todo el mundo, reunidos en Panamá para la Jornada Mundial de la Juventud. Eventos de este tipo –Sínodo y JMJ– expresan una dimensión esencial de la Iglesia: el “caminar juntos”.

En este camino, cada vez que alcanzamos un hito importante, Dios y la misma vida nos desafían a comenzar de nuevo. Vosotros los jóvenes sois expertos en esto. Os gusta viajar, confrontaros con lugares y rostros jamás vistos antes, vivir experiencias nuevas. Por eso, elegí como meta

de vuestra próxima peregrinación intercontinental, en el 2022, la ciudad de Lisboa, capital de Portugal. Desde allí, en los siglos XV y XVI, numerosos jóvenes, muchos de ellos misioneros, partieron hacia tierras desconocidas, para compartir también su experiencia de Jesús con otros pueblos y naciones. El tema de la JMJ de Lisboa será: «María se levantó y partió sin demora» (Lc 1,39). En estos dos años precedentes, he pensado en que reflexionemos juntos sobre otros dos textos bíblicos: “¡Joven, a ti te digo, levántate!” (cf. Lc 7,14), en el 2020, y “¡Levántate! ¡Te hago testigo de las cosas que has visto!” (cf. Hch 26,16), en el 2021.

Como podéis comprobar, el verbo común en los tres temas es *levantarse*. Esta expresión asume también el significado de resurgir, despertarse a la vida. Es un verbo recurrente en la Exhortación *Christus vivit* (Vive Cristo), que os he dedicado después del Sínodo de 2018 y que, junto con el Documento final, la Iglesia os ofrece como un faro para iluminar los senderos de vuestra existencia. Espero de todo corazón que el camino que nos llevará a Lisboa concuerde en toda la Iglesia con un fuerte compromiso para aplicar estos dos documentos, orientando la misión de los animadores de la pastoral juvenil.

Pasemos ahora a nuestro tema para este año: *¡Joven, a ti te digo, levántate!* (cf. Lc 7,14). Ya cité este versículo del Evangelio en la *Christus vivit*: «Si has perdido el vigor interior, los sueños, el entusiasmo, la esperanza y la generosidad, ante ti se presenta Jesús como se presentó ante el hijo muerto de la viuda, y con toda su potencia de Resucitado el Señor te exhorta: “*Joven, a ti te digo, ¡levántate!*” (cf. Lc 7,14)» (n. 20).

Este pasaje nos cuenta cómo Jesús, entrando en la ciudad de Naín, en Galilea, se encontró con un cortejo fúnebre que acompañaba a la sepultura a un joven, hijo único de una madre viuda. Jesús, impresionado por el dolor desgarrador de esa mujer, realizó el milagro de resucitar a su hijo. Pero el milagro llegó después de una secuencia de actitudes y gestos: «Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: “No llores”. Y acercándose al féretro, lo tocó (los que lo llevaban se pararon)» (Lc 7,13-14). Detengámonos a meditar sobre alguno de estos gestos y palabras del Señor.

Ver el dolor y la muerte

Jesús puso su mirada atenta, no distraída, en ese cortejo fúnebre. En medio de la multitud percibió el rostro de una mujer con un sufrimiento

extremo. Su mirada provocó el encuentro, fuente de vida nueva. No hubo necesidad de muchas palabras.

Y mi mirada, ¿cómo es? ¿Miro con ojos atentos, o lo hago como cuando doy un vistazo rápido a las miles de fotos de mi celular o de los perfiles sociales? Cuántas veces hoy nos pasa que somos testigos oculares de muchos eventos, pero nunca los vivimos en directo. A veces, nuestra primera reacción es grabar la escena con el celular, quizás omitiendo mirar a los ojos a las personas involucradas.

A nuestro alrededor, pero a veces también en nuestro interior, encontramos realidades de muerte: física, espiritual, emotiva, social. ¿Nos damos cuenta o simplemente sufrimos las consecuencias de ello? ¿Hay algo que podamos hacer para volver a dar vida?

Pienso en tantas situaciones negativas vividas por vuestros coetáneos. Hay quien, por ejemplo, se juega todo en el hoy, poniendo en peligro su propia vida con experiencias extremas. Otros jóvenes, en cambio, están “muertos” porque han perdido la esperanza. Escuché decir a una joven: “Entre mis amigos veo que se ha perdido el empuje para arriesgar, el valor para levantarse”. Por desgracia, también entre los jóvenes se difunde la depresión, que en algunos casos puede llevar incluso a la tentación de quitarse la vida. Cuántas situaciones en las que reina la apatía, en las que caemos en el abismo de la angustia y del remordimiento. Cuántos jóvenes lloran sin que nadie escuche el grito de su alma. A su alrededor hay tantas veces miradas distraídas, indiferentes, de quien quizás disfruta su propia *happy hour* manteniéndose a distancia.

Hay quien sobrevive en la superficialidad, creyéndose vivo mientras por dentro está muerto (cf. *Ap* 3,1). Uno se puede encontrar con veinte años arrastrando su vida por el suelo, sin estar a la altura de la propia dignidad. Todo se reduce a un “dejar pasar la vida” buscando alguna gratificación: un poco de diversión, algunas migajas de atención y de afecto por parte de los demás... Hay también un difuso narcisismo digital, que influye tanto en los jóvenes como en los adultos. Muchos viven así. Algunos de ellos puede que hayan respirado a su alrededor el materialismo de quien solo piensa en hacer dinero y alcanzar una posición, casi como si fuesen las únicas metas de la vida. Con el tiempo aparecerá inevitablemente un sordo malestar, una apatía, un aburrimiento de la vida cada vez más angustioso.

Las actitudes negativas también pueden ser provocadas por los fracasos personales, cuando algo que nos importaba, para lo que nos habíamos comprometido, no progresa o no alcanza los resultados espera-

dos. Puede suceder en el ámbito escolar, con las aspiraciones deportivas, artísticas... El final de un “sueño” puede hacernos sentir muertos. Pero los fracasos forman parte de la vida de todo ser humano, y en ocasiones pueden revelarse también como una gracia. Muchas veces, lo que pensábamos que nos haría felices resulta ser una ilusión, un ídolo. Los ídolos pretenden todo de nosotros haciéndonos esclavos, pero no dan nada a cambio. Y al final se derrumban, dejando solo polvo y humo. En este sentido los fracasos, si derriban a los ídolos, son una bendición, aunque nos hagan sufrir.

Podríamos seguir con otras condiciones de muerte física o moral en las que un joven se puede encontrar, como las dependencias, el crimen, la miseria, una enfermedad grave... Pero dejo para vuestra reflexión personal tomar conciencia de lo que ha causado “muerte” en vosotros o en alguien cercano, en el presente o en el pasado. Al mismo tiempo, recordemos que aquel muchacho del Evangelio, que estaba verdaderamente muerto, volvió a la vida porque fue *mirado* por Alguien que quería que viviera. Esto puede suceder incluso hoy y cada día.

Tener compasión

Con frecuencia, las Sagradas Escrituras expresan el estado de ánimo de quien se deja tocar “hasta las entrañas” por el dolor ajeno. La conmoción de Jesús lo hace partícipe de la realidad del otro. Toma sobre sí la miseria del otro. El dolor de esa madre se convierte en su dolor. La muerte de ese hijo se convierte en su muerte.

En muchas ocasiones los jóvenes demostráis que sabéis *con-padecer*. Es suficiente ver cuántos de vosotros se entregan con generosidad cuando las circunstancias lo exigen. No hay desastre, terremoto, aluvión que no vea ejércitos de jóvenes voluntarios disponibles para echar una mano. También la gran movilización de jóvenes que quieren defender la creación testimonia vuestra capacidad para oír el grito de la tierra.

Queridos jóvenes: No os dejéis robar esa sensibilidad. Que siempre podáis escuchar el gemido de quien sufre; deaos conmover por aquellos que lloran y mueren en el mundo actual. «Ciertas realidades de la vida solamente se ven con los ojos limpios por las lágrimas» (*Christus vivit*, 76). Si sabéis llorar con quien llora, seréis verdaderamente felices. Muchos de vuestros coetáneos carecen de oportunidades, sufren violencia, persecución. Que sus heridas se conviertan en las vuestras, y seréis portadores de esperanza para este mundo. Podréis decir al hermano, a la

hermana: “Levántate, no estás solo”, y hacer experimentar que Dios Padre nos ama y que Jesús es su mano tendida para levantarnos.

Acercarse y “tocar”

Jesús detiene el cortejo fúnebre. Se acerca, se hace prójimo. La cercanía nos empuja más allá y se hace gesto valiente para que el otro viva. Gesto profético. Es el toque de Jesús, el Viviente, que comunica la vida. Un toque que infunde el Espíritu Santo en el cuerpo muerto del muchacho y reaviva de nuevo sus funciones vitales.

Ese toque penetra en la realidad del desánimo y de la desesperación. Es el toque de la divinidad, que pasa también a través del auténtico amor humano y abre espacios impensables de libertad, dignidad, esperanza, vida nueva y plena. La eficacia de este gesto de Jesús es incalculable. Esto nos recuerda que también un signo de cercanía, sencillo pero concreto, puede suscitar fuerzas de resurrección.

Sí, también vosotros jóvenes podéis acercaros a las realidades de dolor y de muerte que encontráis, podéis tocarlas y generar vida como Jesús. Esto es posible, gracias al Espíritu Santo, si vosotros antes habéis sido tocados por su amor, si vuestro corazón ha sido enternecido por la experiencia de su bondad hacia vosotros. Entonces, si sentís dentro la conmovedora ternura de Dios por cada criatura viviente, especialmente por el hermano hambriento, sediento, enfermo, desnudo, encarcelado, entonces podréis acercaros como Él, tocar como Él, y transmitir su vida a vuestros amigos que están muertos por dentro, que sufren o han perdido la fe y la esperanza.

“¡Joven, a ti te digo, levántate!”

El Evangelio no dice el nombre del muchacho que Jesús resucitó en Naín. Esto es una invitación al lector para que se identifique con él. Jesús te habla a ti, a mí, a cada uno de nosotros, y nos dice: «¡Levántate!». Sabemos bien que también nosotros cristianos caemos y nos debemos levantar continuamente. Solo quien no camina no cae, pero tampoco avanza. Por eso es necesario acoger la ayuda de Cristo y hacer un acto de fe en Dios. El primer paso es aceptar levantarse. La nueva vida que Él nos dará será buena y digna de ser vivida, porque estará sostenida por Alguien que también nos acompañará en el futuro, sin dejarnos nunca, ayudándonos a gastar nuestra existencia de manera digna y fecunda.

Es realmente una nueva creación, un nuevo nacimiento. No es un condicionamiento psicológico. Probablemente, en los momentos de dificultad, muchos de vosotros habréis sentido repetir las palabras “mágicas” que hoy están de moda y deberían solucionarlo todo: “Debes creer en ti mismo”, “tienes que encontrar fuerza en tu interior”, “debes tomar conciencia de tu energía positiva” ... Pero todas estas son simples palabras y para quien está verdaderamente “muerto por dentro” no funcionan. La palabra de Cristo es de otro espesor, es infinitamente superior. Es una palabra divina y creadora, que sola puede devolver la vida allí donde se había extinguido.

La nueva vida “de resucitados”

El joven, dice el Evangelio, «empezó a hablar» (Lc 7,15). La primera reacción de una persona que ha sido tocada y restituida a la vida por Cristo es expresarse, manifestar sin miedo y sin complejos lo que tiene dentro, su personalidad, sus deseos, sus necesidades, sus sueños. Tal vez nunca antes lo había hecho, convencida de que nadie iba a poder entenderla.

Hablar significa también entrar en relación con los demás. Cuando estamos “muertos” nos encerramos en nosotros mismos, las relaciones se interrumpen, o se convierten en superficiales, falsas, hipócritas. Cuando Jesús vuelve a darnos vida, nos “restituye” a los demás (cf. v. 15).

Hoy a menudo hay “conexión” pero no comunicación. El uso de los dispositivos electrónicos, si no es equilibrado, puede hacernos permanecer pegados a una pantalla. Con este mensaje quisiera lanzar, junto a vosotros, los jóvenes, el desafío de un giro cultural, a partir de este “levántate” de Jesús. En una cultura que quiere a los jóvenes aislados y replegados en mundos virtuales, hagamos circular esta palabra de Jesús: “Levántate”. Es una invitación a abrirse a una realidad que va mucho más allá de lo virtual. Esto no significa despreciar la tecnología, sino utilizarla como un medio y no como un fin. “Levántate” significa también “sueña”, “arriesga”, “comprométete para cambiar el mundo”, enciende de nuevo tus deseos, contempla el cielo, las estrellas, el mundo a tu alrededor. “Levántate y sé lo que eres”. Gracias a este mensaje, muchos rostros apagados de jóvenes que están a nuestro alrededor se animarán y serán más hermosos que cualquier realidad virtual.

Porque si tú das la vida, alguno la acoge. Una joven dijo: “Si ves algo bonito, te levantas del sofá y decides hacerlo tú también”. Lo que es her-

moso suscita pasión. Y si un joven se apasiona por algo, o mejor, por Alguien, finalmente se levanta y comienza a hacer cosas grandes; de muerto que estaba, puede convertirse en testigo de Cristo y dar la vida por Él.

Queridos jóvenes: ¿Cuáles son vuestras pasiones y vuestros sueños? Hacedlos surgir y, a través de ellos, proponed al mundo, a la Iglesia, a los otros jóvenes, algo hermoso en el campo espiritual, artístico, social. Os lo repito en mi lengua materna: *¡hagan lío!* Haced escuchar vuestra voz. De otro joven escuché: “Si Jesús hubiese sido uno que no se implica, que va solo a lo suyo, el hijo de la viuda no habría resucitado”.

La resurrección del muchacho lo reúne con su madre. En esta madre podemos ver a María, nuestra Madre, a quien encomendamos a todos los jóvenes del mundo. En ella podemos reconocer también a la Iglesia, que quiere acoger con ternura a cada joven, sin excepción. Pidamos, pues, a María por la Iglesia, para que sea siempre madre de sus hijos que permanecen en la muerte, y que llora e invoca para que vuelvan a la vida. Por cada uno de sus hijos que muere, muere también la Iglesia, y por cada hijo que resurge, también ella resurge.

Bendigo vuestro camino. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 11 de febrero de 2020, Memoria de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes.

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 57 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Las palabras de la vocación

Queridos hermanos y hermanas:

El 4 de agosto del año pasado, en el 160 aniversario de la muerte del santo Cura de Ars, quise ofrecer una Carta a los sacerdotes, que por la llamada que el Señor les hizo, gastan la vida cada día al servicio del Pueblo de Dios.

En esa ocasión, elegí cuatro palabras clave –*dolor, gratitud, ánimo y alabanza*– para agradecer a los sacerdotes y apoyar su ministerio. Considero que hoy, en esta 57 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, esas palabras se pueden retomar y dirigir a todo el Pueblo de Dios, a la luz de un pasaje evangélico que nos cuenta la singular experiencia de Jesús y Pedro durante una noche de tempestad, en el lago de Tiberíades (cf. *Mt* 14,22-33).

Después de la multiplicación de los panes, que había entusiasmado a la multitud, Jesús ordenó a los suyos que subieran a la barca y lo precedieran en la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. La imagen de esta travesía en el lago evoca de algún modo el viaje de nuestra existencia. En efecto, la barca de nuestra vida avanza lentamente, siempre inquieta porque busca un feliz desembarco, dispuesta para afrontar los riesgos y las oportunidades del mar, aunque también anhela recibir del timonel un cambio de dirección que la ponga finalmente en el rumbo adecuado. Pero, a veces puede perderse, puede dejarse encandilar por ilusiones en lugar de seguir el faro luminoso que la conduce al puerto seguro, o ser desafiada por los vientos contrarios de las dificultades, de las dudas y de los temores.

También sucede así en el corazón de los discípulos. Ellos, que están llamados a seguir al Maestro de Nazaret, deben decidirse a pasar a la otra orilla, apostando valientemente por abandonar sus propias seguridades e ir tras las huellas del Señor. Esta aventura no es pacífica: llega la noche, sopla el viento contrario, la barca es sacudida por las olas, y el miedo de no lograrlo y de no estar a la altura de la llamada amenaza con hundirlos.

Pero el Evangelio nos dice que, en la aventura de este viaje difícil, no estamos solos. El Señor, casi anticipando la aurora en medio de la noche, caminó sobre las aguas agitadas y alcanzó a los discípulos, invitó a Pedro a ir a su encuentro sobre las aguas, lo salvó cuando lo vio hundirse y, finalmente, subió a la barca e hizo calmar el viento.

Así pues, la primera palabra de la vocación es *gratitud*. Navegar en la dirección correcta no es una tarea confiada solo a nuestros propios esfuerzos, ni depende solamente de las rutas que nosotros escojamos. Nuestra realización personal y nuestros proyectos de vida no son el resultado matemático de lo que decidimos dentro de un “yo” aislado; al contrario, son ante todo la respuesta a una llamada que viene de lo alto. Es el Señor quien nos concede en primer lugar la valentía para subirnos a la barca y nos indica la orilla hacia la que debemos dirigirnos. Es Él quien, cuando

nos llama, se convierte también en nuestro timonel para acompañarnos, mostrarnos la dirección, impedir que nos quedemos varados en los escollos de la indecisión y hacernos capaces de caminar incluso sobre las aguas agitadas.

Toda vocación nace de la mirada amorosa con la que el Señor vino a nuestro encuentro, quizá justo cuando nuestra barca estaba siendo sacudida en medio de la tempestad. «La vocación, más que una elección nuestra, es respuesta a un llamado gratuito del Señor» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019); por eso, llegaremos a descubrirla y a abrazarla cuando nuestro corazón se abra a la gratitud y sepa acoger el paso de Dios en nuestra vida.

Cuando los discípulos vieron que Jesús se acercaba caminando sobre las aguas, pensaron que se trataba de un fantasma y tuvieron miedo. Pero enseguida Jesús los tranquilizó con una palabra que siempre debe acompañar nuestra vida y nuestro camino vocacional: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (v. 27). Esta es precisamente la segunda palabra que deseo daros: *ánimo*.

Lo que a menudo nos impide caminar, crecer, escoger el camino que el Señor nos señala son los fantasmas que se agitan en nuestro corazón. Cuando estamos llamados a dejar nuestra orilla segura y abrazar un estado de vida –como el matrimonio, el orden sacerdotal, la vida consagrada–, la primera reacción la representa frecuentemente el “fantasma de la incredulidad”: No es posible que esta vocación sea para mí; ¿será realmente el camino acertado? ¿El Señor me pide esto justo a mí?

Y, poco a poco, crecen en nosotros todos esos argumentos, justificaciones y cálculos que nos hacen perder el impulso, que nos confunden y nos dejan paralizados en el punto de partida: creemos que nos equivocamos, que no estamos a la altura, que simplemente vimos un fantasma que tenemos que ahuyentar.

El Señor sabe que una opción fundamental de vida –como la de casarse o consagrarse de manera especial a su servicio– requiere *valentía*. Él conoce las preguntas, las dudas y las dificultades que agitan la barca de nuestro corazón, y por eso nos asegura: “No tengas miedo, ¡yo estoy contigo!”. La fe en su presencia, que nos viene al encuentro y nos acompaña, aun cuando el mar está agitado, nos libera de esa acedia que ya tuve la oportunidad de definir como «tristeza dulzona» (*Carta a los sacerdotes*, 4 agosto 2019), es decir, ese desaliento interior que nos bloquea y no nos deja gustar la belleza de la vocación.

En la *Carta a los sacerdotes* hablé también del dolor, pero aquí quisiera traducir de otro modo esta palabra y referirme a la *fatiga*. Toda vocación implica un compromiso. El Señor nos llama porque quiere que seamos como Pedro, capaces de “caminar sobre las aguas”, es decir, que tomemos las riendas de nuestra vida para ponerla al servicio del Evangelio, en los modos concretos y cotidianos que Él nos muestra, y especialmente en las distintas formas de vocación laical, presbiteral y de vida consagrada. Pero nosotros somos como el Apóstol: tenemos deseo y empuje, aunque, al mismo tiempo, estamos marcados por debilidades y temores.

Si dejamos que nos abrume la idea de la responsabilidad que nos espera –en la vida matrimonial o en el ministerio sacerdotal– o las adversidades que se presentarán, entonces apartaremos la mirada de Jesús rápidamente y, como Pedro, correremos el riesgo de hundirnos. Al contrario, a pesar de nuestras fragilidades y carencias, la fe nos permite caminar al encuentro del Señor resucitado y también vencer las tempestades. En efecto, Él nos tiende la mano cuando el cansancio o el miedo amenazan con hundirnos, y nos da el impulso necesario para vivir nuestra vocación con alegría y entusiasmo.

Finalmente, cuando Jesús subió a la barca, el viento cesó y las olas se calmaron. Es una hermosa imagen de lo que el Señor obra en nuestra vida y en los tumultos de la historia, de manera especial cuando atravesamos la tempestad: Él ordena que los vientos contrarios cesen y que las fuerzas del mal, del miedo y de la resignación no tengan más poder sobre nosotros.

En la vocación específica que estamos llamados a vivir, estos vientos pueden agotarnos. Pienso en los que asumen tareas importantes en la sociedad civil, en los esposos que –no sin razón– me gusta llamar “los valientes”, y especialmente en quienes abrazan la vida consagrada y el sacerdocio. Conozco vuestras fatigas, las soledades que a veces abruman vuestro corazón, el riesgo de la rutina que poco a poco apaga el fuego ardiente de la llamada, el peso de la incertidumbre y de la precariedad de nuestro tiempo, el miedo al futuro. Ánimo, ¡no tengáis miedo! Jesús está a nuestro lado y, si lo reconocemos como el único Señor de nuestra vida, Él nos tiende la mano y nos sujeta para salvarnos.

Y entonces, aun en medio del oleaje, nuestra vida se abre a la *alabanza*. Esta es la última palabra de la vocación, y quiere ser también una invitación a cultivar la actitud interior de la Bienaventurada Virgen María. Ella, agradecida por la mirada que Dios le dirigió, abandonó con

fe sus miedos y su turbación, abrazó con valentía la llamada e hizo de su vida un eterno canto de alabanza al Señor.

Queridos hermanos: Particularmente en esta Jornada, como también en la acción pastoral ordinaria de nuestras comunidades, deseo que la Iglesia recorra este camino al servicio de las vocaciones abriendo brechas en el corazón de los fieles, para que cada uno pueda descubrir con gratitud la llamada de Dios en su vida, encontrar la valentía de decirle “sí”, vencer la fatiga con la fe en Cristo y, finalmente, ofrecer la propia vida como un cántico de alabanza a Dios, a los hermanos y al mundo entero. Que la Virgen María nos acompañe e interceda por nosotros.

Roma, San Juan de Letrán, 8 de marzo de 2020, II Domingo de Cuaresma.

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Los que se habían reunido, le preguntaron, diciendo: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?». Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra». Dicho esto, a la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista (Hch 1,6-9).

Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban (Mc 16,19-20).

Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante Él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios (Lc 24,50-53).

Queridos hermanos y hermanas:

Este año había decidido participar en vuestra Asamblea general anual, el jueves 21 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, pero se ha

cancelado a causa de la pandemia que nos afecta a todos. Por eso, deseo enviaros a todos vosotros este mensaje, para haceros llegar, igualmente, lo que tengo en el corazón para deciros. Esta fiesta cristiana, en estos tiempos inimaginables que estamos viviendo, me parece aún más rica de sugerencias para el camino y la misión de cada uno de nosotros y de toda la Iglesia.

Celebramos la Ascensión como una fiesta y, sin embargo, en ella se conmemora la despedida de Jesús de sus discípulos y de este mundo. El Señor asciende al Cielo, y la liturgia oriental narra el estupor de los ángeles al ver a un hombre que con su cuerpo sube a la derecha del Padre. No obstante, mientras Cristo estaba para ascender al Cielo, los discípulos –que, además, lo habían visto resucitado– no parecían que hubiesen entendido aún lo sucedido. Él iba a dar inicio al cumplimiento de su Reino y ellos se perdían todavía en sus propias conjeturas. Le preguntaban si iba a restaurar el reino de Israel (cf. *Hch* 1,6). Pero, cuando Cristo los dejó, en vez de quedarse tristes, volvieron a Jerusalén «con gran alegría», como escribe Lucas (24,52). Sería extraño que no hubiera ocurrido nada. En efecto, Jesús ya les había prometido la fuerza del Espíritu Santo, que descendería sobre ellos en Pentecostés. Este es el milagro que cambió las cosas. Y ellos cobraron seguridad, porque confiaron todo al Señor. Estaban llenos de alegría. Y la alegría en ellos era la plenitud de la consolación, la plenitud de la presencia del Señor.

Pablo escribe a los Gálatas que la plenitud del gozo de los Apóstoles no es el efecto de unas emociones que satisfacen y alegran. Es un gozo desbordante que se puede experimentar solamente como fruto y como don del Espíritu Santo (cf. 5,22). Recibir el gozo del Espíritu Santo es una gracia. Y es la única fuerza que podemos tener para predicar el Evangelio, para confesar la fe en el Señor. La fe es testimoniar la alegría que nos da el Señor. Un gozo como ese no nos lo podemos dar nosotros solos.

Jesús, antes de irse, dijo a los suyos que les mandaría el Espíritu, el Consolador. Y así entregó también al Espíritu la obra apostólica de la Iglesia, durante toda la historia, hasta su venida. El misterio de la Ascensión, junto con la efusión del Espíritu en Pentecostés, imprime y confiere para siempre a la misión de la Iglesia su rasgo genético más íntimo: el de ser obra del Espíritu Santo y no consecuencia de nuestras reflexiones e intenciones. Y este es el rasgo que puede hacer fecunda la misión y preservarla de cualquier presunta autosuficiencia, de la tentación de tomar como rehén la carne de Cristo –que asciende al Cielo– para los propios proyectos clericales de poder.

Cuando, en la misión de la Iglesia, no se acoge ni se reconoce la obra real y eficaz del Espíritu Santo, quiere decir que, hasta las palabras de la misión –incluso las más exactas y las más reflexionadas– se han convertido en una especie de “discursos de sabiduría humana”, usados para auto glorificarse o para quitar y ocultar los propios desiertos interiores.

La alegría del Evangelio

La salvación es el encuentro con Jesús, que nos ama y nos perdona, enviándonos el Espíritu, que nos consuela y nos defiende. La salvación no es la consecuencia de nuestras iniciativas misioneras, ni siquiera de nuestros razonamientos sobre la encarnación del Verbo. La salvación de cada uno puede ocurrir solo a través de la perspectiva del encuentro con Él, que nos llama. Por esto, el misterio de la predilección inicia –y no puede no iniciar– con un impulso de alegría, de gratitud. La alegría del Evangelio, esa “alegría grande” de las pobres mujeres que, en la mañana de Pascua, fueron al sepulcro de Cristo y lo hallaron vacío, y que luego fueron las primeras en encontrarse con Jesús resucitado y corrieron a decírselo a los demás (cf. *Mt* 28,8-10). Solo así, el ser elegidos y predilectos puede testimoniar ante todo el mundo, con nuestras vidas, la gloria de Cristo resucitado.

Los testigos, en cualquier situación humana, son aquellos que certifican lo que otro ha hecho. En este sentido –y solo así–, podemos nosotros ser testigos de Cristo y de su Espíritu. Después de la Ascensión, como cuenta el final del Evangelio de Marcos, los apóstoles y los discípulos «se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban» (16,20). Cristo, con su Espíritu, da testimonio de sí mismo mediante las obras que lleva a cabo en nosotros y con nosotros. La Iglesia –explicaba ya san Agustín– no rogaría al Señor que les concediera la fe a aquellos que no conocen a Cristo, si no creyera que es Dios mismo el que dirige y atrae hacia sí la voluntad de los hombres. La Iglesia no haría rezar a sus hijos para pedir al Señor la perseverancia en la fe en Cristo, si no creyese que es el mismo Señor quien tiene en su mano nuestros corazones. En efecto, si la Iglesia le rogase estas cosas, pero pensara que se las puede dar a sí misma, significaría que sus oraciones no serían auténticas, sino solamente fórmulas vacías, frases hechas, formalismos impuestos por el conformismo eclesial (cf. *El don de la perseverancia. A Próspero y a Hilario*, 23.63).

Si no se reconoce que la fe es un don de Dios, tampoco tendrían sentido las oraciones que la Iglesia le dirige. Y no se manifestaría a través de ellas ninguna sincera pasión por la felicidad y por la salvación de los demás y de aquellos que no reconocen a Cristo resucitado, aunque se dedique mucho tiempo a organizar la conversión del mundo al cristianismo.

Es el Espíritu Santo quien enciende y custodia la fe en los corazones, y reconocer este hecho lo cambia todo. En efecto, es el Espíritu el que suscita y anima la misión, le imprime connotaciones “genéticas”, matices y movimientos particulares que hacen del anuncio del Evangelio y de la confesión de la fe cristiana algo distinto a cualquier proselitismo político o cultural, psicológico o religioso.

He recordado muchos de estos rasgos distintivos de la misión en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*; retomo algunos de ellos.

Atractivo. El misterio de la Redención entró y continúa obrando en el mundo a través de un atractivo que puede fascinar el corazón de los hombres y de las mujeres, porque es y parece más atrayente que las seducciones basadas en el egoísmo, consecuencia del pecado. «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado», dice Jesús en el Evangelio de Juan (6,44). La Iglesia siempre ha repetido que seguimos a Jesús y anunciamos su Evangelio por esto: por la fuerza de atracción que ejercen el mismo Cristo y su Espíritu. La Iglesia –afirmó el Papa Benedicto XVI– crece en el mundo por atracción y no por proselitismo (cf. *Homilía en la Misa de apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 mayo 2007: AAS 99 [2007], 437). San Agustín decía que Cristo se nos revela atrayéndonos. Y, para poner un ejemplo de este atractivo, citaba al poeta Virgilio, según el cual toda persona es atraída por aquello que le gusta. Jesús no solo es atrayente para nuestra voluntad, sino también para nuestro gusto (cf. *Comentario al Evangelio de San Juan*, 26, 4). Cuando uno sigue a Jesús, contento por ser atraído por Él, los demás se darán cuenta y podrán asombrarse de ello. La alegría que se transparenta en aquellos que son atraídos por Cristo y por su Espíritu es lo que hace fecunda cualquier iniciativa misionera.

Gratitud y gratuidad. La alegría de anunciar el Evangelio brilla siempre sobre el fondo de una memoria agradecida. Los apóstoles nunca olvidaron el momento en el que Jesús les tocó el corazón: «Era como la hora décima» (*Jn* 1,39). El acontecimiento de la Iglesia resplandece cuando en él se manifiesta el agradecimiento por la iniciativa gratuita de Dios, porque «Él nos amó» primero (*1 Jn* 4,10), porque «fue Dios quien

hizo crecer» (1 Co 3,6). La predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro –por su propia naturaleza– no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. No es posible “asombrarse a la fuerza”. Solo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de sí. Tampoco el fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en “estado de misión” es un efecto del agradecimiento, es la respuesta de quien, en función de su gratitud, se hace dócil al Espíritu Santo y, por tanto, es libre. Si no se percibe la predilección del Señor, que nos hace agradecidos, incluso el conocimiento de la verdad y el conocimiento mismo de Dios –ostentados como posesión que hay que adquirir con las propias fuerzas– se convertirían, de hecho, en “letra que mata” (cf. 2 Co 3,6), como demostraron por vez primera san Pablo y san Agustín. Solo en la libertad del agradecimiento se conoce verdaderamente al Señor. Y resulta inútil –y, más que nada, inapropiado– insistir en presentar la misión y el anuncio del Evangelio como si fueran un deber vinculante, una especie de “obligación contractual” de los bautizados.

Humildad. Si la verdad y la fe, la felicidad y la salvación no son una posesión nuestra, una meta alcanzada por nuestros méritos, entonces el Evangelio de Cristo se puede anunciar solamente desde la humildad. Nunca se podrá pensar en servir a la misión de la Iglesia con la arrogancia individual y a través de la ostentación, con la soberbia de quien desvirtúa también el don de los sacramentos y las palabras más auténticas de la fe, haciendo de ellos un botín que ha merecido. No se puede ser humilde por buena educación o por querer parecer cautivadores. Se es humilde si se sigue a Cristo, que dijo a los suyos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). San Agustín se pregunta cómo es posible que, después de la Resurrección, Jesús se dejó ver solo por sus discípulos y no, en cambio, por los que lo habían crucificado. Responde que Jesús no quería dar la impresión de querer «burlarse de quienes le habían dado muerte. Era más importante enseñar la humildad a los amigos que echar en cara a los enemigos la verdad» (*Discurso* 284, 6).

Facilitar, no complicar. Otro rasgo de la auténtica obra misionera es el que nos remite a la paciencia de Jesús, que también en las narraciones del Evangelio acompañaba siempre con misericordia las etapas de crecimiento de las personas. Un pequeño paso, en medio de las grandes limitaciones humanas, puede alegrar el corazón de Dios más que las zancadas de quien va por la vida sin grandes dificultades. Un corazón misionero reconoce la condición actual en la que se encuentran las personas

reales, con sus límites, sus pecados, sus debilidades, y se hace «débil con los débiles» (1 Co 9,22). “Salir” en misión para llegar a las periferias humanas no quiere decir vagar sin dirección ni sentido, como vendedores impacientes que se quejan de que la gente es muy ruda y anticuada como para interesarse por su mercancía. A veces se trata de aminorar el paso para acompañar a quien se ha quedado al borde del camino. A veces hay que imitar al padre de la parábola del hijo pródigo, que deja las puertas abiertas y otea todos los días el horizonte, con la esperanza de la vuelta de su hijo (cf. Lc 15,20). La Iglesia no es una aduana, y quien participa de algún modo en la misión de la Iglesia está llamado a no añadir cargas inútiles a las vidas ya difíciles de las personas, a no imponer caminos de formación sofisticados y pesados para gozar de aquello que el Señor da con facilidad. No pongamos obstáculos al deseo de Jesús, que ora por cada uno de nosotros y nos quiere curar a todos, salvar a todos.

Cercanía en la vida “cotidiana”. Jesús encontró a sus primeros discípulos en la orilla del lago de Galilea, mientras estaban ocupados en su trabajo. No los encontró en un convenio, ni en un seminario de formación, ni en el templo. Desde siempre, el anuncio de salvación de Jesús llega a las personas allí donde se encuentran y así como son en la vida de cada día. La vida ordinaria de todos, la participación en las necesidades, esperanzas y problemas de todos, es el lugar y la condición en la que quien ha reconocido el amor de Cristo y ha recibido el don del Espíritu Santo puede dar razón a quien le pregunte de la fe, de la esperanza y de la caridad. Caminando juntos, con los demás. Principalmente en este tiempo en el que vivimos, no se trata de inventar itinerarios de adiestramiento “dedicados”, de crear mundos paralelos, de construir burbujas mediáticas en las que hacer resonar los propios eslóganes, las propias declaraciones de intenciones, reducidas a tranquilizadores “nominalismos declaratorios”. He recordado ya otras veces –a modo de ejemplo–, que en la Iglesia hay quien continúa a evocar enfáticamente el eslogan: “Es la hora de los laicos”, pero mientras tanto parece que el reloj se hubiera parado.

El “sensus fidei” del Pueblo de Dios. Hay una realidad en el mundo que tiene una especie de “olfato” para el Espíritu Santo y su acción. Es el Pueblo de Dios, predilecto y llamado por Jesús, que, a su vez, sigue buscándolo y clama siempre por Él en las angustias de la vida. El Pueblo de Dios mendiga el don de su Espíritu; confía su espera a las sencillas palabras de las oraciones y nunca se acomoda en la presunción de la propia autosuficiencia. El santo Pueblo de Dios reunido y ungido por el

Señor, en virtud de esta unción, se hace *infallible* “*in credendo*”, como enseña la Tradición de la Iglesia. La acción del Espíritu Santo concede al Pueblo de los fieles un “*instinto*” de la fe –*el sensus fidei*– que le ayuda a no equivocarse cuando cree lo que es de Dios, aunque no conozca los razonamientos ni las formulaciones teológicas para definir los dones que experimenta. Es el misterio del pueblo peregrino que, con su espiritualidad popular, camina hacia los santuarios y se encomienda a Jesús, a María y a los santos; que recurre y se revela connatural a la libre y gratuita iniciativa de Dios, sin tener que seguir un plan de movilización pastoral.

Predilección por los pequeños y por los pobres. Todo impulso misionero, si está movido por el Espíritu Santo, manifiesta predilección por los pobres y por los pequeños, como signo y reflejo de la preferencia que el Señor tiene por ellos. Las personas directamente implicadas en las iniciativas y estructuras misioneras de la Iglesia no deberían justificar nunca su falta de atención a los pobres con la excusa –muy usada en ciertos ambientes eclesiales– de tener que concentrar sus propias energías en los cometidos prioritarios de la misión. La predilección por los pobres no es algo opcional en la Iglesia.

Las dinámicas y los criterios arriba descritos forman parte de la misión de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo. Normalmente, en los enunciados y en los discursos eclesiales, se reconoce y afirma la necesidad del Espíritu Santo como fuente de la misión de la Iglesia, pero también sucede que tal reconocimiento se reduce a una especie de “homenaje formal” a la Santísima Trinidad, una fórmula introductoria convencional para las intervenciones teológicas y para los planes pastorales. Hay en la Iglesia muchas situaciones en las que el primado de la gracia se reduce a un postulado teórico, a una fórmula abstracta. Sucede que muchos proyectos y organismos vinculados a la Iglesia, en vez de dejar que se transparente la obra del Espíritu Santo, acaban confirmando solamente la propia autorreferencialidad. Muchos mecanismos eclesiales a todos los niveles parecen estar absorbidos por la obsesión de promocionarse a sí mismos y sus propias iniciativas, como si ese fuera el objetivo y el horizonte de su misión.

Hasta aquí he querido retomar y volver a proponer criterios y sugerencias sobre la misión de la Iglesia que ya había expuesto de forma más extensa en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Lo he hecho porque creo que también para las OMP puede ser útil y fecundo

–y no aplazable– confrontarse con esos criterios y sugerencias en esta etapa de su camino.

Las OMP y el tiempo presente: talentos a desarrollar, tentaciones y enfermedades a evitar

¿Hacia dónde conviene mirar de cara al presente y al futuro de las OMP? ¿Cuáles son los estorbos que hacen el camino más gravoso?

En la fisionomía, es decir, en la identidad de las Obras Misionales Pontificias, se aprecian ciertos rasgos distintivos –algunos, por así decirlo, genéticos; otros, adquiridos durante el largo recorrido histórico– que con frecuencia se descuidan o se dan por supuestos. Pues bien, esos rasgos justamente pueden custodiar y hacer preciosa –sobre todo en el momento presente– la contribución de esta “red” a la misión universal, a la que toda la Iglesia está llamada.

- *Las Obras Misionales nacieron de forma espontánea* del fervor misionero manifestado por la fe de los bautizados. Existe y permanece una íntima afinidad, una familiaridad entre las Obras Misionales y el *sensus fidei* infalible *in credendo* del Pueblo fiel de Dios.

- *Las Obras Misionales, desde el principio, avanzaron* sobre dos “binarios” o, mejor dicho, sobre dos vías que van siempre paralelas y que, en su sencillez, han sido siempre familiares al corazón del Pueblo de Dios: la *oración* y la *caridad*, en la forma de limosna, que «libra de la muerte y purifica del pecado» (*Tb* 12,9), el «amor intenso» que «tapa multitud de pecados» (cf. *1 P* 4,8). Los fundadores de las Obras Misionales, empezando por Pauline Jaricot, no se inventaron las oraciones y las obras a las que confiar sus intenciones de anunciar el Evangelio, sino que las tomaron simplemente del tesoro inagotable de los gestos más cercanos y habituales para el Pueblo de Dios en camino por la historia.

- *Las Obras Misionales, surgidas de forma gratuita en la trama de la vida del Pueblo de Dios*, por su configuración simple y concreta, han sido reconocidas y valoradas por la Iglesia de Roma y por sus obispos, quienes, en el último siglo, han pedido poder adoptarlas como peculiar instrumento del servicio que ellos prestan a la Iglesia universal. De aquí que se haya atribuido a tales Obras la calificación de “Pontificias”. Desde ese momento, resalta en la fisionomía de las OMP su característica de instrumento de servicio para sostener a las Iglesias particulares en la obra del anuncio del Evangelio. De este modo, las Obras Misionales Pontificias se ofrecieron con docilidad como instrumento de servicio a la Iglesia, dentro del ministerio universal desempeñado por el Papa y por la Iglesia

de Roma, que “preside en la caridad”. Así, con su propio itinerario y sin entrar en complicadas disputas teológicas, las OMP han desmentido los argumentos de aquellos que, también en los ambientes eclesíasticos, contraponen de modo inadecuado carismas e instituciones, leyendo siempre las relaciones entre ambas realidades a través de una engañosa “dialéctica de principios”. En cambio, en la Iglesia, incluso los elementos estructurales permanentes –como los sacramentos, el sacerdocio y la sucesión apostólica– son continuamente recreados por el Espíritu Santo y no están a disposición de la Iglesia como un objeto de posesión adquirida (cf. Card. J. Ratzinger, *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*. Intervención durante el Convenio mundial de movimientos eclesiales, Roma, 27-29 mayo 1998).

- *Las Obras Misioneras, desde su primera difusión, se estructuraron como una red capilar* extendida en el Pueblo de Dios, totalmente sujeta y, de hecho, “inmanente” a las redes de las instituciones y realidades ya presentes en la vida eclesial, como las diócesis, las parroquias, las comunidades religiosas. La vocación peculiar de las personas implicadas en las Obras Misionales nunca se ha vivido ni percibido como una vía alternativa, como una pertenencia “externa” a las formas ordinarias de la vida de las Iglesias particulares. La invitación a la oración y a la colecta de recursos para la misión siempre se ha ejercido como un servicio a la comunión eclesial.

- *Las Obras Misionales, convertidas con el tiempo en una red extendida por todos los continentes*, manifiestan por su propia configuración la variedad de matices, condiciones, problemas y dones que caracterizan la vida de la Iglesia en los diferentes lugares del mundo. Una pluralidad que puede proteger contra homogenizaciones ideológicas y unilateralismos culturales. En este sentido, también a través de las OMP se puede experimentar el misterio de la universalidad de la Iglesia, en la que la obra incesante del Espíritu Santo crea armonía entre las distintas voces, mientras que el Obispo de Roma, con su servicio de caridad, ejercido también a través de las Obras Misionales Pontificias, custodia la unidad de la fe.

Todas las características hasta aquí descritas pueden ayudar a las Obras Misionales Pontificias a evitar las insidias y patologías que amenazan su camino y el de otras muchas instituciones eclesiales. Señalaré algunas de ellas.

Insidias a evitar

Autorreferencialidad. Las organizaciones y los entes eclesiales, más allá de las buenas intenciones de cada particular, acaban a veces replegándose sobre sí mismos, dedicando sus fuerzas y su atención, sobre todo, a su propia promoción y a la celebración de sus propias iniciativas en clave publicitaria. Otros parecen dominados por la obsesión de redefinir continuamente su propia relevancia y sus propios espacios en el seno de la Iglesia, con la justificación de querer relanzar mejor su propia misión. Por estas vías –dijo una vez el entonces cardenal Joseph Ratzinger– se alimenta también la idea falsa de que una persona es más cristiana si está más comprometida en estructuras intraeclesiales, cuando en realidad casi todos los bautizados viven la fe, la esperanza y la caridad en su vida ordinaria, sin haber formado parte nunca de comisiones eclesiales y sin interesarse por las últimas novedades de política eclesial (cf. *Una compañía siempre reformable*, Conferencia en el “Meeting de Rimini”, 1 septiembre 1990).

Ansia de mando. Sucede a veces que las instituciones y los organismos surgidos para ayudar a la comunidad eclesial, poniendo al servicio los dones suscitados en ellos por el Espíritu Santo, pretenden ejercer con el tiempo supremacías y funciones de control en las comunidades a las que deberían servir. Esta postura suele ir acompañada por la presunción de ejercitar el papel de “depositarios” dispensadores de certificados de legitimidad hacia los demás. De hecho, en estos casos, se comportan como si la Iglesia fuera un producto de nuestros análisis, de nuestros programas, acuerdos y decisiones.

Elitismo. Entre aquellos que forman parte de organismos o entidades estructuradas de la Iglesia, gana terreno, en diversas ocasiones, un sentimiento elitista, la idea no declarada de pertenecer a una aristocracia, a una clase superior de especialistas que busca ampliar sus propios espacios en complicidad o competencia con otras élites eclesiales, y que adiestra a sus miembros con los sistemas y las lógicas mundanas de la militancia o de la competencia técnico-profesional, con el propósito principal de promover siempre sus propias prerrogativas oligárquicas.

Aislamiento del pueblo. La tentación elitista en algunas realidades vinculadas a la Iglesia va a veces acompañada por un sentimiento de superioridad y de intolerancia hacia la multitud de los bautizados, hacia el Pueblo de Dios que quizás asiste a las parroquias y a los santuarios, pero que no está compuesto de “activistas” comprometidos en organizaciones católicas. En estos casos, también se mira al Pueblo de Dios como a una

masa inerte, que tiene siempre necesidad de ser reanimada y movilizada por medio de una “toma de conciencia” que hay que estimular a través de razonamientos, llamadas de atención, enseñanzas. Se actúa como si la certeza de la fe fuera consecuencia de palabras persuasivas o de métodos de adiestramiento.

Abstracción. Los organismos y las realidades vinculadas a la Iglesia, cuando son autorreferenciales, pierden el contacto con la realidad y se enferman de abstracción. Se multiplican encuentros inútiles de planificación estratégica, para producir proyectos y directrices que solo sirven como instrumentos de autopromoción de quien los inventa. Se toman los problemas y se seccionan en laboratorios intelectuales donde todo se manipula y se barniza según las claves ideológicas de preferencia; donde todo, se puede convertir en simulacro fuera de su contexto real, incluso las referencias a la fe y las menciones a Jesús y al Espíritu Santo.

Funcionalismo. Las organizaciones autorreferenciales y elitistas, incluso en la Iglesia, frecuentemente acaban dirigiendo todo hacia la imitación de los modelos de eficiencia mundanos, como aquellos impuestos por la exacerbada competencia económica y social. La opción por el funcionalismo garantiza la ilusión de “solucionar los problemas” con equilibrio, de tener las cosas bajo control, de acrecentar la propia relevancia, de mejorar la administración ordinaria de lo que se tiene. Pero, como ya os dije en el encuentro que tuvimos en 2016, una Iglesia que tiene miedo a confiarse a la gracia de Cristo y que apuesta por la eficacia del sistema está ya muerta, aun cuando las estructuras y los programas en favor de clérigos y laicos “auto-afanados” durase todavía siglos.

Consejos para el camino

Mirando al presente y al futuro, y buscando también dentro del itinerario de las OMP los recursos para superar las insidias del camino y seguir adelante, me permito daros algunas sugerencias, para ayudaros en vuestro discernimiento. Puesto que habéis iniciado también un proceso de reconsideración de las OMP que queréis que esté inspirado por las indicaciones del Papa, ofrezco a vuestra consideración criterios y sugerencias generales, sin entrar en detalles, porque los contextos diferentes pueden requerir de igual modo adaptaciones y variaciones.

1) En la medida en que podáis, y sin hacer demasiadas conjeturas, *custodiad o redescubrid la inserción de las OMP en el seno del Pueblo de Dios*, su inmanencia respecto a la trama de la vida real en que nacieron. Sería buena una “inmersión” más intensa en la vida real de las personas,

tal como es. A todos nos hace bien salir de la cerrazón de las propias problemáticas internas cuando se sigue a Jesús. Conviene adentrarse en las circunstancias y en las condiciones concretas, cuidando o procurando también restituir la capilaridad de la acción y de los contactos de las OMP en su entrelazamiento con la red eclesial –diócesis, parroquias, comunidades, grupos–. Si se da preferencia a la propia inmanencia al Pueblo de Dios, con sus luces y sus dificultades, se puede huir mejor de la insidia de la abstracción. Es necesario dar respuesta a las preguntas y a las exigencias reales, más que formular o multiplicar propuestas. Quizás, desde el cuerpo a cuerpo con la vida ordinaria, y no desde cenáculos cerrados o a partir de análisis teóricos sobre las propias dinámicas internas, podrán surgir además intuiciones útiles para cambiar y mejorar los propios procedimientos operativos, adaptándolos a los diversos contextos y a las diversas circunstancias.

2) Mi sugerencia es encontrar el modo en el que la estructura esencial de las OMP siga unida a las *prácticas de la oración y de la colecta de recursos para las misiones*, algo valioso y apreciado, debido a su elementalidad y concreción. Esto manifiesta la afinidad de las OMP con la fe del Pueblo de Dios. Aun con toda la flexibilidad y demás adaptaciones que se requieran, conviene que este modelo elemental de las OMP no se olvide ni se altere. Orar al Señor para que Él abra los corazones al Evangelio y suplicar a todos para que sostengan también en lo concreto la obra misionera. En esto hay una sencillez y una concreción que todos pueden percibir con gozo en el tiempo presente, en el cual, incluso en la circunstancia del flagelo de la pandemia, se nota por todas partes el deseo de estar y de quedarse cerca de todo aquello que es, simplemente, Iglesia. Buscad también nuevos caminos, nuevas formas para vuestro servicio; pero, al hacerlo, no es necesario complicar lo que es simple.

3) Las OMP son –y así deben experimentarse– un *instrumento de servicio* a la misión de las Iglesias particulares, en el horizonte de la misión de la Iglesia, que abarca siempre todo el mundo. En esto consiste su contribución siempre preciosa al anuncio del Evangelio. Todos estamos llamados a custodiar por amor y gratitud, también con nuestras obras, los brotes de vida teologal que el Espíritu de Cristo hace germinar y crecer donde Él quiere, incluso en los desiertos. Por favor, en la oración, pedid primero que el Señor nos disponga a discernir las señales de su obrar, para después indicárselas a todo el mundo. Solo esto puede ser útil: pedir que, para nosotros, en lo íntimo de nuestro corazón, la invocación al Espíritu Santo no se reduzca a un postulado estéril y redundante

de nuestras reuniones y de nuestras homilías. Sin embargo, no es útil hacer conjeturas y teorías sobre grandes estrategias o “directivas centrales” de la misión a las que delegar, como a presuntos y fatuos “depositarios” de la dimensión misionera de la Iglesia, la tarea de volver a despertar el espíritu misionero o de dar licencias misioneras a los demás. Si, en alguna situación, el fervor de la misión disminuye, es signo de que está menguando la fe. Y, en tales casos, la pretensión de reanimar la llama que se apaga con estrategias y discursos acaba por debilitarla aún más y hace avanzar solo el desierto.

4) El servicio llevado a cabo por las OMP, por su naturaleza, pone a los agentes *en contacto con innumerables realidades*, situaciones y acontecimientos que forman parte del gran flujo de la vida de la Iglesia en todos los continentes. En este flujo podemos encontrarnos con muchas lentitudes y esclerosis que acompañan a la vida eclesial, pero también con los dones gratuitos de curación y consolación que el Espíritu Santo esparce en la vida cotidiana de lo que podría llamarse la “clase media de la santidad”. Y vosotros podéis alegraros y exultar saboreando los encuentros que puedan surgir gracias al trabajo de las OMP, dejándoos sorprender por ellos. Pienso en las historias que he escuchado de muchos milagros que ocurren entre los niños, que quizás se encuentran con Jesús a través de las iniciativas propuestas por la Infancia misionera. Por eso, vuestra acción no se puede “esterilizar” en una dimensión exclusivamente burocrática-profesional. No pueden existir burócratas o funcionarios de la misión. Y vuestra gratitud puede hacerse a la vez don y testimonio para todos. Podéis indicar para el consuelo de todos –con los medios que tenéis, sin artificiosidad–, las vicisitudes de personas y comunidades que vosotros podéis encontrar con mayor facilidad que otros; personas y comunidades en las que brilla gratuitamente el milagro de la fe, de la esperanza y de la caridad.

5) La gratitud ante los prodigios que realiza el Señor entre sus predilectos, los pobres y los pequeños a los que Él revela lo que es escondido a los sabios (cf. *Mt* 11,25-26), también os puede ayudar a *sustraeros de las insidias de los replegamientos autorreferenciales* y a salir de vosotros mismos en el seguimiento a Jesús. La idea de una acción misionera autorreferencial, que se pasa el tiempo contemplándose e incensándose por sus propias iniciativas, sería en sí misma un absurdo. No dediquéis demasiado tiempo y recursos a “miraros” y a redactar planes centrados en los propios mecanismos internos, en la funcionalidad y en las competencias del propio sistema. Mirad hacia fuera, no os miréis al espejo. Romped

todos los espejos de vuestra casa. Los criterios a seguir, también en la realización de los programas, tienen que mirar a aligerar, a hacer más flexibles las estructuras y los procesos, más que a cargar con adicionales elementos estructurales la red de las OMP. Por ejemplo, que cada director nacional, durante su mandato, se comprometa a individuar algún potencial sucesor, teniendo como único criterio el de indicar no a personas de su círculo de amigos o compañeros de “cordada” eclesial, sino a personas que le parezca que tienen más fervor misionero que él.

6) Con referencia a la *colecta de recursos* para ayudar a la misión, ya en ocasión de otros encuentros pasados, llamé la atención sobre el riesgo de transformar las OMP en una ONG dedicada solo a la recaudación y a la asignación de fondos. Esto depende del ánimo con que se hacen las cosas, más que de lo que se hace. En cuanto a la recaudación de fondos puede ser ciertamente aconsejable, y aún más oportuno, utilizar con creatividad incluso metodologías actualizadas de búsqueda de financiaciones por parte de potenciales y beneméritos patrocinadores. Pero, si en algunas zonas disminuye la recaudación de donativos –también por el debilitamiento de la memoria cristiana–, en esos casos, podemos estar tentados de resolver nosotros el problema “cubriendo” la realidad y poniendo todo el esfuerzo en un sistema de colecta más eficaz, que busque grandes donantes. Sin embargo, el sufrimiento por la pérdida de la fe y por la disminución de los recursos no hay que eliminarlo, sino hay que ponerlo en las manos del Señor. Y, de todas formas, es bueno que la petición de donativos para las misiones siga dirigiéndose prioritariamente a toda la multitud de los bautizados, buscando también una forma nueva para la colecta en favor de las misiones que se realiza en las Iglesias de todos los países en octubre, con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones. La Iglesia continúa, desde siempre, yendo hacia adelante también gracias al óbolo de la viuda, a la contribución de toda la multitud de personas que se sienten sanadas y consoladas por Jesús y que, por ello, por su inmensa gratitud, donan lo que tienen.

7) Con respecto al *uso de las donaciones* recibidas, discernid siempre con un apropiado *sensus Ecclesiae* la distribución de los fondos, para sostener las estructuras y los proyectos que, de distintos modos, realizan la misión apostólica y el anuncio del Evangelio en las distintas partes del mundo. Tened siempre en cuenta las verdaderas necesidades primarias de las comunidades y, al mismo tiempo, evitad formas de asistencialismo que, en vez de ofrecer instrumentos al fervor misionero, acaban por entibiar los corazones y alimentar también dentro de la Iglesia fenómenos

de clientela parasitaria. Con vuestra contribución, buscad dar respuestas concretas a exigencias objetivas, sin dilapidar los recursos en iniciativas con connotaciones abstractas, replegadas sobre sí mismas o fabricadas por el narcisismo clerical de alguien. No cedáis al complejo de inferioridad ni a las tentaciones de imitar a aquellas organizaciones tan funcionales que recogen fondos para causas justas y luego destinan un buen porcentaje de ellos para financiar su estructura y promocionar su propia identidad. También esto se convierte a veces en un modo para cuidar los propios intereses, aunque hagan ver que trabajan en favor de los pobres y necesitados.

8) Por lo que respecta a los *pobres*, *no os olvidéis de ellos* tampoco vosotros. Esta fue la recomendación que, en el Concilio de Jerusalén, los apóstoles Pedro, Juan y Santiago dieron a Pablo, Bernabé y Tito, que discutían sobre su misión entre los incircuncisos: «Solo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres» (*Ga* 2,10). Después de aquella recomendación, Pablo organizó las colectas en favor de los hermanos de la Iglesia de Jerusalén (cf. *I Co* 16,1). La predilección por los pobres y los pequeños es parte de la misión de anunciar el Evangelio, que está desde el principio. Las obras de caridad espirituales y corporales hacia ellos manifiestan una “preferencia divina” que interpela la vida de fe de todo cristiano, llamado a tener los mismos sentimientos de Jesús (cf. *Flp* 2,5).

9) Las OMP, con su red difundida por todo el mundo, *reflejan la rica variedad del “pueblo con muchos rostros”* reunido por la gracia de Cristo, con su fervor misionero. Fervor que no es igual de intenso ni vivaz en todo tiempo y lugar. Y, además, la misma urgencia compartida de confesar a Cristo muerto y resucitado, se manifiesta con tonos diversos, según los diversos contextos. La revelación del Evangelio no se identifica con ninguna cultura y, en el encuentro con nuevas culturas que no han acogido la predicación cristiana, no es necesario imponer una forma determinada cultural junto con la propuesta evangélica. Hoy, también en el trabajo de las OMP, conviene no llevar cargas pesadas; conviene custodiar su perfil variado y su referencia común a los rasgos esenciales de la fe. También puede ofuscar la universalidad de la fe cristiana la pretensión de estandarizar la forma del anuncio, tal vez orientado todo hacia clichés o a eslóganes que están de moda en algunos círculos de ciertos países cultural o políticamente dominantes. A este respecto, también la relación especial que une a las OMP con el Papa y con la Iglesia de Roma representa un recurso y un apoyo a la libertad, que ayuda a todos a sustraerse de modas pasajeras, de servilismos a escuelas de pensamiento unilateral

o a homogeneizaciones culturales con características neocolonialistas; fenómenos que, por desgracia, se dan también en contextos eclesiales.

10) Las OMP *no son en la Iglesia un ente independiente*, suspendido en el vacío. Dentro de su especificidad, que conviene cultivar y renovar siempre, está el vínculo especial que las une al Obispo de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad. Es hermoso y confortante reconocer que este vínculo se manifiesta en una labor llevada a cabo con la alegría, sin buscar aplausos o reclamar pretensiones; una obra que, justamente en su gratuidad, se entrelaza con el servicio del Papa, siervo de los siervos de Dios. Os pido que el carácter distintivo de vuestra cercanía al Obispo de Roma sea precisamente este: compartir el amor a la Iglesia, reflejo del amor a Cristo, vivido y manifestado en el silencio, sin jactarse, sin delimitar el “terreno propio”; con un trabajo cotidiano que se inspire en la caridad y en su misterio de gratuidad; con una obra que sostenga a innumerables personas interiormente agradecidas, pero que quizás no saben a quién dar las gracias, porque desconocen hasta el nombre de las OMP. El misterio de la caridad en la Iglesia se lleva a cabo así. Sigamos caminando juntos hacia adelante, felices de avanzar en medio de las pruebas, gracias a los dones y a las consolaciones del Señor. Mientras tanto, reconocemos con alegría en cada paso, que todos somos siervos inútiles, empezando por mí.

Conclusión

Id con ardor: en el camino que os espera hay mucho que hacer. Si hubiera que experimentar cambios en los procedimientos, sería bueno que estos mirasen a aligerar y no a aumentar los pesos; que se dirigiesen a ganar flexibilidad operativa y no a producir nuevos sistemas rígidos y siempre amenazados de introversión; teniendo presente que una excesiva centralización, más que ayudar, puede complicar la dinámica misionera. Y también que una articulación a escala puramente nacional de las iniciativas pondría en peligro la fisonomía misma de la red de las OMP, además del intercambio de dones entre las Iglesias y comunidades locales, algo que se experimenta como fruto y signo tangible de la caridad entre hermanos, en comunión con el Obispo de Roma.

En cualquier caso, pedid siempre que toda consideración relativa a la organización operativa de las OMP esté iluminada por lo único necesario: un poco de amor verdadero a la Iglesia, como reflejo del amor a Cristo. Vuestra tarea se realiza al servicio del fervor apostólico, es decir, al impulso de vida teológica que solo el Espíritu Santo puede operar en

el Pueblo de Dios. Preocupaos de hacer bien vuestro trabajo, «como si todo dependiese de vosotros, sabiendo que, en realidad, todo depende de Dios» (S. Ignacio de Loyola). Como ya os dije en otro encuentro, tened la prontitud de María. Cuando fue a casa de Isabel, María no lo hizo como un gesto propio: fue como sierva del Señor Jesús, al que llevaba en su seno. No dijo nada de sí misma, solo llevó al Hijo y alabó a Dios. Ella no era la protagonista. Fue como la sierva de aquel que es también el único protagonista de la misión. Pero no perdió el tiempo, fue de prisa, para asistir a su pariente. Ella nos enseña esta prontitud, la prisa de la fidelidad y de la adoración.

Que la Virgen os custodie a vosotros y a las Obras Misionales Pontificias, y que su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, os bendiga. Él, antes de subir al Cielo, nos prometió que estaría siempre con nosotros hasta el final de los tiempos.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 21 de mayo de 2020, Solemnidad de la Ascensión del Señor.

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 54 JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

***Para que puedas contar y grabar en la memoria (cf. Ex 10,2)
La vida se hace historia***

Quiero dedicar el *Mensaje* de este año al tema de la narración, porque creo que para no perdernos necesitamos respirar la verdad de las buenas historias: historias que construyan, no que destruyan; historias que ayuden a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos. En medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura; que cuente que somos parte de un tejido vivo; que revele el entretejido de los hilos con los que estamos unidos unos con otros.

1. Tejer historias

El hombre es un ser narrador. Desde la infancia tenemos hambre de historias como tenemos hambre de alimentos. Ya sean en forma de cuentos, de novelas, de películas, de canciones, de noticias..., las historias influyen en nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello. A menudo decidimos lo que está bien o mal hacer basándonos en los personajes y en las historias que hemos asimilado. Los relatos nos enseñan; plasman nuestras convicciones y nuestros comportamientos; nos pueden ayudar a entender y a decir quiénes somos.

El hombre no es solamente el único ser que necesita vestirse para cubrir su vulnerabilidad (cf. *Gn* 3,21), sino que también es el único ser que necesita “revestirse” de historias para custodiar su propia vida. No tejemos solo ropas, sino también relatos: de hecho, la capacidad humana de “tejer” implica tanto a los *tejidos* como a los *textos*. Las historias de cada época tienen un “telar” común: la estructura prevé “héroes”, también actuales, que para llevar a cabo un sueño se enfrentan a situaciones difíciles, luchan contra el mal empujados por una fuerza que les da valentía, la del amor. Sumergiéndonos en las historias, podemos encontrar motivaciones heroicas para enfrentar los retos de la vida.

El hombre es un ser narrador porque es un ser en realización, que se descubre y se enriquece en las tramas de sus días. Pero, desde el principio, nuestro relato se ve amenazado: en la historia serpentea el mal.

2. No todas las historias son buenas

«El día en que comáis de él, [...] seréis como Dios» (cf. *Gn* 3,5). La tentación de la serpiente introduce en la trama de la historia un nudo difícil de deshacer. “Si posees, te convertirás, alcanzarás...”, susurra todavía hoy quien se sirve del llamado *storytelling* con fines instrumentales. Cuántas historias nos narcotizan, convenciéndonos de que necesitamos continuamente tener, poseer, consumir para ser felices. Casi no nos damos cuenta de cómo nos volvemos ávidos de chismes y de habladurías, de cuánta violencia y falsedad consumimos. A menudo, en los telares de la comunicación, en lugar de relatos constructivos, que son un aglutinante de los lazos sociales y del tejido cultural, se fabrican historias destructivas y provocadoras, que desgastan y rompen los hilos frágiles de la convivencia. Recopilando información no contrastada, repitiendo discursos triviales y falsamente persuasivos, hostigando con proclamas de odio, no se teje la historia humana, sino que se despoja al hombre de la dignidad.

Pero mientras que las historias utilizadas con fines instrumentales y de poder tienen una vida breve, una buena historia es capaz de trascender los límites del espacio y del tiempo. A distancia de siglos sigue siendo actual, porque alimenta la vida. En una época en la que la falsificación es cada vez más sofisticada y alcanza niveles exponenciales (el *deepfake*), necesitamos sabiduría para recibir y crear relatos bellos, verdaderos y buenos. Necesitamos valor para rechazar los que son falsos y malvados. Necesitamos paciencia y discernimiento para redescubrir historias que nos ayuden a no perder el hilo entre las muchas laceraciones de hoy; historias que saquen a la luz la verdad de lo que somos, incluso en la heroicidad ignorada de la vida cotidiana.

3. La Historia de las historias

La Sagrada Escritura es una *Historia de historias*. ¡Cuántas vivencias, pueblos, personas nos presenta! Nos muestra desde el principio a un Dios que es creador y narrador al mismo tiempo. En efecto, pronuncia su Palabra y las cosas existen (cf. *Gn* 1). A través de su narración Dios llama a las cosas a la vida y, como colofón, crea al hombre y a la mujer como sus interlocutores libres, generadores de historia junto a Él. En un salmo, la criatura le dice al Creador: «Tú has creado mis entrañas, me has *tejido* en el seno materno. Te doy gracias porque son *admirables tus obras* [...], no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y *entretejiendo* en lo profundo de la tierra» (139,13-15). No nacemos realizados, sino que necesitamos constantemente ser “tejidos” y “bordados”. La vida nos fue dada para invitarnos a seguir tejiendo esa “obra admirable” que somos.

En este sentido, la Biblia es la gran historia de amor entre Dios y la humanidad. En el centro está Jesús: su historia lleva al cumplimiento el amor de Dios por el hombre y, al mismo tiempo, la historia de amor del hombre por Dios. El hombre será llamado así, de generación en generación, a *contar y a grabar en su memoria* los episodios más significativos de esta *Historia de historias*, los que puedan comunicar el sentido de lo sucedido.

El título de este *Mensaje* está tomado del libro del Éxodo, relato bíblico fundamental, en el que Dios interviene en la historia de su pueblo. De hecho, cuando los hijos de Israel estaban esclavizados clamaron a Dios, Él los escuchó y rememoró: «Dios *se acordó* de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Dios se fijó en los hijos de Israel y se les apareció» (*Ex* 2, 24-25). De la memoria de Dios brota la liberación de la opre-

sión, que tiene lugar a través de signos y prodigios. Es entonces cuando el Señor revela a Moisés el sentido de todos estos signos: «*Para que puedas contar [y grabar en la memoria] de tus hijos y nietos [...] los signos que realicé en medio de ellos. Así sabréis que yo soy el Señor*» (Ex 10,2). La experiencia del Éxodo nos enseña que el conocimiento de Dios se transmite sobre todo contando, de generación en generación, cómo Él sigue haciéndose presente. El Dios de la vida se comunica contando la vida.

El mismo Jesús hablaba de Dios no con discursos abstractos, sino con parábolas, narraciones breves, tomadas de la vida cotidiana. Aquí la vida se hace historia y luego, para el que la escucha, la historia se hace vida: esa narración entra en la vida de quien la escucha y la transforma.

No es casualidad que también los Evangelios sean relatos. Mientras nos informan sobre Jesús, nos “*performan*”¹ a Jesús, nos conforman a Él: el Evangelio pide al lector que participe en la misma fe para compartir la misma vida. El Evangelio de Juan nos dice que el Narrador por excelencia –el Verbo, la Palabra– se hizo narración: «El Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha *contado*» (cf. Jn 1,18). He usado el término “contado” porque el original *exeghésato* puede traducirse sea como “revelado” que como “contado”. Dios se ha entretelado personalmente en nuestra humanidad, dándonos así una nueva forma de tejer nuestras historias.

4. Una historia que se renueva

La historia de Cristo no es patrimonio del pasado, es nuestra historia, siempre actual. Nos muestra que a Dios le importa tanto el hombre, nuestra carne, nuestra historia, hasta el punto de hacerse hombre, carne e historia. También nos dice que no hay historias humanas insignificantes o pequeñas. Después de que Dios se hizo historia, toda historia humana es, de alguna manera, historia divina. En la historia de cada hombre, el Padre vuelve a ver la historia de su Hijo que bajó a la tierra. Toda historia humana tiene una dignidad que no puede suprimirse. Por lo tanto, la humanidad se merece relatos que estén a su altura, a esa altura vertiginosa y fascinante a la que Jesús la elevó.

1. Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 2: «El mensaje cristiano no era solo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida».

Escribía san Pablo: «Sois carta de Cristo [...] escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne» (2 Co 3,3). El Espíritu Santo, el amor de Dios, escribe en nosotros. Y, al escribir dentro, graba en nosotros el bien, nos lo recuerda. *Re-cordar* significa efectivamente *llevar al corazón*, “escribir” en el corazón. Por obra del Espíritu Santo cada historia, incluso la más olvidada, incluso la que parece estar escrita con los renglones más torcidos, puede volverse inspirada, puede renacer como una obra maestra, convirtiéndose en un apéndice del Evangelio. Como las *Confesiones* de Agustín. Como *El Relato del Peregrino* de Ignacio. Como la *Historia de un alma* de Teresita del Niño Jesús. Como *Los Novios*, como *Los Hermanos Karamazov*. Como tantas innumerables historias que han escenificado admirablemente el encuentro entre la libertad de Dios y la del hombre. Cada uno de nosotros conoce diferentes historias que huelen a Evangelio, que han dado testimonio del Amor que transforma la vida. Estas historias requieren que se las comparta, se las cuente y se las haga vivir en todas las épocas, con todos los lenguajes y por todos los medios.

5. Una historia que nos renueva

En todo gran relato entra en juego el nuestro. Mientras leemos la Escritura, las historias de los santos, y también esos textos que han sabido leer el alma del hombre y sacar a la luz su belleza, el Espíritu Santo es libre de escribir en nuestro corazón, renovando en nosotros la memoria de lo que somos a los ojos de Dios. Cuando rememoramos el amor que nos creó y nos salvó, cuando ponemos amor en nuestras historias diarias, cuando tejemos de misericordia las tramas de nuestros días, entonces pasamos página. Ya no estamos anudados a los recuerdos y a las tristezas, enlazados a una memoria enferma que nos aprisiona el corazón, sino que abriéndonos a los demás, nos abrimos a la visión misma del Narrador. Contarle a Dios nuestra historia nunca es inútil; aunque la crónica de los acontecimientos permanezca inalterada, cambian el sentido y la perspectiva. Contarse al Señor es entrar en su mirada de amor compasivo hacia nosotros y hacia los demás. A Él podemos narrarle las historias que vivimos, llevarle a las personas, confiarle las situaciones. Con Él podemos anudar el tejido de la vida, remendando los rotos y los jirones. ¡Cuánto lo necesitamos todos!

Con la mirada del Narrador –el único que tiene el punto de vista final– nos acercamos luego a los protagonistas, a nuestros hermanos y hermanas, actores a nuestro lado de la historia de hoy. Sí, porque nadie

es un extra en el escenario del mundo y la historia de cada uno está abierta a la posibilidad de cambiar. Incluso cuando contamos el mal podemos aprender a dejar espacio a la redención, podemos reconocer en medio del mal el dinamismo del bien y hacerle sitio.

No se trata, pues, de seguir la lógica del *storytelling*, ni de hacer o hacerse publicidad, sino de recordar lo que somos a los ojos de Dios, de dar testimonio de lo que el Espíritu escribe en los corazones, de revelar a cada uno que su historia contiene obras maravillosas. Para ello, nos encomendamos a una mujer que tejó la humanidad de Dios en su seno y –dice el Evangelio– entretejió todo lo que le sucedía. La Virgen María lo guardaba todo, meditándolo en su corazón (cf. *Lc 2,19*). Pidamos ayuda a aquella que supo deshacer los nudos de la vida con la fuerza suave del amor:

Oh María, mujer y madre, tú tejiste en tu seno la Palabra divina, tú narraste con tu vida las obras magníficas de Dios. Escucha nuestras historias, guárdalas en tu corazón y haz tuyas esas historias que nadie quiere escuchar. Enséñanos a reconocer el hilo bueno que guía la historia. Mira el cúmulo de nudos en que se ha enredado nuestra vida, paralizando nuestra memoria. Tus manos delicadas pueden deshacer cualquier nudo. Mujer del Espíritu, madre de la confianza, inspíranos también a nosotros. Ayúdanos a construir historias de paz, historias de futuro. Y muéstranos el camino para recorrerlas juntos.

Roma, junto a San Juan de Letrán, 24 de enero de 2020, fiesta de san Francisco de Sales.

FRANCISCUS

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO CON OCASIÓN DEL DÍA INTERNACIONAL DE LA ENFERMERÍA

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy el Día Internacional de la Enfermería, en el contexto del Año Internacional del Personal de Enfermería y Partería convocado por la Organización Mundial de la Salud. En este mismo día

también recordamos el bicentenario del nacimiento de Florence Nightingale, con quien dio inicio la enfermería moderna.

En este momento histórico, marcado por la emergencia sanitaria mundial a causa de la pandemia del virus Covid-19, hemos redescubierto la importancia del rol del personal de enfermería, como también el de partería. Diariamente presenciamos el testimonio de valentía y sacrificio de los agentes sanitarios, en particular de las enfermeras y enfermeros, quienes con profesionalidad, sacrificio, responsabilidad y amor por los demás ayudan a las personas afectadas por el virus, incluso poniendo en riesgo la propia salud. Prueba de ello es el hecho de que, desgraciadamente, un elevado número de agentes sanitarios han muerto al cumplir fielmente con su servicio. Rezo por ellos –el Señor conoce el nombre de cada uno– y por todas las víctimas de esta epidemia. Que el Señor resucitado les conceda la luz eterna y a sus familias el consuelo de la fe.

El personal de enfermería siempre ha desempeñado un papel central en la asistencia sanitaria. Todos los días experimentan, con la cercanía a los enfermos, el trauma que causa el sufrimiento en la vida de una persona. Son hombres y mujeres que han dicho “sí” a una vocación particular: la de ser buenos samaritanos que se hacen cargo de la vida y de las heridas de los demás. Custodios y servidores de la vida que, mientras administran las terapias necesarias, infunden ánimo, esperanza y confianza¹.

Queridas enfermeras y queridos enfermeros: La responsabilidad moral guía vuestra profesionalidad, que no se reduce al conocimiento científico-técnico, sino que está constantemente iluminada por la relación humana y humanizadora con el paciente. «Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando. De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo –¡y fatigoso!– esfuerzo de discernimiento y atención a cada persona»².

Vosotros –y también pienso en las parteras– estáis al lado de las personas en los momentos cruciales de su existencia, nacimiento y muerte, enfermedad y recuperación, para ayudarlas a superar las situaciones más traumáticas. A veces estáis junto a ellos cuando fallecen, dándoles consuelo y alivio en los últimos momentos. Por esta entrega vuestra, formáis

1. Cf. *Nueva Carta a los Agentes sanitarios*, nn. 1-8.

2. *Discurso a los miembros de la Federación de Colegios profesionales de enfermeros*, 3 marzo 2018.

parte de los “santos de la puerta de al lado”³. Sois la imagen de la Iglesia, “hospital de campaña”, que continúa llevando a cabo la misión de Jesucristo, que se acercó y curó a las personas que sufrían todo tipo de males y se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos. ¡Gracias por vuestro servicio a la humanidad!

En tantos países, la pandemia también ha evidenciado muchas deficiencias en la atención sanitaria. Por esto, me dirijo a los jefes de las naciones de todo el mundo, para que inviertan en sanidad, como bien común primario, fortaleciendo las estructuras y designando más personal de enfermería, para garantizar a todos un servicio de atención adecuado y respetuoso de la dignidad de cada persona. Es importante reconocer efectivamente el papel esencial que desempeña esta profesión para la atención al paciente, para la actividad de emergencia territorial, la prevención de enfermedades, la promoción de la salud, la asistencia en el sector familiar, comunitario y escolar.

Los enfermeros y enfermeras, así como las comadronas, tienen derecho y merecen estar más valorizados e involucrados en los procesos que afectan a la salud de las personas y de la comunidad. Se ha demostrado que invertir en ellos favorece los resultados en términos de atención y salud en general. Por lo tanto, es preciso potenciar su perfil profesional proporcionando herramientas científicas, humanas, psicológicas y espirituales para su adecuada formación; así como mejorar sus condiciones de trabajo y garantizar sus derechos para que puedan llevar a cabo su servicio con plena dignidad.

En este sentido, las asociaciones de agentes de la sanidad tienen un papel importante, pues, además de ofrecer una estructura orgánica, acompañan a cada uno de sus miembros, haciéndolos sentir parte de un cuerpo unitario y no se sientan perdidos y solos frente a los desafíos éticos, económicos y humanos, que conlleva la profesión.

De modo particular, las comadronas, que asisten a las mujeres embarazadas y las ayudan a dar a luz a sus hijos, os digo: vuestro trabajo es uno de los más nobles que existen, dedicado directamente al servicio de la vida y de la maternidad. En la Biblia, los nombres de las dos parteras heroicas, Sifrá y Puá, se immortalizan al comienzo del libro del Éxodo (cf. 1,15-21). También hoy el Padre celestial os mira con gratitud.

Queridos enfermeros, queridas enfermeras y personal de obstetricia, que este aniversario coloque la dignidad de vuestro trabajo en el centro,

3. Cf. *Homilía*, 9 abril 2020.

en beneficio de la salud de toda la sociedad. A vosotros, a vuestras familias y a todos los que atendéis, aseguro mi oración e imparto cordialmente la bendición apostólica.

Roma, San Juan de Letrán, 12 de mayo de 2020.

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN EL 50 ANIVERSARIO DE LA PROMULGACIÓN DEL RITO DE LA CONSAGRACIÓN DE LAS VÍRGENES

Queridas hermanas:

1. Hace cincuenta años la Sagrada Congregación para el Culto Divino, por mandato de san Pablo VI, promulgaba el nuevo *Rito de la Consagración de las vírgenes*. La pandemia aún en curso ha obligado a aplazar el encuentro internacional convocado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica para celebrar este importante aniversario. Sin embargo, deseo igualmente unirme a vuestra acción de gracias por este «doble don del Señor a su Iglesia» –como os dijo san Juan Pablo II con ocasión del 25 aniversario–: el *Rito* renovado y un *Ordo fidelium* «restituido a la comunidad eclesial» (*Discurso a las participantes en el Congreso Internacional del Ordo virginum*, 2 junio 1995).

Vuestra forma de vida encuentra su primera fuente en el *Rito*, tiene su configuración jurídica en el can. 604 del Código de Derecho Canónico, y desde 2018 en la Instrucción *Ecclesiae Sponsae imago*. Vuestra llamada pone de relieve la inagotable y multiforme riqueza de los dones del Espíritu del Resucitado, que hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21,5). Al mismo tiempo, es un signo de esperanza: la fidelidad del Padre pone aún hoy en el corazón de algunas mujeres el deseo de ser consagradas al Señor en la virginidad vivida en su ambiente social y cultural ordinario, arraigadas en una Iglesia particular, en una forma de vida antigua y al mismo tiempo nueva y moderna.

Acompañadas por los obispos, habéis profundizado en la especificidad de vuestra forma de vida consagrada, experimentando que la consagración os constituye en la Iglesia un *Ordo fidelium* particular.

Proseguid en este camino, colaborad con los obispos para encontrar serios itinerarios de discernimiento vocacional y de formación inicial y permanente. En efecto, el don de vuestra vocación se manifiesta en la sinfonía de la Iglesia, que se edifica cuando puede reconocer en vosotras mujeres capaces de vivir el don de la sororidad.

2. Cincuenta años después del *Rito* renovado, quisiera deciros: ¡no apaguéis la profecía de vuestra vocación! Estáis llamadas, no por mérito vuestro, sino por la misericordia de Dios, a hacer resplandecer en vuestra existencia el rostro de la Iglesia, Esposa de Cristo, que es virgen porque, a pesar de estar compuesta por pecadores, custodia íntegra la fe, concibe y hace crecer una humanidad nueva.

Juntamente con el Espíritu, con toda la Iglesia y con todos los oyentes de la Palabra, estáis invitadas a entregaros a Cristo y a decirle: «¡Ven!» (Ap 22,17), para permanecer en la fuerza dada por su respuesta: «¡Sí, vengo pronto!» (Ap 22,20). Esta visita del Esposo es el horizonte de vuestro camino eclesial, vuestra meta, la promesa que hay que acoger cada día. De este modo «podréis ser estrellas que orientan el camino del mundo» (Benedicto XVI, *Discurso a un grupo de vírgenes consagradas con ocasión del Segundo Congreso del “Ordo Virginum”*, 15 mayo 2008).

Os invito a releer y meditar los textos del *Rito*, donde resuena el sentido de vuestra vocación: estáis llamadas a experimentar y testimoniar que Dios, en su Hijo, nos ha amado primero, que su amor es para todos y tiene la fuerza de transformar a los pecadores en santos. En efecto, «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra» (Ef 5,25-26). Vuestra vida revelará la tensión escatológica que anima a toda la creación, que impulsa toda la historia y nace de la invitación del Resucitado: “Levántate, hermosa mía y vente” (cf. Ct 2,10; Orígenes, *Homilías sobre el Cantar de los cantares* II,12).

3. La Homilía propuesta por el *Rito de Consagración* os exhorta: «Amad a todos y dad preferencia a los pobres» (n. 29). La consagración os reserva para Dios sin haceros ajenas al ambiente donde vivís y en el que estáis llamadas a realizar vuestro propio testimonio en el estilo de la proximidad evangélica (cf. *Ecclesiae Sponsae imago*, 37-38). Que vuestra consagración virginal, con esta cercanía específica a los hombres y mujeres de hoy, ayude a la Iglesia a amar a los pobres, a reconocer la pobreza material y espiritual, a socorrer a los más frágiles e indefensos, a los que sufren por la enfermedad física y psíquica, a los pequeños y a los ancianos, a los que corren el riesgo de ser descartados.

Sed *mujeres de misericordia*, expertas en humanidad. Mujeres que creen «en lo revolucionario de la ternura y del cariño» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288). La pandemia nos enseña que «es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad» (*Homilía en la Celebración de la Divina Misericordia*, 19 abril 2020). Que lo que está sucediendo en el mundo os sacuda: no cerréis los ojos y no huyáis, atravesad con delicadeza el dolor y el sufrimiento, perseverad en proclamar el Evangelio de la vida plena para todos.

La Oración de consagración, que invoca para vosotras los dones multiformes del Espíritu, pide que viváis en una *casta libertas* (*Rito de la Consagración de las vírgenes*, 38). Que este sea vuestro estilo de relación, para ser signo del amor esponsal que une a Cristo con la Iglesia, virgen madre, hermana y amiga de la humanidad. Con vuestra bondad (cf. *Flp* 4,5), tejed relaciones auténticas, que rescaten a los barrios de nuestras ciudades de la soledad y del anonimato. Sed capaces de *parresia*, pero mantened alejada la tentación del parloteo y del chisme. Tened la sabiduría, la iniciativa y la autoridad de la caridad, para oponeros a la arrogancia y prevenir los abusos de poder.

4. En la solemnidad de Pentecostés, deseo bendecir a cada una de vosotras, así como a las mujeres que se están preparando para recibir esta consagración y a todas las que la recibirán en el futuro. «El Espíritu Paráclito es dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de esposa de Cristo glorificado» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Gaudete in Domino*, 29). Como signo de la Iglesia esposa, que podáis ser siempre mujeres de la alegría, a ejemplo de María de Nazaret, mujer del *Magnificat*, madre del Evangelio viviente.

Roma, San Juan de Letrán, 31 de mayo de 2020, solemnidad de Pentecostés.

FRANCISCO

Congregación para el Clero

CARTA DEL PREFECTO A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS

Ciudad del Vaticano, 9 de mayo de 2020

Prot. N. 2020 1685

Querido D. Juan José Omella,

En las vísperas de la fiesta de San Juan de Ávila, aprovecho la oportunidad que me brinda la Comisión Episcopal para el Clero y los Seminarios de la Conferencia Episcopal Española, para enviar, a través de esta carta, un mensaje de reconocimiento y de ánimo a los sacerdotes y diáconos de esa querida nación, que tanto ha sufrido los efectos del Covid-19.

He tenido noticia de que más de cincuenta sacerdotes españoles han perdido la vida a causa del coronavirus, algunos por las complicaciones de enfermedades precedentes; otros porque, a pesar de poner los medios disponibles, han sido contagiados cuando estaban dedicados a la atención espiritual de enfermos y al servicio a personas necesitadas. El sacrificio de estos sacerdotes y de tantas otras personas, que han arriesgado y perdido su vida, por llevar salud, alimentos, consuelo, esperanza... nos recuerda que Dios nos ha dado la vida para compartirla, para entregarla generosamente (cf. Mc 8,35). El testimonio de estos sacerdotes es un buen antídoto contra la tentación de utilizar egoístamente el ministerio sacerdotal, para alcanzar bienes materiales, prestigio, intereses particulares, prebendas... Además, ellos anuncian silenciosamente que Dios no se deja ganar en generosidad: nos llama por amor, nos da el ciento por uno en esta tierra –aunque padezcamos– y en la edad futura, vida eterna (cf. Mc 10,30).

En este tiempo de confinamiento, la caridad pastoral de los sacerdotes españoles se ha manifestado especialmente creativa, con el objetivo de que el Pueblo de Dios –y también aquellos que no se consideran miembros de la Iglesia– pudieran sentir la cercanía de Dios y la solidaridad de la comunidad cristiana. Doy gracias a Dios por todas las iniciativas que se han puesto en marcha en estas semanas extrañas, en las que,

por otra parte, hemos podido redescubrir algunos aspectos importantes de la vida cristiana, en general, y de la vocación sacerdotal, en particular: la celebración de la fe en las familias y en pequeñas comunidades, que complementa y enriquece la celebración de la Eucaristía en las parroquias; el acompañamiento personal a los fieles, a veces a través las nuevas tecnologías; la oración pausada, en la que, con la ayuda de su Santo Espíritu, podemos vislumbrar el paso salvador de Dios por la vida de personas, familias y pueblos.

También quisiera destacar que esta dolorosa circunstancia nos ha ayudado a valorar la aportación de tantas personas anónimas, que han trabajado, asumiendo riesgos importantes, por la salud y la supervivencia de todos los ciudadanos. Asimismo, nos ha permitido tomar más conciencia de la importancia de nuestra misión, ya que todo ser humano necesita, además de recursos materiales y atención médica, espacios para poner nombre a sus sentimientos, luz y fuerza para seguir amando y confiando, para enfrentarse a la incertidumbre, a la enfermedad, a la muerte de seres queridos y al fin de la propia vida.

Finalmente, deseo invitar a todos los sacerdotes y diáconos a mirar hacia el futuro. La crisis motivada por el Covid-19, además de provocar mucho dolor y sufrimiento, favorece algunas condiciones decisivas para el desarrollo de la vida cristiana: la conciencia de la fragilidad del ser humano, la caída de tantas falsas seguridades, las preguntas por el sentido de la vida, la necesidad de la solidaridad especialmente con los que sufren, el testimonio de entrega, fe y esperanza de tantos hijos e hijas de la Iglesia; así como la evidencia de que *nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo* (homilía del Santo Padre, del 27 de marzo de 2020).

Esta realidad amarga, pero preñada de gracia, es una llamada a reavivar nuestro amor. Así lo enseñó San Juan de Ávila: *No esperéis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acontecimientos serán despertadores de amor*. El doctor de la Iglesia y patrón del clero español nos invita a *sentir males ajenos y llorarlos, a importunar a*

Dios por los prójimos, a tener corazón de madre y manos largas con los desconsolados y pobres.

Invoquemos, por tanto, al Espíritu Santo, para que pastores, laicos, religiosos y religiosas sepamos aprovechar este *kairos*, de modo que nuestras comunidades cristianas se renueven en la fe y sean, en la nueva realidad que nos espera, hogares con las puertas abiertas a todas las personas y hospital de campaña para los pobres de siempre y para quienes ya están sufriendo las consecuencias económicas de esta pandemia.

Aprovecho la circunstancia para pedir a los sacerdotes y diáconos de España que recemos unos por otros y, de modo especial, por el Santo Padre Francisco, ejemplo de una vida sacerdotal entregada a su Pueblo y guía luminosa para todas las personas de buena voluntad, especialmente en la hora, dolorosa y apasionante, que nos toca vivir.

Querido Don Juan José, le saludo cordialmente y me confirmo con sentimientos de respeto y estima,

de Vuestra Eminencia Reverendísima
afmo. en el Señor

† BENIAMINO CARD. STELLA,
Prefecto

INSTRUCCIÓN LA CONVERSIÓN PASTORAL DE LA COMUNIDAD PARROQUIAL AL SERVICIO DE LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

*La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de
la misión evangelizadora de la Iglesia*

Introducción

1. La reflexión eclesiológica del Concilio Vaticano II y los notables cambios sociales y culturales de los últimos decenios han inducido, a diversas Iglesias particulares, a reorganizar la forma de encomendar la cura pastoral de las comunidades parroquiales. Esto ha permitido iniciar experiencias nuevas, valorando la dimensión de la comunión y realizando, bajo la guía de los pastores, una síntesis armónica de carismas y vocaciones al servicio del anuncio del Evangelio, que corresponda mejor a las actuales exigencias de la evangelización.

El Papa Francisco, al inicio de su ministerio, recordaba la importancia de la “creatividad”, que significa «*buscar caminos nuevos*», o sea «*buscar el camino para que el Evangelio sea anunciado*»; al respecto, concluía el Santo Padre, «*la Iglesia, también el Código de Derecho Canónico nos da tantas, tantas posibilidades, tanta libertad para buscar estas cosas*»¹.

2. Las situaciones descritas por esta Instrucción representan una preciosa ocasión para la conversión pastoral en sentido misionero. Es, ciertamente, una invitación a las comunidades parroquiales a salir de sí mismas, ofreciendo instrumentos para una reforma, incluso estructural, orientada a un estilo de comunión y de colaboración, de encuentro y de cercanía, de misericordia y de solicitud por el anuncio del Evangelio.

I. La conversión pastoral

3 La conversión pastoral es uno de los temas fundamentales en la “nueva etapa evangelizadora”² que hoy la Iglesia está llamada a promover, para que las comunidades cristianas sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo.

Por ello, el Santo Padre indica: «*Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6,37)*»³.

4. Impulsada por esta santa inquietud, la Iglesia, «*fiel a su propia tradición y consciente a la vez de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura; comunión que enriquece al mismo tiempo a la propia Iglesia y a las diferentes culturas*»⁴. En efecto,

¹ Francisco, *Discurso a los párrocos de Roma* (16 de septiembre de 2013).

² Cfr. *Id.*, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 287: AAS 105 (2013), 1136.

³ *Ibid.*, n. 49: AAS 105 (2013), 1040.

⁴ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 58: AAS 58 (1966), 1079.

el encuentro fecundo y creativo del Evangelio y la cultura conduce a un verdadero progreso: por una parte, la Palabra de Dios se encarna en la historia de la humanidad, renovándola; por otra, «*la Iglesia [...] puede enriquecerse, y de hecho se enriquece también, con la evolución de la vida social*»⁵, al punto de profundizar la misión confiada por Cristo, para expresarla mejor en el tiempo en que vive.

5. La Iglesia anuncia que el Verbo «*se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14). Esta Palabra de Dios, que ama morar entre los hombres, en su inagotable riqueza⁶ ha sido acogida en el mundo entero por diversos pueblos, promoviendo sus más nobles aspiraciones, entre otras el deseo de Dios, la dignidad de la vida de cada persona, la igualdad entre los seres humanos y el respeto por las diferencias dentro de la única familia humana, el diálogo como instrumento de participación, el anhelo de la paz, la acogida como expresión de fraternidad y solidaridad, la tutela responsable de la creación⁷.

Es impensable, por tanto, que tal novedad, cuya difusión hasta los confines del mundo aún no ha sido completada, se desvanezca o, peor aún, se disuelva⁸. Para que el camino de la Palabra continúe, se requiere que en las comunidades cristianas se adopte una decidida opción misionera, «*capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación*»⁹.

II. La parroquia en el contexto contemporáneo

6. Esta conversión misionera, que conduce naturalmente también a una reforma de las estructuras, implica en modo particular a la parroquia, comunidad convocada en torno a la Mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

La parroquia posee una larga historia y ha tenido desde los inicios un rol fundamental en la vida de los cristianos y en el desarrollo y en la

⁵ *Ibid.*, n. 44: AAS 58 (1966), 1065.

⁶ Cfr. Efrén el Sirio, *Comentarios sobre el Diatésaron* 1, 18-19: SC 121, 52-53.

⁷ Cfr. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 68: AAS 107 (2015), 847.

⁸ Cfr. Pablo VI, Carta encíclica *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964): AAS 56 (1964), 639.

⁹ *Evangelii gaudium*, n. 27: AAS 105 (2013), 1031.

acción pastoral de la Iglesia; ya en los escritos de san Pablo se puede entrever la primera intuición de ella. Algunos textos paulinos, en efecto, muestran la constitución de pequeñas comunidades como Iglesias domésticas, identificadas por el Apóstol simplemente con el término “casa” (cfr., por ejemplo, Rm 16, 3-5; 1 Cor 16, 19-20; Fil 4, 22). En estas “casas” se puede reconocer el nacimiento de las primeras “parroquias”.

7. Desde su surgimiento, por tanto, la parroquia se plantea como respuesta a una precisa exigencia pastoral: acercar el Evangelio al pueblo a través del anuncio de la fe y de la celebración de los sacramentos. La misma etimología del término hace comprensible el sentido de la institución: la parroquia es una casa en medio de las casas¹⁰ y responde a la lógica de la Encarnación de Jesucristo, vivo y activo en la comunidad humana. Así pues, visiblemente representada por el edificio de culto, es signo de la presencia permanente del Señor Resucitado en medio de su Pueblo.

8. La configuración territorial de la parroquia, sin embargo, hoy está llamada a confrontarse con una característica peculiar del mundo contemporáneo, en el cual la creciente movilidad y la cultura digital han dilatado los confines de la existencia. Por una parte, la vida de las personas se identifica cada vez menos con un contexto definido e inmutable, desenvolviéndose más bien en “una aldea global y plural”; por otra, la cultura digital ha modificado de manera irreversible la comprensión tanto del espacio como del lenguaje y los comportamientos de las personas, especialmente de las generaciones jóvenes.

Además, es fácil hipotetizar que el constante desarrollo de la tecnología modificará ulteriormente el modo de pensar y la comprensión que el ser humano tendrá de sí mismo y de la vida social. La rapidez de los cambios, el sucederse de los modelos culturales, la facilidad de los traslados y la velocidad de la comunicación están transformando la percepción del espacio y del tiempo.

9. La parroquia, como comunidad viva de creyentes, está inserta en este contexto, en el cual el vínculo con el territorio tiende a ser siempre menos perceptible, los lugares de pertenencia se multiplican y las rela-

¹⁰ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), n. 26: AAS 81 (1989), 438.

ciones interpersonales corren el riesgo de disolverse en el mundo virtual, sin compromiso ni responsabilidad hacia el propio contexto relacional.

10. Hoy se advierte que tales variaciones culturales y la cambiante relación con el territorio están promoviendo en la Iglesia, gracias a la presencia del Espíritu Santo, un nuevo discernimiento comunitario, «*que consiste en el ver la realidad con los ojos de Dios, en la óptica de la unidad y de la comunión*»¹¹. Es, por ello, urgente involucrar a todo el Pueblo de Dios en el esfuerzo de acoger la invitación del Espíritu, para llevar a cabo procesos de “rejuvenecimiento” del rostro de la Iglesia.

III. El valor de la parroquia hoy

11. En virtud de dicho discernimiento, la parroquia está llamada a acoger los desafíos del tiempo presente, para adecuar su propio servicio a las exigencias de los fieles y de los cambios históricos. Es preciso un renovado dinamismo, que permita redescubrir la vocación de cada bautizado a ser discípulo de Jesús y misionero del Evangelio, a la luz de los documentos del Concilio Vaticano II y del Magisterio posterior.

12. Los Padres conciliares, en efecto, escribían con amplitud de miras: «*El cuidado de las almas ha de estar animado por el espíritu misionero*»¹². En continuidad con esta enseñanza, San Juan Pablo II precisaba: «*La parroquia ha de ser perfeccionada e integrada en muchas otras formas, pero ella sigue siendo todavía un organismo indispensable de primaria importancia en las estructuras visibles de la Iglesia*», para «*hacer de la evangelización el pivote de toda la acción pastoral, cual exigencia prioritaria, preminente y privilegiada*»¹³. Luego, Benedicto XVI enseñaba que «*la parroquia es un faro que irradia la luz de la fe y así responde a los deseos más profundos y verdaderos del corazón del hombre, dando significado y esperanza a la vida de las personas y de las familias*»¹⁴. Finalmente,

¹¹ Francisco, *Audiencia General* (12 de junio de 2019): L'Osservatore Romano 134 (13 de junio de 2019), 1.

¹² Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto sobre la misión pastoral de los Obispos en la Iglesia *Christus Dominus* (28 de octubre de 1965), n. 30: AAS 58 (1966), 688.

¹³ Juan Pablo II, *Discurso a los Participantes en la Plenaria de la Congregación para el Clero* (20 de octubre de 1984), nn. 3 y 4: *Insegnamenti* VII/2 (1984), 984 y 985; cfr. también Id., Exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979), n. 67: AAS 71 (1979), 1332.

¹⁴ Benedicto XVI, *Homilía en la visita pastoral a la parroquia romana Santa María de la Evangelización* (10 de diciembre de 2006): *Insegnamenti* II/2 (2006), 795.

el Papa Francisco recuerda que «a través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización»¹⁵.

13. Para promover la centralidad de la presencia misionera de la comunidad cristiana en el mundo¹⁶, es importante replantear no solo una nueva experiencia de parroquia, sino también, en ella, el ministerio y la misión de los sacerdotes, que, junto con los fieles laicos, tienen la tarea de ser “sal y luz del mundo” (cfr. Mt 5, 13-14), “lámpara sobre el candelero” (cfr. Mc 4, 21), mostrando el rostro de una comunidad evangelizadora, capaz de una adecuada lectura de los signos de los tiempos, que genera un testimonio coherente de vida evangélica.

14. A partir precisamente de la consideración de los signos de los tiempos, a la escucha del Espíritu es necesario también generar nuevos signos: habiendo dejado de ser, como en el pasado, el lugar primario de reunión y de sociabilidad, la parroquia está llamada a encontrar otras modalidades de cercanía y de proximidad respecto a las formas habituales de vida. Esta tarea no constituye una carga a soportar, sino un desafío para ser acogido con entusiasmo.

15. Los discípulos del Señor, siguiendo a su Maestro, en la escuela de los Santos y de los Pastores, han aprendido, a veces a través de duras experiencias, a saber esperar los tiempos y los modos de Dios, a alimentar la certeza que Él está siempre presente hasta el final de la historia, y que el Espíritu Santo – corazón que hace latir la vida de la Iglesia – reúne los hijos de Dios dispersos por el mundo. Por eso, la comunidad cristiana no debe tener temor a iniciar y acompañar procesos dentro de un territorio en el que habitan culturas diversas, con la confiada certeza que para los discípulos de Cristo «*nada hay genuinamente humano que no encuentre eco en su corazón*»¹⁷.

IV. La misión, criterio guía para la renovación

16. En las transformaciones en curso, la parroquia algunas veces, a pesar de su generoso esfuerzo, no consigue responder adecuadamente a

¹⁵ *Evangelii gaudium*, n. 28: AAS 105 (2013), 1032.

¹⁶ Cfr. *Gaudium et spes*, n. 4: AAS 58 (1966), 1027.

¹⁷ *Ibid.*, n. 1: AAS 58 (1966), 1025-1026.

muchas de las expectativas de los fieles, especialmente si se consideran los múltiples tipos de comunidad existentes¹⁸. Es verdad que una característica de la parroquia es su radicación allí donde cada uno vive cotidianamente. Sin embargo, especialmente hoy, el territorio ya no es solo un espacio geográficamente delimitado, sino el contexto donde cada uno desarrolla su propia vida, conformada por relaciones, servicio recíproco y antiguas tradiciones. Es en este “territorio existencial” donde se juega por completo el desafío de la Iglesia en medio de la comunidad. Parece superada, por tanto, una pastoral que mantiene el campo de acción exclusivamente dentro de los límites territoriales de la parroquia, cuando a menudo son precisamente los parroquianos quienes ya no comprenden esta modalidad, que parece marcada por la nostalgia del pasado, más que inspirada en la audacia por el futuro¹⁹. Por otra parte, es bueno precisar que, en el ámbito canónico, el principio territorial permanece plenamente vigente, cuando así lo exige el derecho²⁰.

17. Además, la mera repetición de actividades sin incidencia en la vida de las personas concretas, resulta un intento estéril de supervivencia, a menudo acogido con una general indiferencia. Si no vive del dinamismo espiritual propio de la evangelización, la parroquia corre el riesgo de hacerse autorreferencial y de esclerotizarse, proponiendo experiencias desprovistas de sabor evangélico y de impulso misionero, tal vez destinadas solo a pequeños grupos.

18. La renovación de la evangelización requiere nuevas tareas y propuestas pastorales diversificadas, para que la Palabra de Dios y la vida sacramental puedan alcanzar a todos, de manera coherente con el estado de vida de cada uno. De hecho, hoy la pertenencia eclesial prescinde cada vez más del lugar donde los fieles han nacido o se han criado, y se orienta más bien hacia una comunidad de adopción²¹, donde estos hacen una ex-

¹⁸ Cfr. *Evangelii gaudium*, nn. 72-73: AAS 105 (2013), 1050-1051.

¹⁹ Cfr. Sínodo de los Obispos, XV Asamblea general ordinaria (3-28 de octubre de 2018): “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, Documento final, n. 129: «*En este contexto, una visión de la acción parroquial delimitada por los meros confines territoriales e incapaz de atraer con propuestas diversificadas la atención de los fieles –y en particular de los jóvenes– recluirían a la parroquia en una inmovilidad inaceptable y en una repetitividad pastoral preocupante*»: L'Osservatore Romano 247 (29-30 de octubre de 2018), 10.

²⁰ Cfr., por ejemplo, C.I.C., cans. 102; 1015-1016; 1108, § 1.

²¹ Cfr. *Christifideles laici*, n. 25: AAS 81 (1989), 436-437.

perencia más amplia del Pueblo de Dios, de un cuerpo que se articula en muchos miembros, donde cada uno obra para el bien de todo el organismo (cfr. 1 Cor 12, 12-27).

19. Más allá de los lugares y de las razones de pertenencia, la comunidad parroquial es el contexto humano donde se realiza la acción evangelizadora de la Iglesia, se celebran los sacramentos y se vive la caridad, en un dinamismo misionero que – además de ser un elemento intrínseco de la acción pastoral – llega a ser el criterio de verificación de su autenticidad. En la hora presente, caracterizada a veces por situaciones de marginación y soledad, la comunidad parroquial está llamada a ser signo vivo de la cercanía de Cristo, a través de una red de relaciones fraternas, proyectadas hacia las nuevas formas de pobreza.

20. Sobre la base de lo dicho hasta ahora, es necesario identificar perspectivas que permitan la renovación de las estructuras parroquiales “tradicionales” en clave misionera. Este es el corazón de la deseada conversión pastoral, que debe afectar al anuncio de la Palabra de Dios, la vida sacramental y el testimonio de la caridad; esto es, a los ámbitos esenciales en los que la parroquia crece y se conforma con el Misterio en el que cree.

21. Recorriendo los Hechos de los Apóstoles, se pone de manifiesto el protagonismo de la Palabra de Dios, fuerza interior que realiza la conversión de los corazones. Ella es la comida que alimenta a los discípulos del Señor y los hace testigos del Evangelio en las distintas condiciones de vida. La Escritura contiene una fuerza profética que la hace siempre viva. Se requiere, por tanto, que la parroquia eduque la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, a través de propuestas diversificadas de anuncio²², asumiendo formas de comunicación claras y comprensibles, que revelen al Señor Jesús según el testimonio siempre nuevo del *kerygma*²³.

22. La celebración del misterio eucarístico es « *fuentes y cumbre de toda la vida cristiana* »²⁴ y, por tanto, el momento sustancial de la consti-

²² Cfr. *Evangelii gaudium*, n. 174: AAS 105 (2013), 1093.

²³ Cfr. *ibid.*, n. 164-165: AAS 105 (2013), 1088-1089.

²⁴ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* (21 de noviembre de 1964), n. 11: AAS 57 (1965), 15.

tución de la comunidad parroquial. En ella, la Iglesia se hace consciente del significado de su propio nombre: convocación del Pueblo de Dios que alaba, suplica, intercede y agradece. Al celebrar la Eucaristía, la comunidad cristiana acoge la presencia viva del Señor Crucificado y Resucitado, recibiendo el anuncio de todo su misterio de salvación.

23. En consecuencia, la Iglesia advierte la necesidad de redescubrir la iniciación cristiana, que genera una nueva vida, porque se inserta en el misterio de la vida misma de Dios. Es un camino que no tiene interrupción, ni está vinculado solo a celebraciones o a eventos, porque no se ciñe principalmente al deber de realizar un “rito de paso”, sino únicamente a la perspectiva del permanente seguimiento de Cristo. En este contexto, puede ser útil establecer itinerarios mistagógicos que realmente afecten a la existencia²⁵. La catequesis también deberá presentarse como un anuncio continuo del Misterio de Cristo, para hacer crecer en el corazón de los bautizados la estatura de Cristo (cfr. Ef 4, 13), a través de un encuentro personal con el Señor de la vida.

Como recordaba el Papa Francisco, se requiere *«llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad»*²⁶. En el caso del gnosticismo, se trata de una fe abstracta, solo intelectual, hecha de conocimientos que permanecen lejanos a la vida, mientras que el pelagianismo induce al ser humano a contar solo con sus propias fuerzas, ignorando la acción del Espíritu.

²⁵ Cfr. *Evangelii gaudium*, n. 166-167: AAS 105 (2013), 1089-1090.

²⁶ Francisco, Exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018), n. 35: AAS 110 (2018), 1120. Respecto al *gnosticismo* y al *pelagianismo*, conviene prestar atención también a las palabras del Papa Francisco: *«Esta mundanidad puede alimentarse especialmente de dos maneras profundamente emparentadas. Una es la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado»*: *Evangelii gaudium*, n. 94: AAS 105 (2013), 1059-1060; cfr. también Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Placuit Deo* (22 de febrero de 2018): AAS 110 (2018), 429.

24. En el misterioso entrelazarse de la acción de Dios y la del ser humano, la proclamación del Evangelio se lleva a cabo a través de hombres y mujeres que hacen creíble con su vida lo que anuncian, en una red de relaciones interpersonales que generan confianza y esperanza. En el período actual, a menudo marcado por la indiferencia, el aislamiento del individuo en sí mismo y el rechazo de los demás, el redescubrimiento de la fraternidad es fundamental, ya que la evangelización está estrechamente vinculada a la calidad de las relaciones humanas²⁷. Así, la comunidad cristiana hace suya la palabra de Jesús, que impulsa a «*remar mar adentro*» (Lc 5, 4), en la confianza de que la invitación del Maestro a echar las redes le garantiza la certeza de una “pesca abundante”²⁸.

25. La “cultura del encuentro” es el contexto que promueve el diálogo, la solidaridad y la apertura a todos, resaltando la centralidad de la persona. Es necesario, por tanto, que la parroquia sea un “lugar” que favorezca el “estar juntos” y el crecimiento de relaciones personales duraderas, que permitan a cada uno percibir el sentido de pertenencia y ser amado.

26. La comunidad parroquial está llamada a desarrollar un verdadero “arte de la cercanía”. Si esta tiene raíces profundas, la parroquia realmente se convierte en el lugar donde se supera la soledad, que afecta la vida de tantas personas, así como en un «*santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero*»²⁹.

V. “Comunidad de comunidades”: la parroquia inclusiva, evangelizadora y atenta a los pobres

27. El sujeto de la acción misionera y evangelizadora de la Iglesia es siempre el Pueblo de Dios en su conjunto. De hecho, el Código de Derecho Canónico resalta que la parroquia no se identifica con un edificio o un conjunto de estructuras, sino con una determinada comunidad de

²⁷ Cfr. *Carta a Diogneto* V, 1-10: *Patres Apostolici*, ed. F.X. Funk, vol. 1, Tubingae 1901, 398.

²⁸ Cfr. Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), n. 1: *AAS* 93 (2001), 266.

²⁹ *Evangelii gaudium*, n. 28: *AAS* 105 (2013), 1032.

fieles, en la cual el párroco es el pastor propio³⁰. Al respecto, el Papa Francisco recuerda que «*La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y de la celebración*», y afirma que ella «*es comunidad de comunidades*»³¹.

28. Los diferentes componentes en los que la parroquia se articula están llamados a la comunión y a la unidad. En la medida en que cada uno, habiendo recibido su propia complementariedad, la pone al servicio de la comunidad, por un lado, se puede apreciar la plena realización del ministerio como pastores tanto del párroco como de los sacerdotes que colaboran y, por otro, emerge la peculiaridad de los diversos carismas de los diáconos, las personas consagradas y los laicos, para que cada uno trabaje en la construcción del único cuerpo (cfr. 1 Cor 12,12).

29. La parroquia, por tanto, es una comunidad convocada por el Espíritu Santo, para anunciar la Palabra de Dios y hacer renacer nuevos hijos en la fuente bautismal; reunida por su pastor, celebra el memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor, y da testimonio de la fe en la caridad, viviendo en un estado permanente de misión, para que a nadie le falte el mensaje salvador, que da la vida.

Al respecto, el Papa Francisco se expresa así: «*La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. [...] Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos, en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión*»³².

³⁰ Cfr. C.I.C., cans. 515; 518; 519.

³¹ *Evangelii gaudium*, n. 28: AAS 105 (2013), 1031-1032.

³² *Ibíd.*

30. No pueden ser ajenos a la parroquia el “estilo espiritual y eclesial de los santuarios” – verdaderos y propios “puestos de avanzada misionera” – caracterizado por la acogida, la vida de oración y el silencio que da descanso al espíritu, así como por la celebración del sacramento de la reconciliación y el servicio a los pobres. Las peregrinaciones que las comunidades parroquiales realizan a diversos santuarios son medios preciosos para crecer en comunión fraterna y, al regresar a casa, hacen que los espacios de vida cotidiana sean más abiertos y acogedores³³.

31. En este sentido, se puede decir que el santuario reúne el conjunto de características y de servicios que, análogamente, también una parroquia debe tener, representando para muchos creyentes la meta deseada de su búsqueda interior y el lugar donde se encuentra con el rostro de Cristo misericordioso y con una Iglesia acogedora.

En los santuarios pueden redescubrir “la unción del Santo” (1 Jn 2,20), es decir, su propia consagración bautismal. En estos lugares se aprende a celebrar con fervor, en la liturgia, el misterio de la presencia de Dios en medio de su pueblo, la belleza de la misión evangelizadora de cada bautizado y la llamada a traducirla en caridad en los lugares donde cada uno vive³⁴.

32. La parroquia, como “santuario” abierto a todos y llamada a llegar a todos sin excepción, recuerda que los pobres y los excluidos siempre deben tener un lugar privilegiado en el corazón de la Iglesia. Como afirmaba Benedicto XVI: «*Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio*»³⁵. A su vez, el Papa Francisco ha escrito que «*la nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos*»³⁶.

³³ Cfr. Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit* (25 de marzo de 2019), n. 238, Ciudad del Vaticano 2019.

³⁴ Cfr. Id, Bula *Misericordiae vultus* (11 de abril de 2015), n. 3: AAS 107 (2015), 400-401.

³⁵ Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de Brasil* (11 de mayo de 2007), n. 3: *Insegnamenti* III/1 (2007), 826.

³⁶ *Evangelii gaudium*, n. 198: AAS 105 (2013), 1103.

33. A menudo, la comunidad parroquial es el primer lugar de encuentro humano y personal de los pobres con el rostro de la Iglesia. En particular, los sacerdotes, los diáconos y las personas consagradas son quienes deben mostrar compasión por la “carne herida”³⁷ de los hermanos, visitándolos en la enfermedad, apoyando a las personas y familias sin trabajo, abriendo la puerta a todos cuantos pasan alguna necesidad. Con la mirada puesta en los últimos, la comunidad parroquial evangeliza y se deja evangelizar por los pobres, redescubriendo así la implicación social del anuncio en sus diferentes ámbitos³⁸, sin olvidar la “regla suprema” de la caridad, en base a la cual seremos juzgados³⁹.

VI. De la conversión de las personas a la de las estructuras

34. En su proceso de renovación y reestructuración, la parroquia debe evitar el riesgo de caer en una excesiva y burocrática organización de eventos y en un ofrecimiento de servicios, que no responden a la dinámica de la evangelización, sino al criterio de autoconservación⁴⁰.

Citando a San Pablo VI, el Papa Francisco, con su habitual *parresia*, ha hecho presente que «la Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio [...] Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin “fidelidad de la Iglesia a la propia vocación”, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo»⁴¹.

35. La conversión de las estructuras, que la parroquia debe proponerse, requiere en primer lugar un cambio de mentalidad y una renovación interior, sobre todo de aquellos que están llamados a la responsabilidad de la guía pastoral. Para ser fieles al mandato de Cristo, los pastores, y en modo particular los párrocos, “principales colaborado-

³⁷ Cfr. Francisco, *Meditación cotidiana en Santa Marta* (30 de octubre de 2017).

³⁸ Cfr. *Evangelii gaudium*, nn. 186-216: AAS 105 (2013), 1098-1109.

³⁹ Cfr. *Gaudete et exsultate*, nn. 95-99: AAS 110 (2018), 1137-1138.

⁴⁰ Cfr. *Evangelii gaudium*, n. 27: AAS 105 (2013), 1031; *ibíd.*, n. 189: AAS 105 (2013), 1099: «Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras tarde o temprano se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces».

⁴¹ *Ibíd.*, n. 26: AAS 105 (2013), 1030-1031.

res del Obispo”⁴², deben advertir con urgencia la necesidad de una reforma misionera de la pastoral.

36. Teniendo presente cuánto la comunidad cristiana está vinculada con su propia historia y con sus afectos, cada pastor no debe olvidar que la fe del Pueblo de Dios está en relación con la memoria tanto familiar como comunitaria. Con mucha frecuencia, el lugar sagrado evoca momentos significativos de la vida de las generaciones pasadas, rostros y eventos que han marcado itinerarios personales y familiares. Para evitar traumas y heridas, es importante que los procesos de reestructuración de las comunidades parroquiales y, a veces, también diocesanas, se realicen con flexibilidad y gradualidad.

En referencia a la reforma de la Curia Romana, el Papa Francisco hace hincapié en que la gradualidad *«es el resultado del indispensable discernimiento que implica un proceso histórico, plazo de tiempo y de etapas, verificación, correcciones, pruebas, aprobaciones “ad experimentum”*. *En estos casos, por lo tanto, no se trata de indecisión sino de flexibilidad necesaria para lograr una verdadera reforma»*⁴³. Se trata de estar atentos a no “forzar los tiempos”, queriendo llevar a cabo las reformas apresuradamente y con criterios genéricos, que obedecen a razones elaboradas “en un escritorio”, olvidando a las personas concretas que habitan en el territorio. De hecho, cada proyecto debe situarse en la vida real de una comunidad e insertarse en ella sin traumas, con una necesaria fase previa de consultas; luego, su implementación progresiva y, finalmente, una evaluación.

37. Esta renovación, por supuesto, no solo concierne al párroco, ni puede ser impuesta desde arriba, excluyendo al Pueblo de Dios. La conversión pastoral de las estructuras implica la conciencia de que *«el Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo; por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción. Cada vez que como Iglesia, como pastores, como consagrados, hemos olvidado esta certeza, erramos el camino. Cada vez que intentamos suplantar, acallar, ningunear, ignorar o reducir a pequeñas elites al Pueblo de Dios en su totalidad y diferencias, construimos comuni-*

⁴² *Christus Dominus*, n. 30: AAS 58 (1966), 688.

⁴³ Francisco, *Presentación de las Felicitaciones Navideñas a la Curia Romana* (22 de diciembre de 2016): AAS 109 (2017), 44.

dades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras sin raíces, sin historia, sin rostros, sin memoria, sin cuerpo; en definitiva, sin vida. Desenraizarnos de la vida del pueblo de Dios nos precipita a la desolación y perversión de la naturaleza eclesial»⁴⁴.

En este sentido, el clero no realiza solo la transformación requerida por el Espíritu Santo, sino que está involucrado en la conversión que concierna a todos los miembros del Pueblo de Dios⁴⁵. Por tanto, se requiere «*buscar consciente y lúcidamente espacios de comunión y participación, para que la Unción del Pueblo de Dios encuentre sus mediaciones concretas para manifestarse*»⁴⁶.

38. En consecuencia, es evidente cuán oportuno es superar tanto una concepción autorreferencial de la parroquia, como una “clericalización de la atención pastoral”. Tomar en serio el hecho de que el Pueblo de Dios «*tiene por condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo*»⁴⁷, impulsa a promover prácticas y modelos a través de los cuales cada bautizado, en virtud del don del Espíritu Santo y de los carismas recibidos, se convierte en protagonista activo de la evangelización, con el estilo y con las modalidades de una comunión orgánica, tanto con las otras comunidades parroquiales como con la pastoral de conjunto de la diócesis. De hecho, toda la comunidad es el sujeto responsable de la misión, ya que la Iglesia no se identifica solamente con la jerarquía, sino que se constituye como el Pueblo de Dios.

39. Será tarea de los pastores mantener viva esta dinámica, para que cada bautizado se considere un protagonista activo de la evangelización. La comunidad presbiteral, siempre en camino de formación permanente⁴⁸, tendrá que ejercer con sabiduría el arte del discernimiento que permita que la vida parroquial crezca y madure, en el reconocimiento de las diferentes vocaciones y ministerios. El presbítero, por tanto, como miembro y servidor del Pueblo de Dios que le ha sido confiado, no puede

⁴⁴ *Id*, *Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile* (31 de mayo de 2018): www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180531_lettera-popolodidio-cile.html

⁴⁵ Cfr. *ibíd.*

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ *Lumen gentium*, n. 9: AAS 57 (1965), 13.

⁴⁸ Cfr. Congregación para el Clero, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (8 de diciembre de 2016), nn. 80-88, Ciudad del Vaticano 2016, pp. 37-42.

reemplazarlo. La comunidad parroquial está facultada para proponer formas de ministerialidad, de anuncio de la fe y de testimonio de caridad.

40. La centralidad del Espíritu Santo –don gratuito del Padre y del Hijo a la Iglesia– lleva a vivir profundamente la dimensión de la gratuidad, según la enseñanza de Jesús: «*Gratis habéis recibido, dad gratis*» (Mt 10, 8). Él enseñaba a sus discípulos una actitud de generoso servicio, a ser cada uno un don para los demás (cfr. Jn 13,14-15), con una opción preferencial por los pobres. De ahí, entre otras cosas, se deriva la exigencia de no “negociar” con la vida sacramental y de no dar la impresión de que la celebración de los sacramentos –especialmente de la Santísima Eucaristía– y las otras acciones ministeriales pueden estar sujetas a tarifas.

Por otra parte, el pastor, que sirve al rebaño con generosa gratuidad, debe formar a los fieles, a fin de que cada miembro de la comunidad se sienta responsable y directamente involucrado en sustentar las necesidades de la Iglesia, a través de las diversas formas de ayuda y solidaridad que la parroquia necesita para llevar a cabo, con libertad y eficacia, su servicio pastoral.

41. La misión a la que está llamada la parroquia, en cuanto centro impulsor de la evangelización, concierne a todo el Pueblo de Dios en sus diversos componentes: presbíteros, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, cada uno según su propio carisma y las responsabilidades que le corresponden.

VII. La Parroquia y las otras divisiones internas de la diócesis

42. La conversión pastoral de la comunidad parroquial en sentido misionero toma forma y se expresa en un proceso gradual de renovación de las estructuras y, en consecuencia, en diferentes formas de confiar la cura pastoral y la participación en el ejercicio de ella, que involucran a todos los componentes del Pueblo de Dios.

43. En el lenguaje actual, tomado de los documentos del Magisterio, en relación con la división interna del territorio diocesano⁴⁹, desde hace

⁴⁹ Cfr. C.I.C., can. 374, § 1.

algunas décadas, a la parroquia y a las vicarías foráneas, ya previstas por el Código de Derecho Canónico vigente⁵⁰, se han agregado expresiones como “unidad pastoral” y “zona pastoral”. Estas denominaciones, de hecho, definen formas de organización pastoral de la diócesis, que reflejan una nueva relación entre los fieles y el territorio.

44. En el tema de las “unidades” o “zonas pastorales”, obviamente nadie piense que la solución a los múltiples problemas de la hora presente se encuentre en una simple nueva denominación de realidades ya existentes. En el corazón de este proceso de renovación, evitando sufrir el cambio y comprometerse más bien a promoverlo y orientarlo, se encuentra, por el contrario, la exigencia de identificar estructuras a través de las cuales reavivar la vocación común a la evangelización en todos los componentes de la comunidad cristiana, en orden a una más eficaz cura pastoral del Pueblo de Dios, en el cual el “factor clave” solo puede ser la proximidad.

45. En esta perspectiva, la normativa canónica destaca la necesidad de identificar distintas partes territoriales dentro de cada diócesis⁵¹, con la posibilidad de que posteriormente ellas se reagrupen en realidades intermedias entre la diócesis y la parroquia. Como consecuencia de esto, teniendo en cuenta las dimensiones de la diócesis y su realidad pastoral concreta, se pueden dar varios tipos de agrupaciones de parroquias⁵².

En el corazón de estas vive y actúa la dimensión comunitaria de la Iglesia, con una particular atención al territorio concreto, de modo que en su erección debe tenerse en cuenta tanto como sea posible la homogeneidad de la población y sus costumbres, así como las características comunes del territorio, para facilitar la relación de cercanía entre los párrocos y los otros agentes pastorales⁵³.

⁵⁰ Cfr. *ibíd.*, can. 374, § 2; cfr. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum successores* (22 de febrero de 2004), n. 217: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2110.

⁵¹ Cfr. C.I.C., can. 374, § 1.

⁵² Cfr. *ibíd.*, can. 374, § 2.

⁵³ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 218: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2114.

VII. a. Cómo proceder a la erección de una agrupación de parroquias

46. Antes de proceder a la erección de una agrupación de parroquias, el Obispo ha de consultar necesariamente al Consejo presbiteral⁵⁴, conforme a la normativa canónica y en nombre de la debida corresponsabilidad eclesial, compartida a diferente título por el Obispo y por los miembros de dicho Consejo.

47. En primer lugar, las agrupaciones de varias parroquias pueden realizarse simplemente en forma de *federaciones*, de modo que las parroquias asociadas permanezcan distintas en su propia identidad.

De acuerdo con el ordenamiento canónico, al establecer cualquier tipo de agrupación de parroquias vecinas, se entiende que deben ser respetados los elementos esenciales establecidos por el derecho universal para la persona jurídica de la parroquia, los cuales no son dispensables por el Obispo⁵⁵. Él deberá emitir un decreto específico para cada parroquia que quiera suprimir, en el que consten los motivos pertinentes⁵⁶.

48. A la luz de lo anteriormente expuesto, la agrupación, así como la erección o supresión de parroquias, debe ser realizado por el Obispo diocesano en el respeto de la normativa prevista por el Derecho Canónico, es decir: mediante incorporación, por la cual una parroquia confluye en otra, siendo absorbida y perdiendo su originaria individualidad y personalidad jurídica; o, también, por medio de una verdadera y propia fusión, que da vida a una nueva y única parroquia, con la consiguiente extinción de las parroquias preexistentes y de su personalidad jurídica; o, finalmente, mediante la división de una comunidad parroquial en varias parroquias autónomas, que son creadas *ex novo*⁵⁷.

Además, la supresión de parroquias por unión extintiva es legítima por causas directamente relacionadas con una determinada parroquia. En cambio, no son motivos adecuados, por ejemplo, la mera escasez de clero diocesano, la situación financiera general de la diócesis u otras condiciones de la comunidad, presumiblemente reversibles en el corto

⁵⁴ Cfr. C.I.C., can. 515, § 2.

⁵⁵ Cfr. *ibíd.*, can. 86.

⁵⁶ Cfr. *ibíd.*, can. 120, § 1.

⁵⁷ Cfr. *ibíd.*, cans. 121-122; *Apostolorum successores*, n. 214: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2099.

plazo (por ejemplo, un adecuado número de fieles, la falta de autosuficiencia económica, la modificación del plan urbanístico del territorio). Como condición de legitimidad de este tipo de medidas, se requiere que los motivos a los cuales se haga referencia estén directa y orgánicamente conectados con la comunidad parroquial interesada y no con consideraciones generales, teóricas y “de principios”.

49. Con respecto a la erección y a la supresión de parroquias, vale la pena recordar que cada decisión debe ser adoptada por decreto formal, redactado por escrito⁵⁸. En consecuencia, se debe considerar que no es conforme a la normativa canónica emanar una disposición única, destinada a producir una reorganización de carácter general relativa a toda la diócesis, una parte de ella o un conjunto de parroquias, implementada a través de un solo acto normativo, decreto general o ley particular.

50. De manera específica, en los casos de supresión de parroquias, el decreto debe indicar claramente, con referencia a la situación concreta, cuáles son las razones que llevaron al Obispo a adoptar la decisión. Estas, por tanto, deberán ser indicadas específicamente, ya que no puede bastar una alusión genérica al “bien de las almas”.

Finalmente, en el acto por el cual se suprime una parroquia, el Obispo tendrá también que proveer la devolución de sus bienes, respetando las relativas normas canónicas⁵⁹; a menos que existan razones graves en contra, después de haber escuchado el Consejo presbiteral⁶⁰, se requerirá garantizar que la iglesia de la parroquia suprimida continúe estando abierta a los fieles.

51. Vinculado con el tema de la agrupación de parroquias y de la eventual supresión de ellas, a veces se da la necesidad de reducir una iglesia a uso profano no indecoroso⁶¹, decisión que compete al Obispo diocesano, después de haber consultado obligatoriamente al Consejo presbiteral⁶².

⁵⁸ Cfr. C.I.C., can. 51.

⁵⁹ Cfr. *ibíd.*, cans. 120-123.

⁶⁰ Cfr. *ibíd.*, cans. 500, § 2 y 1222, § 2.

⁶¹ Cfr. Pontificio Consejo de la Cultura, *La dimisión y la reutilización de las iglesias. Líneas guía* (17 de diciembre de 2018): <http://www.cultura.va/content/cultura/es/pub/documenti/decommissioning.html>

⁶² Cfr. C.I.C., can. 1222, § 2.

Ordinariamente, también en este caso, no son causas legítimas para decretar dicha reducción la disminución del clero diocesano, el descenso demográfico o una grave crisis financiera de la diócesis. Por el contrario, si el edificio no se encuentra en condiciones de ser utilizado en manera alguna para el culto divino y no hay posibilidad de repararlo, se podrá proceder a norma del derecho, a reducirlo a un uso profano no indecoroso.

VII. b. Vicaría foránea

52. Ante todo, debe recordarse que, *«para facilitar la cura pastoral mediante una actividad común, varias parroquias cercanas entre sí pueden unirse en grupos peculiares, como son las vicarías foráneas»*⁶³; que en algunos lugares son denominadas “decanatos” o “arciprestazgos”, o también “zonas pastorales” o “prefecturas”⁶⁴.

53. El vicario foráneo no necesariamente tiene que ser un párroco de una determinada parroquia⁶⁵ y, para que se realice la finalidad para la cual la vicaría fue erigida, entre sus responsabilidades, es primordial *«fomentar y coordinar la actividad pastoral común en la vicaría»*⁶⁶, de modo que no sea una institución puramente formal. Además, el vicario foráneo *«tiene el deber de visitar las parroquias de su distrito, según haya determinado el Obispo diocesano»*⁶⁷. Para que pueda cumplir mejor su función y para favorecer aún más la actividad común entre las parroquias, el Obispo diocesano podrá conferir al vicario foráneo otras facultades consideradas oportunas, en base al contexto concreto.

VII. c. Unidad pastoral

54. Inspirándose en análogos fines, cuando las circunstancias lo requieran, en razón de la extensión territorial de la vicaría foránea o del gran número de fieles, y sea, por tanto, necesario favorecer mejor la colaboración orgánica entre parroquias limítrofes, después de escuchar el

⁶³ *Ibíd.*, can. 374, § 2.

⁶⁴ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 217: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2110.

⁶⁵ Cfr. C.I.C., can. 554, § 1.

⁶⁶ *Ibíd.*, can. 555, § 1, 1°.

⁶⁷ *Ibíd.*, can. 555, § 4.

Consejo presbiteral⁶⁸, el Obispo puede también decretar la agrupación estable e institucional de varias parroquias dentro de la vicaría foránea⁶⁹, teniendo en cuenta algunos criterios concretos.

55. Ante todo, es oportuno que las agrupaciones (denominadas “unidades pastorales”⁷⁰) sean delimitadas de la manera más homogénea posible, también desde un punto de vista sociológico, para que pueda ser realizada una verdadera pastoral de conjunto o integrada⁷¹, en perspectiva misionera.

56. Además, cada parroquia de una agrupación debe confiarse a un párroco o también a un grupo de sacerdotes *in solidum*, que asuma la responsabilidad de todas las comunidades parroquiales⁷². Alternativamente, donde el Obispo lo estime conveniente, una agrupación podrá también estar compuesta por varias parroquias, confiadas al mismo párroco⁷³.

57. En cualquier caso, también en consideración a la atención que se debe dar a los sacerdotes, que a menudo han ejercido el ministerio de modo meritorio y que cuentan con el reconocimiento de sus comunidades, así como por el bien de los mismos fieles, vinculados con afecto y gratitud a sus pastores, se requiere que, al momento de constituir una determinada agrupación, el Obispo diocesano no establezca con el mismo decreto que, en varias parroquias unidas y confiadas a un solo párroco⁷⁴, otros eventuales párrocos presentes, todavía en el cargo⁷⁵, sean transferidos automáticamente al oficio de vicarios parroquiales o removidos de facto de su encargo.

58. En estos casos, a menos que se trate de un nombramiento *in solidum*, compete al Obispo diocesano establecer, caso a caso, las funciones

⁶⁸ Cfr. *ibíd.*, can. 500, § 2.

⁶⁹ Cfr. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *Erga migrantes charitas Christi* (3 de mayo de 2004), n. 95: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2548.

⁷⁰ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 215, b): *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2104.

⁷¹ Cfr. *ibíd.*

⁷² Cfr. C.I.C., can. 517, § 1.

⁷³ Cfr. *ibíd.*, can. 526, § 1.

⁷⁴ Cfr. *ibíd.*

⁷⁵ Cfr. *ibíd.*, can. 522.

del sacerdote moderador de dichas agrupaciones de parroquias, así como la relación que este debe tener con el vicario de la vicaría foránea⁷⁶, en la que está constituida la unidad pastoral.

59. Una vez que la agrupación de parroquias – vicaría foránea o “unidad pastoral” – haya sido creada según el derecho, el Obispo determinará, según la oportunidad, si en ella, cada una de las parroquias deben estar dotadas del Consejo pastoral parroquial⁷⁷, o si es mejor que esa tarea sea confiada a un único Consejo pastoral para todas las comunidades interesadas. En todo caso, las parroquias individuales integradas en la agrupación, ya que conservan su personalidad y capacidad jurídica, deben mantener su propio Consejo de Asuntos Económicos⁷⁸.

60. Con el propósito de enriquecer una acción evangelizadora de conjunto y una cura pastoral más efectiva, es oportuno que se constituyan servicios pastorales comunes para determinadas áreas (por ejemplo, catequesis, caridad, pastoral juvenil o familiar) para las parroquias de la agrupación, con la participación de todos los componentes del Pueblo de Dios, clérigos, personas consagradas y fieles laicos.

VII. d. Zona pastoral

61. Si varias “unidades pastorales” pueden constituir una vicaría foránea, de la misma manera, sobre todo en diócesis territorialmente más grandes, el Obispo, después de escuchar al Consejo presbiteral⁷⁹, puede reunir distintas vicarías foráneas en “distritos” o “zonas pastorales”⁸⁰, bajo la guía de un Vicario episcopal⁸¹, con potestad ejecutiva ordinaria para la administración pastoral de la zona, en nombre del Obispo diocesano, bajo su autoridad y en comunión con él, además de las facultades especiales que este quiera atribuirle para cada caso.

⁷⁶ Cfr. *ibíd.*, cans. 553-555.

⁷⁷ Cfr. *ibíd.*, can. 536.

⁷⁸ Cfr. *ibíd.*, can. 537.

⁷⁹ Cfr. *ibíd.*, can. 500, § 2.

⁸⁰ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 219: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2117; es conveniente reservar el nombre “zona pastoral” solo para este género de agrupación, a fin de evitar confusiones.

⁸¹ Cfr. C.I.C., cans. 134, § 1 y 476.

VIII. Formas ordinarias y extraordinarias de encomienda de la cura pastoral de la comunidad parroquial

62. En primer lugar, el párroco y los demás presbíteros, en comunión con el Obispo, son una referencia fundamental para la comunidad parroquial, por la tarea de pastores que les corresponde⁸². El párroco y el presbiterio, cultivando la vida común y la fraternidad sacerdotal, celebran la vida sacramental para y junto a la comunidad, y están llamados a organizar la parroquia de tal modo que sea un signo eficaz de comunión⁸³.

63. En relación con la presencia y la misión de los presbíteros en la comunidad parroquial, merece una mención especial la vida común⁸⁴; esta se recomienda en el can. 280, aunque no se prescriba como una obligación para el clero secular. Al respecto, debe recordarse el valor fundamental del espíritu de comunión, la oración y la acción pastoral común de los clérigos⁸⁵, en orden a un testimonio efectivo de fraternidad sacramental⁸⁶ y a una acción evangelizadora más eficaz.

64. Cuando el presbiterio experimenta la vida comunitaria, su identidad sacerdotal se fortalece, sus preocupaciones materiales disminuyen y la tentación del individualismo da paso a la profundidad de la relación personal. La oración común, la reflexión compartida y el estudio, que nunca deben faltar en la vida sacerdotal, pueden ser de gran apoyo en la formación de una espiritualidad sacerdotal encarnada en la vida cotidiana.

En todo caso, será conveniente que, según su discernimiento y en la medida de lo posible, el Obispo tenga en cuenta la afinidad humana y espiritual entre los sacerdotes, a quienes quiera confiar una parroquia o

⁸² Se debe tener presente que: a) lo que se refiere al “Obispo diocesano” también se aplica a aquellos otros equiparados a él por el Derecho; b) lo que se refiere a la parroquia y al párroco también se aplica a la cuasi-parroquia y al cuasi-párroco; c) lo que se refiere a los fieles laicos también se aplica a los miembros no clérigos de Institutos de Vida Consagrada o de Sociedades de Vida Apostólica, a menos que haya una referencia expresa a la especificidad laical; d) el término “Moderador” asume diferentes significados en función del contexto en el que se utilice en la presente Instrucción, en el respeto de las normas del Código de Derecho Canónico.

⁸³ Cfr. *Lumen gentium*, n. 26: AAS 57 (1965), 31-32.

⁸⁴ Cfr. *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, nn. 83; 88.e, pp. 37; 39.

⁸⁵ Cfr. C.I.C., can. 275, § 1.

⁸⁶ Cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida sacerdotal *Presbyterorum ordinis* (7 de diciembre de 1965), n. 8: AAS 58 (1966), 1003.

una agrupación de parroquias, invitándolos a una generosa disponibilidad para la nueva misión pastoral y a alguna forma de compartir la vida con sus hermanos presbíteros⁸⁷.

65. En algunos casos, sobre todo donde no hay tradición o costumbre de casa parroquial, o cuando esta no está disponible por alguna razón como vivienda del sacerdote, puede suceder que este regrese a vivir con su familia de origen, el primer lugar de formación humana y de descubrimiento vocacional⁸⁸.

Esta acomodación, por una parte, se revela como un aporte positivo para la vida cotidiana del sacerdote, en el sentido de que le garantiza un ambiente doméstico sereno y estable, sobre todo cuando los padres están aún presentes. Por otra, deberá evitarse que estas relaciones familiares sean vividas por el sacerdote con dependencia interior y menor disponibilidad para el ministerio a tiempo pleno, o como una alternativa excluyente –más bien que como un complemento– de la relación con la familia presbiteral y con la comunidad de fieles laicos.

VIII. a. Párroco

66. El oficio de párroco comporta la plena cura de almas⁸⁹ y, en consecuencia, para que un fiel sea designado válidamente párroco, debe haber recibido el Orden del presbiterado⁹⁰, excluyendo cualquier posibilidad de nombrar a quien no posea este título o las relativas funciones, incluso en caso de carencia de sacerdotes. Precisamente debido a la relación de conocimiento y cercanía que se requiere entre el pastor y la comunidad, el oficio de párroco no puede confiarse a una persona jurídica⁹¹. En particular –aparte de lo dispuesto en el can. 517, §§ 1-2– el oficio de párroco no se puede confiar a un grupo de personas, compuesto por clérigos y laicos. En consecuencia, deben evitarse nombres como “*team* guía”, “*equipo* guía” u otros similares, que parezcan expresar un gobierno colegiado de la parroquia.

⁸⁷ Cfr. *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, n. 88, pp. 39-40.

⁸⁸ Cfr. Francisco, Discurso a los participantes en el Congreso organizado por la Congregación para el Clero, con ocasión del 50 aniversario de los Decretos Conciliares “*Optatam totius*” y “*Presbyterorum ordinis*” (20 de noviembre de 2015): AAS 107 (2015), 1295.

⁸⁹ Cfr. C.I.C., can. 150.

⁹⁰ Cfr. *ibíd.*, can. 521, § 1.

⁹¹ Cfr. *ibíd.*, can. 520, § 1.

67. Como consecuencia de ser el «*pastor propio de la parroquia que se le ha confiado*»⁹², al párroco corresponde *ipso iure* la representación legal de la parroquia⁹³. Él es el administrador responsable de los bienes parroquiales, que son “bienes eclesiásticos” y, por ello, están sujetos a las relativas normas canónicas⁹⁴.

68. Como afirma el Concilio Ecuménico Vaticano II, «*cada párroco ha de tener en su parroquia la estabilidad que exija el bien de las almas*»⁹⁵. Como principio general, por tanto, se requiere que el párroco sea «*nombrado a tiempo indeterminado*»⁹⁶.

Sin embargo, el Obispo diocesano puede nombrar párrocos a tiempo determinado, si así ha sido establecido por decreto por la Conferencia Episcopal. En razón de la necesidad de que el párroco pueda establecer un vínculo efectivo y eficaz con la comunidad que le ha sido confiada, es conveniente que las Conferencias Episcopales no establezcan un tiempo demasiado breve, inferior a 5 años, para un nombramiento por tiempo determinado.

69. En todo caso, los párrocos, incluso si son nombrados por un “tiempo indeterminado”, o antes de la expiración del “tiempo determinado”, deben estar disponibles para ser eventualmente transferidos a otra parroquia o a otro oficio, «*cuando el bien de las almas o la necesidad o la utilidad de la Iglesia lo requieren*»⁹⁷. Es útil recordar que el párroco está al servicio de la parroquia, y no al revés.

70. Ordinariamente, donde sea posible, es bueno que el párroco tenga la cura pastoral de una sola parroquia, pero «*por escasez de sacerdotes u otras circunstancias, se puede confiar a un mismo párroco la cura de varias parroquias cercanas*»⁹⁸. Por ejemplo, entre “otras circunstancias” se puede considerar lo reducido del territorio o de la población de las parroquias interesadas, así como que limiten entre sí. El Obispo diocesano debe valorar atentamente que, si se confían varias parroquias al

⁹² *Ibíd.*, can. 519.

⁹³ Cfr. *ibíd.*, can. 532.

⁹⁴ Cfr. *ibíd.*, can. 1257, § 1.

⁹⁵ *Christus Dominus*, n. 31: AAS 58 (1965), 689.

⁹⁶ C.I.C., can. 522.

⁹⁷ *Ibíd.*, can. 1748.

⁹⁸ *Ibíd.*, can. 526, § 1.

mismo párroco, este pueda ejercer plena y concretamente el oficio de párroco como verdadero pastor de todas y cada una de ellas⁹⁹.

71. Una vez nombrado, el párroco permanece en el pleno ejercicio de las funciones que le han sido confiadas, con todos los derechos y las responsabilidades, hasta que no haya cesado legítimamente su oficio pastoral¹⁰⁰. Para su remoción o traslado antes de la expiración del mandato, deben observarse los relativos procedimientos canónicos, que la Iglesia utiliza para discernir lo que es conveniente en cada caso concreto¹⁰¹.

72. Cuando el bien de los fieles lo requiere, aunque no haya otras causas de cesación, el párroco que ha cumplido 75 años de edad, acepte la invitación, que el Obispo diocesano puede dirigirle, a renunciar a la parroquia¹⁰². La presentación de la renuncia, alcanzados los 75 años de edad¹⁰³, que ha de considerarse un deber moral, aunque no canónico, no hace que el párroco pierda automáticamente su oficio. La cesación del mismo ocurre solo cuando el Obispo diocesano haya comunicado al párroco interesado, por escrito, la aceptación de su renuncia¹⁰⁴. Por otra parte, el Obispo considere benévolamente la renuncia presentada por un párroco, aunque solo sea por haber cumplido 75 años.

73. En todo caso, a fin de evitar una concepción funcionalista del ministerio, antes de aceptar la renuncia, el Obispo diocesano ponderará con prudencia todas las circunstancias de la persona y del lugar, como, por ejemplo, razones de salud o disciplinarias, la escasez de sacerdotes, el bien de la comunidad parroquial y otros elementos semejantes, y aceptará la renuncia en presencia de una causa justa y proporcionada¹⁰⁵.

74. De lo contrario, si las condiciones personales del sacerdote lo permiten y la oportunidad pastoral lo aconseja, el Obispo considere la posibilidad de dejarlo en el oficio de párroco, tal vez confiándole un ayu-

⁹⁹ Cfr. *ibíd.*, can. 152.

¹⁰⁰ Cfr. *ibíd.*, can. 538, §§ 1-2.

¹⁰¹ Cfr. *ibíd.*, cans. 1740-1752, teniendo en cuenta los cans. 190-195.

¹⁰² Cfr. *ibíd.*, can. 538, § 3.

¹⁰³ *Ibíd.*

¹⁰⁴ Cfr. *ibíd.*, can. 189.

¹⁰⁵ Cfr. *ibíd.*, can. 189, § 2 y *Apostolorum successores*, n. 212: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2095.

dante y preparando la sucesión. Además, «según los casos, el Obispo puede confiar una parroquia más pequeña o menos exigente a un párroco que ha renunciado»¹⁰⁶, o, en todo caso, le asigne otro encargo pastoral adecuado a sus posibilidades concretas, invitando al sacerdote a comprender, si fuera necesario, que en ningún caso deberá sentirse “degradado” o “castigado” por un traslado de tal género.

VIII. b. Administrador parroquial

75. Cuando no sea posible proceder inmediatamente al nombramiento del párroco, la designación de administrador parroquial¹⁰⁷ debe realizarse solo en conformidad con lo establecido por la normativa canónica¹⁰⁸.

En efecto, se trata de un oficio esencialmente transitorio y es ejercido mientras se espera el nombramiento del nuevo párroco. Por esta razón, es ilegítimo que el Obispo diocesano nombre un administrador parroquial y lo deje en ese encargo por un largo período, superior a un año o, incluso, de modo estable, evitando proveer al nombramiento del párroco.

Según lo que la experiencia atestigua, dicha solución es adoptada a menudo para eludir las condiciones del derecho relativas al principio de la estabilidad del párroco, lo que constituye una violación de dicho principio, que daña la misión del presbítero interesado, así como a la comunidad misma, que, ante las condiciones de incertidumbre sobre la presencia del pastor, no podrá programar planes de evangelización de largo alcance y tendrá que limitarse a un cuidado pastoral de conservación.

VIII. c. Encomienda *in solidum*

76. Como una ulterior posibilidad, «cuando así lo exijan las circunstancias, la cura pastoral de una o más parroquias a la vez puede encomendarse “*in solidum*” a varios sacerdotes»¹⁰⁹. Esta solución puede adoptarse cuando, a discreción del Obispo, lo requieran circunstancias concretas,

¹⁰⁶ *Apostolorum successores*, n. 212: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2095.

¹⁰⁷ Cfr. C.I.C., cans. 539-540.

¹⁰⁸ Cfr. en particular *ibid.*, cans. 539; 549; 1747, § 3.

¹⁰⁹ *Ibid.*, can. 517, § 1; cfr. también cans. 542-544.

de modo particular para el bien de las comunidades interesadas, a través de una acción pastoral compartida y más eficaz, así como para promover una espiritualidad de comunión entre los presbíteros¹¹⁰.

En estos casos, el grupo de presbíteros, en comunión con los demás miembros de las comunidades parroquiales interesadas, actúa de común acuerdo, siendo el Moderador ante los otros sacerdotes, párrocos a todos los efectos, un *primus inter pares*.

77. Se recomienda vivamente que cada comunidad de sacerdotes, a los cuales es confiada *in solidum* la cura pastoral de una o más parroquias, elabore un reglamento interno, para que cada presbítero pueda cumplir mejor las tareas y funciones que le competen¹¹¹.

Como responsabilidad propia, el Moderador coordina el trabajo común de la parroquia o parroquias confiadas al grupo, asume la representación legal de ellas¹¹², coordina el ejercicio de la facultad para asistir a los matrimonios y para conceder las dispensas que corresponden a los párrocos¹¹³, y responde ante el Obispo por toda la actividad del grupo¹¹⁴.

VIII. d. Vicario parroquial

78. Como un enriquecimiento, dentro de las soluciones descritas más arriba, puede darse la posibilidad de que un sacerdote sea nombrado vicario parroquial y encargado de un sector específico de la pastoral (jóvenes, ancianos, enfermos, asociaciones, cofradías, formación, catequesis, etc.), “transversal” a diferentes parroquias, o para desempeñar todo el ministerio, o una determinada parte del mismo, en una de ellas¹¹⁵.

En el caso del encargo conferido a un vicario parroquial en varias parroquias, confiadas a diversos párrocos, será conveniente explicitar y describir en el Decreto de nombramiento, las tareas que se le confían en referencia a cada comunidad parroquial, así como el tipo de relación que

¹¹⁰ Cfr. *ibíd.*, cans. 517, § 1 y 526, § 1.

¹¹¹ Cfr. *ibíd.*, can. 543, § 1.

¹¹² Cfr. *ibíd.*, can. 543, § 2, 3º; asume también la representación jurídica civil, en los países en los cuales la parroquia es reconocida por el Estado como ente jurídico.

¹¹³ Cfr. *ibíd.*, can. 543, § 1.

¹¹⁴ Cfr. *ibíd.*, can. 517, § 1.

¹¹⁵ Cfr. *ibíd.*, can. 545, § 2; como ejemplo, se puede pensar en un sacerdote, con experiencia espiritual, pero con escasa salud, nombrado confesor ordinario para cinco parroquias territorialmente contiguas.

debe mantener con los párrocos, respecto a su residencia, sustento y celebración de la Santa Misa.

VIII. e. Diáconos

79. Los diáconos son ministros ordenados, incardinados en una diócesis o en otras realidades eclesiales que tengan la facultad de incardinar¹¹⁶; son colaboradores del Obispo y de los presbíteros en la única misión evangelizadora con su tarea específica, en virtud del sacramento recibido, de «*servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad*»¹¹⁷.

80. Para salvaguardar la identidad de los diáconos, con el propósito de promover su ministerio, el Papa Francisco pone en guardia acerca de algunos riesgos relativos a la comprensión de la naturaleza del diaconado: «*Hay que tener cuidado para no ver a los diáconos como medio sacerdotes y medio laicos. [...] Tampoco es buena la imagen del diácono como una especie de intermediario entre los fieles y los pastores. Ni a mitad de camino entre los curas y los laicos, ni a mitad de camino entre los pastores y los fieles. Y hay dos tentaciones. Hay el peligro del clericalismo: el diácono que es demasiado clerical. [...] Y la otra tentación, el funcionalismo: es una ayuda que tiene el sacerdote para esto o lo otro*»¹¹⁸.

Prosiguiendo en el mismo discurso, el Santo Padre ofrece algunas precisiones sobre el rol específico de los diáconos en la comunidad eclesial: «*El diaconado es una vocación específica, es una vocación familiar que llama al servicio. [...] Esta palabra es la clave para la comprensión de vuestro carisma. El servicio como uno de los dones característicos del pueblo de Dios. El diácono es –por así decirlo– el custodio del servicio en la Iglesia. Cada palabra debe calibrarse muy bien. Vosotros sois los custodios del servicio en la Iglesia: el servicio de la Palabra, el servicio del altar, el servicio a los pobres*»¹¹⁹.

¹¹⁶ Cfr. *ibíd.*, can. 265.

¹¹⁷ *Ibíd.*, can. 1009, § 3.

¹¹⁸ Francisco, Discurso durante el encuentro con los sacerdotes y los consagrados, Milán (25 de marzo de 2017): AAS 109 (2017), 376.

¹¹⁹ *Ibíd.*, 376-377.

81. A lo largo de los siglos, la doctrina sobre el diaconado ha experimentado una importante evolución. Su reanudación en el Concilio Vaticano II también coincide con una clarificación doctrinal y con una expansión de su específica acción ministerial, que no se limita a “confinar” el diaconado solo en el ámbito del servicio caritativo o reservarlo – según lo establecido por el Concilio de Trento – solo a los diáconos transitorios y casi exclusivamente para el servicio litúrgico. Más bien, el Concilio Vaticano II especifica que se trata de un grado del sacramento del Orden y, por tanto, los diáconos «*confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al Pueblo de Dios en la “diaconía” de la liturgia, de la palabra y de la caridad*»¹²⁰.

La recepción post-conciliar retoma lo establecido por *Lumen gentium* y define siempre mejor el oficio de los diáconos como participación, aunque en un grado diferente, del Sacramento del Orden. En la Audiencia concedida a los participantes en el Congreso Internacional sobre el Diaconado, Pablo VI quiso reiterar que el diácono sirve a las comunidades cristianas «*tanto en el anuncio de la Palabra de Dios como en el ministerio de los sacramentos y en el ejercicio de la caridad*»¹²¹. Por otra parte, aunque en el Libro de los Hechos (Hch 6,1-6) podría parecer que los siete hombres elegidos estuvieran destinados solo al servicio de las mesas, en realidad, el mismo libro bíblico relata cómo Esteban y Felipe llevan a cabo plenamente la “*diaconía* de la Palabra”. En efecto, como colaboradores de los Doce y de Pablo, ejercen su ministerio en dos ámbitos: la evangelización y la caridad.

Por tanto, son muchos los encargos eclesiales que pueden encomendarse a un diácono: todos aquellos que no implican la plena cura de almas¹²². El Código de Derecho Canónico, con todo, determina qué oficios están reservados al presbítero y cuáles pueden confiarse a los fieles laicos; mientras que no hay indicación de algún oficio particular en el que el ministerio diaconal pueda expresar su especificidad.

82. En todo caso, la historia del diaconado recuerda que fue establecido en el ámbito de una visión ministerial de la Iglesia, como ministerio ordenado al servicio de la Palabra y de la caridad; este último

¹²⁰ *Lumen gentium*, n. 29: AAS 57 (1965), 36.

¹²¹ Pablo VI, *Alocución en la Audiencia concedida a los participantes en el Congreso Internacional sobre el Diaconado*, 25 de octubre de 1965: *Enchiridion sul Diaconato* (2009), 147-148.

¹²² Cfr. C.I.C., can. 150.

ámbito comprende también la administración de los bienes. Esta doble misión del diácono se expresa en el ámbito litúrgico, en el que está llamado a proclamar el Evangelio y a servir la mesa eucarística. Precisamente, estas referencias podrían ayudar a identificar tareas específicas para el diácono, valorando los aspectos propios de su vocación en orden a la promoción del ministerio diaconal.

VIII. f. Las personas consagradas

83. Dentro de la comunidad parroquial, en numerosos casos, hay personas que pertenecen a la vida consagrada. Esta, «*en efecto, no es una realidad externa o independiente de la vida de la Iglesia local, sino que constituye una forma peculiar, marcada por la radicalidad del Evangelio, de estar presente en su interior, con sus dones específicos*»¹²³. Además, integrada en la comunidad junto a los clérigos y los laicos, la vida consagrada «*se coloca en la dimensión carismática de la Iglesia. [...] La espiritualidad de los Institutos de vida consagrada puede llegar a ser, tanto para los fieles laicos como para el sacerdote, un recurso importante para vivir su vocación*»¹²⁴.

84. La contribución que las personas consagradas pueden hacer a la misión evangelizadora de la comunidad parroquial deriva en primer lugar de su “ser”, es decir, del testimonio de un seguimiento radical de Cristo, mediante la profesión de los consejos evangélicos¹²⁵, y solo secundariamente también de su “hacer”, es decir, de las acciones realizadas conforme al carisma de cada instituto (por ejemplo, catequesis, caridad, formación, pastoral juvenil, cuidado de los enfermos)¹²⁶.

¹²³ Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia (15 de mayo de 2016), n. 21: *Enchiridion Vaticanum* 32 (2016), 734.

¹²⁴ *Ibid.*, n. 22: *Enchiridion Vaticanum* 32 (2016), 738.

¹²⁵ Cfr. C.I.C., can. 573, § 1.

¹²⁶ Cfr. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica - Congregación para los Obispos, *Mutuae relationes*. Criterios pastorales sobre las relaciones entre los Obispos y los religiosos en la Iglesia (14 de mayo de 1978), nn. 10; 14, a); *Enchiridion Vaticanum* 6 (1977-1979), 604-605; 617-620; cfr. también *Apostolorum successores*, n. 98: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 1803-1804.

VIII. g. Laicos

85. La comunidad parroquial está compuesta especialmente por fieles laicos¹²⁷, los cuales, en virtud del bautismo y de los otros sacramentos de la iniciación cristiana, y en muchos también del matrimonio¹²⁸, participan en la acción evangelizadora de la Iglesia, ya que «la vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas, para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio»¹²⁹.

De modo particular, los fieles laicos, teniendo como propio y específico el carácter secular, o sea «obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios»¹³⁰, «también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles»¹³¹.

86. Hoy se requiere un generoso compromiso de todos los fieles laicos al servicio de la misión evangelizadora, ante todo con el testimonio constante de una vida cotidiana conforme al Evangelio, en los ambientes donde habitualmente desarrollan su vida y en todos los niveles de responsabilidad; después, en particular, asumiendo los compromisos que les corresponden al servicio de la comunidad parroquial¹³².

VIII. h. Otras formas de encomienda de la cura pastoral

87. Existe otra modalidad para el Obispo –como lo ilustra el can. 517, § 2– para proveer la cura pastoral de una comunidad incluso si, debido a la escasez de sacerdotes, no es posible nombrar un párroco o un administrador parroquial, que pueda asumirla a tiempo pleno. En estas problemáticas circunstancias pastorales, para sostener la vida cristiana y hacer que continúe la misión evangelizadora de la comunidad, el Obispo

¹²⁷ Cfr. *Evangelii gaudium*, n. 102: AAS 105 (2013), 1062-1063.

¹²⁸ Cfr. *Christifideles laici*, n. 23: AAS 81 (1989), 429.

¹²⁹ *Evangelii gaudium*, n. 201: AAS 105 (2013), 1104.

¹³⁰ *Lumen gentium*, n. 31: AAS 57 (1965), 37.

¹³¹ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), n. 73: AAS 68 (1976), 61.

¹³² Cfr. *Evangelii gaudium*, n. 81: AAS 105 (2013), 1053-1054.

diocesano puede confiar una participación del ejercicio de la cura pastoral de una parroquia a un diácono, una persona consagrada o un laico, o incluso a un conjunto de personas (por ejemplo, un instituto religioso, una asociación)¹³³.

88. Aquellos a quienes se les confiará de dicho modo la participación de la cura pastoral de la comunidad, serán coordinados y guiados por un presbítero con facultades legítimas, constituido “Moderador de la cura pastoral”, al cual competen exclusivamente la potestad y las funciones del párroco, aunque no tenga el oficio, con los consiguientes deberes y derechos.

Debe recordarse que se trata de una forma extraordinaria de encomienda de la cura pastoral, debido a la imposibilidad de nombrar un párroco o administrador parroquial, que no debe confundirse con la cooperación activa ordinaria y con la asunción de responsabilidades por parte de todos los fieles.

89. Si fuera necesario recurrir a esta solución extraordinaria, se requiere preparar adecuadamente al Pueblo de Dios, teniendo cuidado de adoptarla solo por el tiempo necesario, no indefinidamente¹³⁴. La recta comprensión y aplicación de dicho canon requiere que cuanto prevé «se lleve a cabo con un cuidadoso cumplimiento de las cláusulas en él contenidas, a saber: a) “por falta de sacerdotes”, y no por razones de comodidad o una equívoca “promoción del laicado” [...]; b) permaneciendo firme que se trata de “participación en el ejercicio de la cura pastoral” y no de dirigir, coordinar, moderar, gobernar la parroquia; lo que, según el texto del canon, compete solo a un sacerdote»¹³⁵.

90. Para llevar a buen fin la encomienda de la cura pastoral según el can. 517, § 2¹³⁶, es preciso atenerse a algunos criterios. Sobre todo, tratán-

¹³³ Cfr. C.I.C., can. 517, § 2.

¹³⁴ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 215, c); *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2105.

¹³⁵ Congregación para el Clero, Instrucción [interdicasterial] sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes *Ecclesiae de mysterio* (15 de agosto de 1997), art. 4, § 1, a-b); AAS89 (1997), 866-867; cfr. también *Apostolorum successores*, n. 215, c); *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2105. A tal sacerdote compete también la representación jurídica de la parroquia, tanto canónica como civilmente, donde la Ley del Estado lo prevea.

¹³⁶ Antes de recurrir a la solución contemplada en el can. 517, § 2, se requiere que el Obispo diocesano valore prudentemente adoptar otras alternativas posibles, como, por

dose de una solución pastoral extraordinaria y temporal¹³⁷, la única causa canónica que hace legítima esta medida es una falta de sacerdotes tal, que no es posible proveer a la cura pastoral de la comunidad parroquial con el nombramiento de un párroco o un administrador parroquial. Además, si fuera el caso, se preferirá uno o más diáconos a personas consagradas y laicos para esta forma de gestión de la cura pastoral¹³⁸.

91. En todo caso, la coordinación de la actividad pastoral así organizada compete al presbítero designado por el Obispo diocesano como Moderador; este sacerdote tiene de modo exclusivo la potestad y las facultades propias del párroco; los otros fieles, en cambio, tienen «una participación en el ejercicio de la cura pastoral de la parroquia»¹³⁹.

92. Tanto el diácono como las otras personas que no han recibido el orden sagrado, que participan del ejercicio de la cura pastoral, solo pueden desempeñar las funciones que corresponden a su respectivo estado diaconal o de fiel laico, respetando «las propiedades originarias de la diversidad y la complementariedad entre los dones y las funciones de los ministros ordenados y de los fieles laicos, propios de la Iglesia que Dios ha querido orgánicamente estructurada»¹⁴⁰.

93. Por último, se recomienda vivamente que, en el Decreto con el que nombra al presbítero Moderador, el Obispo exponga, al menos brevemente, las motivaciones por las cuales se hizo necesaria la aplicación de esta forma extraordinaria de encomienda de la cura pastoral de una o más comunidades parroquiales y, consecuentemente, el modo de ejercicio del ministerio del sacerdote encargado.

ejemplo, comprometer a sacerdotes ancianos aún capaces para el ministerio, confiar varias parroquias a un solo párroco o encomendar varias parroquias a un grupo de sacerdotes *in solidum*.

¹³⁷ Cfr. *Ecclesiae de mysterio*, art. 4, § 1, b): AAS 89 (1997), 866-867, y Congregación para el Clero, Instrucción *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial* (4 de agosto de 2002), nn. 23 y 25, en modo particular, se trata de “una colaboración *ad tempus* en el ejercicio de la cura pastoral de la parroquia”, cfr. n. 23: *Enchiridion Vaticanum* 21 (2002), 834-836.

¹³⁸ Cfr. *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, n. 25: *Enchiridion Vaticanum* 21 (2002), 836.

¹³⁹ C.I.C., can. 517, § 2.

¹⁴⁰ *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, n. 23: *Enchiridion Vaticanum* 21 (2002), 834.

IX. Encargos y ministerios parroquiales

94. Además de la colaboración ocasional, que toda persona de buena voluntad –incluso los no bautizados– puede ofrecer a las actividades cotidianas de la parroquia, existen algunos encargos estables, por los cuales los fieles acogen la responsabilidad, por un cierto tiempo, de un servicio en la comunidad parroquial. Se puede pensar, por ejemplo, en los catequistas, ministros y educadores que trabajan en grupos y asociaciones; en los agentes de caridad, en aquellos que se dedican a los diferentes tipos de consultorios o centros de escucha y en aquellos que visitan a los enfermos.

95. En todo caso, al asignar los encargos encomendados a diáconos, personas consagradas y fieles laicos que reciben una participación en el ejercicio de la cura pastoral, se requiere usar una terminología que corresponda de modo correcto a las funciones que ellos pueden ejercer conforme a su estado, de manera que se mantenga clara la diferencia esencial que existe entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, y que sea evidente la identidad de la tarea recibida por cada uno.

96. En este sentido, ante todo, es responsabilidad del Obispo diocesano y, subordinadamente, del párroco, que los encargos de los diáconos, las personas consagradas y los laicos, que tienen roles de responsabilidad en la parroquia, no sean designados con las expresiones “párroco”, “copárroco”, “pastor”, “capellán”, “moderador”, “responsable parroquial” o con otras denominaciones similares¹⁴¹, reservadas por el derecho a los sacerdotes¹⁴², en cuanto que hacen alusión directa al perfil ministerial de los presbíteros.

En relación con los fieles y los diáconos recién mencionados, resultan igualmente ilegítimas y no conformes a su identidad vocacional, expresiones como “encomendar la cura pastoral de una parroquia”, “presidir la comunidad parroquial” y otras similares, que se refieren a la peculiaridad del ministerio sacerdotal, que compete al párroco.

Más apropiada parece ser, por ejemplo, la denominación “diácono cooperador” y, para las personas consagradas y los laicos, “coordinador

¹⁴¹ Cfr. *Ecclesiae de mysterio*, art. 1, § 3: AAS 89 (1997), 863.

¹⁴² Cfr. *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, n. 23: *Enchiridion Vaticanum* 21 (2002), 835.

de... (un sector de la pastoral)”, “cooperador pastoral”, “asesor pastoral” y “encargado de ... (un sector de la pastoral)”.

97. Los fieles laicos, a norma del derecho, pueden ser instituidos lectores y acólitos en forma estable, a través de un rito especial, según el can. 230, § 1. El fiel no ordenado puede asumir la denominación “ministro extraordinario” solo si, efectivamente, ha sido llamado por la Autoridad competente¹⁴³ a desempeñar las funciones de suplencia mencionadas en los cans. 230, § 3 y 943. La delegación temporal en acciones litúrgicas, referidas en el can. 230, § 2, incluso si se prolonga en el tiempo, no confiere ninguna denominación especial al fiel no ordenado¹⁴⁴.

Estos fieles laicos deben estar en plena comunión con la Iglesia Católica¹⁴⁵, haber recibido la formación adecuada para la función que están llamados a realizar, así como tener una conducta personal y pastoral ejemplar, que les de autoridad para llevar a cabo el servicio.

98. Además de lo que compete a los Lectores y Acólitos instituidos establemente¹⁴⁶, el Obispo, según su prudente juicio, podrá confiar oficialmente algunos encargos¹⁴⁷ a diáconos, personas consagradas y fieles laicos, bajo la guía y la responsabilidad del párroco, como, por ejemplo:

1°. La celebración de una liturgia de la Palabra en los domingos y en las fiestas de precepto, cuando «*la falta del ministro sagrado u otra causa grave hace imposible la participación en la celebración eucarística*»¹⁴⁸. Se trata de una eventualidad excepcional a la que recurrir solo en circunstancias de verdadera imposibilidad y siempre teniendo cuidado de confiar esas liturgias a los diáconos, que estén presentes;

¹⁴³ Cfr. *Apostolorum successores*, n. 112: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 1843.

¹⁴⁴ Es útil recordar que, entre las funciones litúrgicas que el Obispo diocesano, después de escuchar a la Conferencia Episcopal, puede confiar temporalmente a fieles, hombres y mujeres, además de las propias del ministerio del lector, figura también el servicio al altar, respetando la relativa norma canónica; cfr. Pontificio Consejo para la interpretación de los Textos Legislativos, Respuesta (11 de julio de 1992): AAS 86 (1994), 541; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Carta circular (15 de marzo de 1994): AAS 86 (1994), 541-542.

¹⁴⁵ Cfr. C.I.C., can. 205.

¹⁴⁶ Cfr. *ibíd.*, can. 230, § 1.

¹⁴⁷ En el acto por el cual el Obispo confía las tareas mencionadas a diáconos o a fieles laicos, determine claramente las funciones que están habilitados a desempeñar y por cuánto tiempo.

¹⁴⁸ C.I.C., can. 1248, § 2.

2°. La administración del bautismo, teniendo presente que «*el ministro ordinario del bautismo es el Obispo, el presbítero y el diácono*»¹⁴⁹ y que lo previsto por el can. 861, § 2 constituye una excepción, que debe ser valorada a discreción del Ordinario del lugar;

3°. La celebración del rito de las exequias, respetando lo previsto por el n. 19 de las *Praenotanda* del *Ordo exsequiarum*.

99. Los fieles laicos pueden predicar en una iglesia u oratorio, si las circunstancias, la necesidad o un caso particular así lo requieren, «*según las disposiciones de la Conferencia Episcopal*»¹⁵⁰ y «*en conformidad a derecho o a las normas litúrgicas y observando las cláusulas contenidas en ellas*»¹⁵¹. En ningún caso, sin embargo, ellos podrán tener la homilía durante la celebración de la Eucaristía¹⁵².

100. Además, «*donde no haya sacerdotes ni diáconos, el Obispo diocesano, previo voto favorable de la Conferencia Episcopal y obtenida licencia de la Santa Sede, puede delegar a laicos para que asistan a los matrimonios*»¹⁵³.

X. Los órganos de corresponsabilidad eclesial

X.a. El Consejo parroquial para los Asuntos Económicos

101. La gestión de los bienes que cada parroquia dispone en diversa medida es un ámbito importante de evangelización y de testimonio evangélico, frente a la Iglesia y a la sociedad civil, ya que, como recordaba el Papa Francisco, «*todos los bienes que tenemos, el Señor nos los da para hacer que el mundo progrese, para que la humanidad progrese, para ayudar a los demás*»¹⁵⁴. El párroco, por tanto, no puede y no debe permanecer solo en esta tarea¹⁵⁵, sino que es necesario que sea asistido por colabora-

¹⁴⁹ *Ibid.*, can. 861, § 1.

¹⁵⁰ *Ibid.*, can. 766.

¹⁵¹ *Ecclesiae de mysterio*, art. 3, § 4: AAS 89 (1997), 865.

¹⁵² Cfr. C.I.C., can. 767, § 1; *Ecclesiae de mysterio*, art. 3, § 1: AAS 89 (1997), 864.

¹⁵³ C.I.C., can. 1112, § 1; cfr. Juan Pablo II, Constitución apostólica *Pastor Bonus* (28 de junio de 1998), art. 63: AAS 80 (1988), 876, respecto a las competencias de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

¹⁵⁴ Francisco, *Meditación cotidiana en Santa Marta* (21 de octubre de 2013): L'Osservatore Romano 242 (21-22 de octubre de 2013), 8.

¹⁵⁵ Cfr. C.I.C., cans. 537 y 1280.

dores para administrar los bienes de la Iglesia, sobre todo con celo evangelizador y espíritu misionero¹⁵⁶.

102. Por esta razón, en cada parroquia debe necesariamente ser constituido el Consejo de Asuntos Económicos, un órgano consultivo, presidido por el párroco y compuesto por al menos otros tres fieles¹⁵⁷; el número mínimo de tres es necesario para que se pueda considerar “colegiado” a este Consejo; es útil recordar que el párroco no está incluido entre los miembros del Consejo de Asuntos Económicos, sino que lo preside.

103. En ausencia de normas específicas dadas por el Obispo diocesano, el párroco determinará el número de miembros del Consejo, en relación a las dimensiones de la parroquia, y si ellos deben ser nombrados por él o más bien elegidos por la comunidad parroquial.

Los miembros de este Consejo, no necesariamente pertenecientes a la parroquia misma, deben gozar de probada buena fama, así como ser expertos en asuntos económicos y jurídicos¹⁵⁸, para que puedan prestar un servicio efectivo y competente, de modo que el Consejo no sea constituido solo formalmente.

104. En fin, a menos que el Obispo diocesano no haya dispuesto de otro modo, observando la debida prudencia, así como eventuales normas de derecho civil, nada impide que la misma persona pueda ser miembro del Consejo de Asuntos Económicos de varias parroquias, si las circunstancias lo requieren.

105. Las normas sobre esta materia emanadas eventualmente por el Obispo diocesano deberán tener en cuenta las situaciones específicas de las parroquias, como, por ejemplo, aquellas con una constitución particularmente modesta o las que forman parte de una unidad pastoral¹⁵⁹.

¹⁵⁶ Conforme al can. 532 C.I.C., el párroco es responsable de los bienes de la parroquia, aunque para administrarlos debe recurrir a la colaboración de expertos laicos.

¹⁵⁷ Cfr. C.I.C., cans. 115, § 2 y, por analogía, 492, § 1.

¹⁵⁸ Cfr. *ibid.*, can. 537 y *Apostolorum successores*, n. 210: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2003-2004), 2087.

¹⁵⁹ Cfr. C.I.C., cans. 517 y 526.

106. El Consejo de Asuntos Económicos puede desempeñar un rol de particular importancia para hacer crecer la cultura de la corresponsabilidad, de la transparencia administrativa y de la ayuda a las necesidades de la Iglesia en de las comunidades parroquiales. En particular, la transparencia ha de entenderse no solo como una presentación formal de datos, sino principalmente como debida información para la comunidad y una provechosa oportunidad para involucrarla en la formación. Se trata de un *modus agendi* imprescindible para la credibilidad de la Iglesia, sobre todo donde esta tiene bienes significativos que administrar.

107. Ordinariamente, el objetivo de la transparencia se puede lograr publicando el estado de cuentas anual, que debe primero presentarse al Ordinario del lugar¹⁶⁰, con indicación detallada de las entradas y salidas. Así, dado que los bienes son de la parroquia, no del párroco, aunque sea su administrador, la comunidad en su conjunto podrá estar al tanto de cómo son administrados los bienes, cuál es la situación económica de la parroquia y de qué recursos puede efectivamente disponer.

X.b. El Consejo pastoral parroquial

108. La normativa canónica vigente¹⁶¹ deja al Obispo diocesano la evaluación de la erección de un Consejo pastoral en las parroquias, que puede considerarse de ordinario como altamente recomendable, como recuerda el Papa Francisco: «*¿Cuán necesarios son los consejos pastorales! Un Obispo no puede guiar una Diócesis sin el Consejo pastoral. Un párroco no puede guiar la parroquia sin el Consejo pastoral*»¹⁶².

La flexibilidad de la norma, con todo, permite adaptaciones consideradas apropiadas en circunstancias concretas, como, por ejemplo, en el caso de varias parroquias confiadas a un solo párroco, o en presencia de unidades pastorales: en tales casos es posible constituir un solo Consejo pastoral para varias parroquias.

109. El sentido teológico del Consejo pastoral se inscribe en la realidad constitutiva de la Iglesia, es decir, su ser “Cuerpo de Cristo”, que

¹⁶⁰ Cfr. *ibíd.*, can. 1287 § 1.

¹⁶¹ Cfr. *ibíd.*, can. 536, § 1.

¹⁶² Francisco, Discurso durante el encuentro con el clero, personas consagradas y miembros de Consejos pastorales, Asís (4 de octubre de 2013): *Insegnamenti* I/2 (2013), 328.

genera una “espiritualidad de comunión”. En la Comunidad cristiana, ciertamente, la diversidad de carismas y ministerios, que deriva de la incorporación a Cristo y del don del Espíritu, nunca puede ser homologada hasta el punto de convertirse esta «uniformidad, en la obligación de hacer todo juntos y todo igual, pensando todos de la misma manera»¹⁶³. Al contrario, en virtud del sacerdocio bautismal¹⁶⁴, cada fiel está llamado a la construcción de todo el Cuerpo y, al mismo tiempo, todo el Pueblo de Dios, en la corresponsabilidad recíproca de sus miembros, participa en la misión de la Iglesia, es decir, discierne los signos de la presencia de Dios en la historia y se convierte en testigo de su Reino¹⁶⁵.

110. Por lo tanto, lejos de ser un simple cuerpo burocrático, el Consejo pastoral pone de relieve y realiza la centralidad del Pueblo de Dios como sujeto y protagonista activo de la misión evangelizadora, en virtud del hecho de que cada fiel ha recibido los dones del Espíritu a través del bautismo y la confirmación: «Renacer a la vida divina en el bautismo es el primer paso; es necesario después comportarse como hijos de Dios, o sea, ajustándose a Cristo que obra en la santa Iglesia, dejándose implicar en su misión en el mundo. A esto provee la unción del Espíritu Santo: “mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro” (cfr. Secuencia de Pentecostés). [...] Como toda la vida de Jesús fue animada por el Espíritu, así también la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros está bajo la guía del mismo Espíritu»¹⁶⁶.

A la luz de esta visión de fondo, se pueden recordar las palabras de San Pablo VI según el cual «Es tarea del Consejo Pastoral estudiar, examinar todo lo que concierne a las actividades pastorales, y proponer, en consecuencia, conclusiones prácticas, a fin de promover la conformación de la vida y de la acción del Pueblo de Dios con el Evangelio»¹⁶⁷, en la consciencia de que, como recuerda el Papa Francisco, el fin de este Con-

¹⁶³ Id, Homilía en la Santa Misa de la Solemnidad de Pentecostés, 4 de junio de 2017: AAS 109 (2017), 711.

¹⁶⁴ Cfr. *Lumen gentium*, n. 10: AAS 57 (1965), 14.

¹⁶⁵ Cfr. Congregación para el Clero, Carta circular *Omnes christifideles* (25 de enero de 1973), nn. 4 y 9; *Enchiridion Vaticanum* 4 (1971-1973), 1199-1201 y 1207-1209; *Christifideles laici*, n. 27: AAS 81 (1989), 440-441.

¹⁶⁶ Francisco, Audiencia General (23 de mayo de 2018).

¹⁶⁷ Pablo VI, Carta apostólica *Motu Proprio Ecclesiae Sanctae* (6 de agosto de 1966), I, 16, § 1: AAS 58 (1966), 766; cfr. C.I.C., can. 511.

sejo «no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos»¹⁶⁸.

111. El Consejo pastoral es un órgano consultivo, regido por las normas establecidas por el Obispo diocesano, para definir sus criterios de composición, las modalidades de elección de sus miembros, los objetivos y el modo de funcionamiento¹⁶⁹. En todo caso, para no desnaturalizar la índole de este Consejo es bueno evitar definirlo como un “*team*” o “equipo”, o lo que es lo mismo, en términos que no sean adecuados para expresar correctamente la relación eclesial y canónica entre el párroco y los demás fieles.

112. Respetando las relativas normas diocesanas, es necesario que el Consejo pastoral sea efectivamente representativo de la comunidad, de la cual es una expresión de todos sus componentes (sacerdotes, diáconos, personas consagradas y laicos). Este constituye un ámbito específico en el cual los fieles pueden ejercer su derecho-deber de expresar su parecer a los pastores y también comunicarlo a los otros fieles, acerca del bien de la comunidad parroquial¹⁷⁰.

La función principal del Consejo pastoral parroquial, por tanto, es buscar y estudiar propuestas prácticas en orden a las iniciativas pastorales y caritativas relacionadas con la parroquia, en sintonía con el camino de la diócesis.

113. El Consejo pastoral parroquial “*solo tiene voto consultivo*”¹⁷¹, en el sentido de que sus propuestas deben ser acogidas favorablemente por el párroco para llegar a ser operativas. El párroco, a su vez, debe considerar atentamente las indicaciones del Consejo pastoral, especialmente si se expresa por unanimidad, en un proceso de común discernimiento.

Para que el servicio del Consejo pastoral pueda ser eficaz y provechoso, deben evitarse dos extremos: por un lado, que el párroco se limite a presentar al Consejo pastoral decisiones ya tomadas, o sin la debida información previa, o que rara vez lo convoque por mera formalidad; por

¹⁶⁸ *Evangelii gaudium*, n. 31: AAS 105 (2013), 1033.

¹⁶⁹ Cfr. C.I.C., can. 536, § 2.

¹⁷⁰ Cfr. *ibíd.*, can. 212, § 3.

¹⁷¹ *Ibid.*, can. 536, § 2.

otro, un Consejo en el que el párroco sea solo uno de sus miembros, privado de hecho de su rol de pastor y guía de la comunidad¹⁷².

114. Finalmente, se considera conveniente que, en la medida de lo posible, el Consejo pastoral esté compuesto principalmente por aquellos que tienen responsabilidades efectivas en la vida pastoral de la parroquia, o que estén concretamente comprometidos en ella, a fin de evitar que las reuniones se transformen en un intercambio de ideas abstractas, que no tienen en cuenta la vida real de la comunidad, con sus recursos y problemáticas.

X. c. Otras formas de corresponsabilidad en la cura pastoral

115. Cuando una comunidad de fieles no puede ser erigida como una parroquia o cuasi-parroquia¹⁷³, el Obispo diocesano, después de escuchar al Consejo presbiteral¹⁷⁴, proveerá de otro modo a su cura pastoral¹⁷⁵, considerando, por ejemplo, la posibilidad de establecer centros pastorales, dependientes del párroco del lugar, como “estaciones misioneras” para promover la evangelización y la caridad. En estos casos, se requiere dotarlos de un templo adecuado o de un oratorio¹⁷⁶ y crear una normativa diocesana de referencia para sus actividades, de modo que ellas estén coordinadas y sean complementarias a las de la parroquia.

116. Los centros así definidos, que en algunas diócesis son llamados “diaconías”, podrán ser confiados –donde sea posible– a un vicario parroquial, o también, de modo especial, a uno o más diáconos permanentes, que tengan responsabilidad y los gestionen, eventualmente junto con sus familias, bajo la responsabilidad del párroco.

117. Estos centros podrán convertirse en puestos de avanzada misionera e instrumentos de proximidad, sobre todo en parroquias con un territorio muy extenso, a fin de asegurar momentos de oración y adoración eucarística, catequesis y otras actividades en beneficio de los fieles, en

¹⁷² Cfr. *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, n. 26: *Enchiridion Vaticanum* 21 (2002), 843.

¹⁷³ Cfr. C.I.C., can. 516, § 1.

¹⁷⁴ Cfr. *ibid.*, can. 515, § 2.

¹⁷⁵ Cfr. *ibid.*, can. 516, § 2.

¹⁷⁶ Cfr. *ibid.*, cans. 1214; 1223 y 1225.

especial aquellas relativas a la caridad hacia los pobres y necesitados, y al cuidado de los enfermos, solicitando la colaboración de consagrados y laicos, así como de otras personas de buena voluntad.

A través del párroco y de los demás sacerdotes de la comunidad, los responsables del centro pastoral cuidarán de garantizar la celebración de los Sacramentos lo más frecuentemente posible, sobre todo la Santa Misa y la Reconciliación.

XI. Ofrendas por la celebración de los Sacramentos

118. Un tema relacionado con la vida de las parroquias y su misión evangelizadora se refiere al estipendio ofrecido para la celebración de la Santa Misa, destinado al celebrante, y de los otros sacramentos, que, en cambio, corresponde a la parroquia¹⁷⁷. Se trata de una ofrenda que, por su naturaleza, debe ser un acto libre por parte del oferente, dejado a su conciencia y a su sentido de responsabilidad eclesial, no un “precio a pagar” o una “contribución a exigir”; como si se tratara de una suerte de “impuesto a los sacramentos”. En efecto, con el estipendio por la Santa Misa, *«los fieles [...] contribuyen al bien de la Iglesia, y [...] participan de su solicitud por sustentar a sus ministros y actividades»*¹⁷⁸.

119. En este sentido, resulta importante sensibilizar a los fieles, para que contribuyan voluntariamente a las necesidades de la parroquia, que son “suyas propias” y de las cuales es bueno que aprendan espontáneamente a responsabilizarse, de modo especial en aquellos países donde el estipendio de la Santa Misa sigue siendo la única fuente de sustento para los sacerdotes y también de recursos para la evangelización.

120. Esta sensibilización podrá ser tanto más eficaz cuanto más los presbíteros, por su parte, den ejemplos “virtuosos” en el uso del dinero, tanto con un estilo de vida sobrio y sin excesos en el plano personal, como con una gestión de los bienes parroquiales transparente y acorde no con los “proyectos” del párroco o de un reducido grupo de personas, tal vez buenos, pero abstractos, sino con las necesidades reales de los fieles, sobre todo los más pobres y necesitados.

¹⁷⁷ Cfr. *ibíd.*, cans. 848 y 1264, 2º, así como cans. 945-958 y Congregación para el Clero, Decreto *Mos iugiter* (22 de febrero de 1991), aprobado en forma específica por Juan Pablo II: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1991-1993), 6-28.

¹⁷⁸ C.I.C., can. 946.

121. En todo caso, «*en materia de estipendios, evítese hasta la más pequeña apariencia de negociación o comercio*»¹⁷⁹, teniendo en cuenta que «*se recomienda encarecidamente a los sacerdotes que celebren la Misa por las intenciones de los fieles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban ningún estipendio*»¹⁸⁰.

Entre los medios que pueden permitir alcanzar este objetivo, se puede pensar en la recepción de ofrendas de forma anónima, de modo que cada uno se sienta libre de donar lo que pueda, o lo que considera justo, sin sentirse obligado a corresponder a una expectativa o a un determinado precio.

Conclusión

122. Inspirándose en la eclesiología del Vaticano II, a la luz del Magisterio reciente y considerando los contextos sociales y culturales profundamente cambiantes, esta Instrucción se centra en el tema de la renovación de la parroquia en sentido misionero.

Si bien ella sigue siendo una institución imprescindible para el encuentro y la relación viva con Cristo y con los hermanos y hermanas en la fe, es igualmente cierto que debe confrontarse constantemente con los cambios en curso en la cultura actual y en la existencia de las personas, a fin de poder explorar con creatividad, nuevas vías y medios que le permitan estar a la altura de su tarea primaria, es decir, ser el centro propulsor de la evangelización.

123. En consecuencia, la acción pastoral debe ir más allá de la mera delimitación territorial de la parroquia, para transparentar más claramente la comunión eclesial a través de la sinergia entre ministerios y carismas e, igualmente, estructurarse como una “pastoral de conjunto” al servicio de la diócesis y su misión.

Se trata de una acción pastoral que, a través de una colaboración efectiva y vital entre presbíteros, diáconos, personas consagradas y laicos, así como entre las diversas comunidades parroquiales de la misma área o región, se preocupa de identificar juntos las preguntas, dificultades y desafíos respecto de la evangelización, tratando de integrar vías, instrumentos, propuestas y medios adecuados para afrontarlos. Tal proyecto

¹⁷⁹ *Ibíd.*, can. 947.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, can. 945, § 2.

misionero común podría ser elaborado e implementado en relación con contextos territoriales y sociales contiguos, es decir, en comunidades colindantes o que poseen las mismas condiciones socioculturales, o también en referencia a ámbitos pastorales afines, por ejemplo, en el marco de una necesaria coordinación entre la pastoral juvenil, universitaria y vocacional, como ya sucede en muchas diócesis.

La pastoral de conjunto, por tanto, además de la coordinación responsable de las actividades y estructuras pastorales capaces de relacionarse y colaborar entre sí, requiere la contribución de todos los bautizados. Dicho con las palabras del Papa Francisco, «*cuando hablamos de “pueblo” no debe entenderse las estructuras de la sociedad o de la Iglesia, sino el conjunto de personas que no caminan como individuos sino como el entramado de una comunidad de todos y para todos*»¹⁸¹.

Esto exige que la histórica institución parroquial no permanezca prisionera del inmovilismo o de una preocupante repetitividad pastoral, sino que, en cambio, ponga en acción aquel “dinamismo en salida” que, a través de la colaboración entre diversas comunidades parroquiales y una reforzada comunión entre clérigos y laicos, la haga orientarse efectivamente a su misión evangelizadora, tarea de todo el Pueblo de Dios, que camina en la historia como “familia de Dios” y que, en la sinergia de sus diversos miembros, trabaja para el crecimiento de todo el cuerpo eclesial.

El presente Documento, por tanto, además de poner en evidencia la urgencia de tal renovación, presenta un modo de aplicar la normativa canónica que establece las posibilidades, límites, derechos y deberes de pastores y laicos, para que la parroquia se redescubra a sí misma como lugar fundamental del anuncio evangélico, de la celebración de la Eucaristía, espacio de fraternidad y caridad, del cual se irradia el testimonio cristiano por el mundo. Así ella «*debe permanecer como un puesto de creatividad, de referencia, de maternidad. Y actuar en ella esa capacidad inventiva; cuando una parroquia va adelante así se realiza lo que llamo “parroquia en salida”*»¹⁸².

124. El Papa Francisco invita a invocar a «*María, Madre de la evangelización*», para que «*la Virgen nos ayude a decir nuestro “sí” en la ur-*

¹⁸¹ Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit* (25 de marzo de 2019), n. 231, Ciudad del Vaticano 2019.

¹⁸² *Id.*, Encuentro con los Obispos polacos, Cracovia (27 de julio de 2016): AAS 108 (2016), 893.

gencia de hacer resonar la Buena Nueva de Jesús en nuestro tiempo; que nos obtenga un nuevo celo de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte; que interceda por nosotros para que podamos adquirir la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la salvación»¹⁸³.

El 27 de junio de 2020 el Santo Padre aprobó el siguiente documento de la Congregación para el Clero.

Roma, 29 de junio de 2020, Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo

† BENIAMINO CARD. STELLA
Prefecto

MONS. ANDREA RIPA
Subsecretario

*Congregación para el Culto Divino
y la Disciplina de los Sacramentos*

**CARTA A LOS PRESIDENTES DE LAS CONFERENCIAS
EPISCOPALES SOBRE LAS INVOCACIONES “MATER
MISERICORDIAE”, “MATER SPEI” Y “SOLACIUM
MIGRANTIUM” PARA SU INCLUSIÓN
EN LAS LETANÍAS LAURETANAS**

*Desde el Vaticano, 20 de junio de 2020
Memoria del Inmaculado Corazón
de la Bienaventurada Virgen María*

Eminencia, Excelencia,

Peregrina hacia la Santa Jerusalén del cielo, para gozar de la inseparable comunión con Cristo, su Esposo y Salvador, la Iglesia recorre los

¹⁸³ *Id.*, Mensaje para la Jornada Mundial Misionera 2017 (4 de junio de 2017), n. 10: AAS 109 (2017), 764.

caminos de la historia encomendándose a Aquella que creyó en la palabra del Señor. Sabemos por el Evangelio que los discípulos de Jesús aprendieron, desde el principio, a alabar a la “bendita entre las mujeres” y a contar con su intercesión maternal. Son innumerables los títulos e invocaciones que la piedad cristiana, a lo largo de los siglos, ha dedicado a la Virgen María, camino privilegiado y seguro para el encuentro con Cristo. También en el tiempo presente, atravesado por motivos de incertidumbre y desconcierto, el recurso devoto a ella, lleno de afecto y confianza, es particularmente sentido por el pueblo de Dios.

Como intérprete de este sentimiento, el Sumo Pontífice FRANCISCO, acogiendo los deseos expresados, ha dispuesto que, en el formulario de las letanías de la Bienaventurada Virgen María, llamadas “Lauretanas”, se inserten las invocaciones “Mater misericordiae”, “Mater spei” y “Solacium migrantium”.

La primera invocación se colocará después de “Mater Ecclesiae”, la segunda después de “Mater divinae gratiae”, la tercera después de “Refugium peccatorum”.

Me complace informarle de esta disposición para que sea conocida y aplicada y aprovecho la oportunidad para expresarle mi aprecio.

Suyo en el Señor

ROBERT CARD. SARAH
Prefecto

† ARTHUR ROCHE
Arzobispo Secretario

Pontificia Academia para la Vida

PANDEMIA Y FRATERNIDAD Nota sobre la emergencia COVID-19

30 de marzo de 2020

Toda la humanidad está siendo puesta a prueba. La pandemia de Covid-19 nos pone en una situación de dificultad sin precedentes, dramática y de alcance mundial: su repercusión en la desestabilización de

nuestro proyecto de vida crece cada día más. La omnipresencia de la amenaza pone en duda las evidencias que, hasta ahora, en nuestros sistemas de vida, resultaban evidentes. Estamos experimentando dolorosamente una paradoja que nunca hubiéramos imaginado: para sobrevivir a la enfermedad debemos aislarnos unos de otros, pero si aprendiéramos a vivir aislados unos de otros nos daríamos cuenta de lo esencial que es para nuestras vidas vivir con los demás.

En medio de nuestra euforia tecnológica y gerencial, nos encontramos social y técnicamente impreparados ante la propagación del contagio: hemos tenido dificultades en reconocer y admitir su impacto. E incluso ahora, estamos luchando fatigosamente para detener su propagación. Pero también observamos una falta de preparación –por no decir resistencia– en el reconocimiento de nuestra vulnerabilidad física, cultural y política ante el fenómeno, si consideramos la desestabilización existencial que está causando. Esta desestabilización está fuera del alcance de la ciencia y de la técnica del sistema terapéutico. Sería injusto –y erróneo– cargar a los científicos y técnicos con esta responsabilidad. Al mismo tiempo, es ciertamente indiscutible que, además de buscar medicamentos y vacunas, es igualmente urgente adquirir una mayor profundidad de visión, así como una mayor responsabilidad en la contribución reflexiva al significado y los valores del humanismo. Eso no es todo. El ejercicio de esta profundidad y de esta responsabilidad crea un contexto simbólico de cohesión y unidad, de alianza y fraternidad, en razón de nuestra humanidad compartida, que, lejos de menospreciarla contribución de los hombres y mujeres de la ciencia y del gobierno, sostiene y sosiega en gran medida su tarea. Su dedicación, que ya merece la justificada y conmovedora gratitud de todos, debe ciertamente ser fortalecida y valorada.

En esta línea, la Pontificia Academia para la Vida, que por su mandato institucional promueve y apoya la alianza entre la ciencia y la ética en la búsqueda del mejor humanismo posible, desea contribuir con su propio aporte reflexivo. Por lo tanto, la Academia se propone situar algunos de los elementos distintivos de esta situación dentro de un espíritu renovado que debe nutrir la socialidad y el cuidado de la persona. Finalmente, la coyuntura excepcional que hoy en día desafía a la fraternidad de la *humana communitas* debe transformarse en una oportunidad para que este espíritu de humanismo modele la cultura institucional en el tiempo ordinario: en el seno de los pueblos individuales, en la coralidad de los vínculos entre los pueblos.

Solidarios en la vulnerabilidad y en los límites

En primer lugar, la pandemia pone de relieve con una dureza inesperada la precariedad que marca radicalmente nuestra condición humana. En algunas regiones del mundo, la precariedad de la existencia individual y colectiva es una experiencia cotidiana, debido a la pobreza que no permite que todos tengan acceso a la atención médica, aunque esté disponible, o a los alimentos en cantidades suficientes, que no faltan en todo el mundo. En otras partes del mundo, las zonas de precariedad se han ido reduciendo progresivamente gracias a los avances de la ciencia y la tecnología, hasta el punto de hacernos ilusiones de que somos invulnerables o de que podemos encontrar una solución técnica para todo. Sin embargo, por mucho esfuerzo que hagamos, no ha sido posible controlar la actual pandemia ni siquiera en las sociedades más desarrolladas económica y tecnológicamente, donde ha superado la capacidad de los laboratorios y estructuras sanitarias. Nuestras optimistas proyecciones del poder científico y tecnológico a nuestra disposición nos han permitido quizás imaginar que seríamos capaces de prevenir la propagación de una epidemia mundial de esta magnitud, convirtiéndola en una posibilidad cada vez más remota. Debemos reconocer que no es así. Y hoy en día la situación también nos lleva a pensar que, junto con los extraordinarios recursos de protección y cuidado que nuestro progreso acumula, también hay efectos secundarios de la fragilidad del sistema que no hemos vigilado lo suficiente.

En cualquier caso, esta traumática situación nos parece dejar claro que no somos dueños de nuestro propio destino. Y hasta la ciencia muestra sus propios límites. Ya lo sabíamos: sus resultados son siempre parciales, ya sea porque se concentra –por conveniencia o por razones intrínsecas– en ciertos aspectos de la realidad dejando fuera otros, o por el propio estado de sus teorías, que son, en todo caso, provisionales y revisables. Pero en la incertidumbre que estamos experimentando frente al covid-19 hemos captado, con una nueva claridad, la gradualidad y la complejidad que requiere el conocimiento científico, con sus exigencias de metodología y verificación. La precariedad y los límites de nuestro conocimiento también parecen globales, reales, comunes: no existen argumentos reales para apoyarla presunción de civilizaciones y soberanías que se consideran mejores y que pueden escapar de la retroalimentación. Resulta palpable lo estrechamente conectados que estamos todos: de hecho, en nuestra exposición a la vulnerabilidad somos más interdependientes que en nuestro aparato de eficiencia. El contagio se extiende muy

rápidamente de un país a otro; lo que le sucede a alguien se convierte en algo decisivo para todos. Esta coyuntura hace que lo que sabíamos sea aún más evidente de inmediato, sin hacernos responsables de ello adecuadamente: para bien o para mal, las consecuencias de nuestras acciones siempre recaen sobre los demás. Nunca hay actos individuales que no tengan consecuencias sociales: esto se aplica a los individuos, lo mismo que a las comunidades, sociedades, poblaciones individuales. El comportamiento temerario o imprudente, que aparentemente solo nos concierne a nosotros, se convierte en una amenaza para todos aquellos que están expuestos al riesgo del contagio, sin que ello afecte quizás ni siquiera a los sujetos de dicho comportamiento. Así pues, descubrimos que la incolumidad de cada individuo depende de la de todos.

El brote de epidemias es ciertamente una constante en la historia de la humanidad. Pero no podemos eludirlas características de la amenaza actual, que ha demostrado extender su omnipresencia en nuestra forma de vida actual y saber esquivar toda protección. Debemos tomar nota de los efectos de nuestro modelo de desarrollo, con la explotación de zonas forestales hasta ahora intactas donde residen microorganismos desconocidos para el sistema inmunológico humano, con una rápida y extensa red de conexiones y transporte a largo radio. Es probable que encontremos una solución para aquello que nos está atacando ahora. Sin embargo, tendremos que hacerlo sabiendo que este tipo de amenaza está acumulando su potencial sistémico a largo plazo. En segundo lugar, tendremos que abordar el problema con los mejores recursos científicos y organizativos que dispongamos: evitar el énfasis ideológico en el modelo de sociedad que hace coincidir la salvación y la salud. Sin tener que ser consideradas como una derrota de la ciencia y la técnica –que sin duda siempre tendrán que entusiasmarlos con su progreso, pero al mismo tiempo nos obligan también a convivir humildemente con sus limitaciones– la enfermedad y la muerte son una profunda herida para nuestros más queridos y profundos afectos: que no deben, sin embargo, imponernos el abandono de su justicia y la ruptura de sus lazos. Ni siquiera cuando tenemos que aceptar nuestra impotencia para dar cumplimiento al amor que llevan en sí mismos. Si nuestra vida es siempre mortal, esperamos que el misterio de amor sobre el que ésta reside no lo sea.

De la interconexión de facto a la solidaridad deseada

Ahora, más que nunca, en esta terrible coyuntura, estamos llamados a tomar conciencia de esta reciprocidad sobre la que reposan nuestras vidas. Darse cuenta de que cada vida es una vida común, es la vida de unos y otros, de unos y otros. Los recursos de una comunidad, que se niega a considerar la vida humana como un único hecho biológico, son un bien precioso, que también acompaña responsablemente todas las actividades necesarias de cuidado. Tal vez hemos erosionado descuidadamente este patrimonio, cuya riqueza marca la diferencia en momentos como este, subestimando gravemente los bienes relacionales que dicho patrimonio es capaz de compartir y distribuir en momentos en que los lazos emocionales y el espíritu comunitario se ponen a prueba, precisamente por las necesidades básicas para protegerla vida biológica.

Dos formas de pensar bastante burdas, que se han convertido en sentido común y puntos de referencia en lo que respecta a la libertad y los derechos, están siendo cuestionadas. La primera es “Mi libertad termina donde comienza la del otro”. La fórmula, ya peligrosamente ambigua en sí misma, es inadecuada para la comprensión de la experiencia real y no es casualidad que sea afirmada por quienes están en posición de fuerza: nuestras libertades siempre se entrelazan y se superponen, para bien o para mal. Es necesario, más bien, aprender a hacerlas cooperar, en vista del bien común y superar las tendencias, que incluso la epidemia puede alimentar, de ver en el otro una amenaza “infecciosa” de la que distanciarse y un enemigo del que protegerse. La segunda: “Mi vida depende única y exclusivamente de mí”. Esto no es así. Somos parte de la humanidad y la humanidad es parte de nosotros: debemos aceptar estas dependencias y apreciar la responsabilidad que nos hace participantes y protagonistas. No hay derecho alguno que no tenga como implicación un deber correspondiente: la coexistencia de lo libre e igual es un tema exquisitamente ético, no técnico.

Por lo tanto, estamos llamados a reconocer, con nueva y profunda emoción, que estamos encomendados el uno al otro. Nunca antes la relación de los cuidados se había presentado como el paradigma fundamental de nuestra convivencia humana. La mutación de la interdependencia de facto a la solidaridad deseada no es una transformación automática. Pero ya tenemos varios signos de este cambio hacia las acciones responsables y el comportamiento fraternal. Lo vemos con especial claridad en la dedicación de los trabajadores de la sanidad, que ponen generosamente todas sus energías en acción, a veces incluso a riesgo de

su propia salud o vida, para aliviar el sufrimiento de los enfermos. Su profesionalidad se despliega mucho más allá de la lógica de los vínculos contractuales, lo que demuestra que el trabajo es ante todo una esfera de expresión de significados y valores, y no solo una “mercancía” que se intercambia por una remuneración. Pero esto también se aplica a los investigadores y científicos que ponen sus habilidades al servicio de las personas. La determinación de compartir los puntos fuertes y la información ha permitido establecer rápidas colaboraciones entre las redes de centros de investigación para los protocolos experimentales que determinan la seguridad y la eficacia de los fármacos.

Junto a ellos no hay que olvidar a todas esas mujeres y hombres que cada día eligen positiva y valientemente proteger y alimentar esta fraternidad. Son las madres y los padres de familia, los ancianos y los jóvenes; son las personas que, incluso en situaciones objetivamente difíciles, siguen haciendo su trabajo con honestidad y conciencia; son los miles de voluntarios que no han cesado su servicio; son los responsables de las comunidades religiosas que siguen sirviendo a las personas que les han sido confiadas, incluso a costa de sus vidas, como han puesto de relieve las historias de muchos sacerdotes italianos que han fallecido por Covid-19.

En el plano político, la situación actual nos insta a tener una mirada lo suficientemente amplia. En las relaciones internacionales (y también entre los países de la Unión Europea) hay una lógica miope e ilusoria que trata de dar respuestas en términos de “intereses nacionales”. Sin una colaboración efectiva y una coordinación eficaz, que asuma decisiones aun a sabiendas de inevitables resistencias políticas, comerciales, ideológicas y relacionales, los virus no se detendrán. Ciertamente, se trata de decisiones muy serias y onerosas: se necesita una visión abierta y elecciones que no siempre van de acuerdo con los sentimientos inmediatos de las poblaciones individuales. Pero dentro de una dinámica tan marcadamente global, las respuestas para ser eficaces no pueden quedar limitadas a sus propios confines territoriales.

Ciencia, Medicina y Política: el vínculo social puesto a prueba

Las decisiones políticas tendrán ciertamente que tener en cuenta los datos científicos, pero no pueden reducirse a este nivel. Permitir que los fenómenos humanos se interpreten solo sobre la base de categorías de ciencia empírica solo produciría respuestas a nivel técnico. Terminaríamos con una lógica que considera los procesos biológicos como de-

terminantes de las opciones políticas, según el peligroso proceso que la biopolítica nos ha enseñado a conocer. Esta lógica tampoco respeta las diferencias entre las culturas, que interpretan la salud, la enfermedad, la muerte y los sistemas de asistencia atribuyendo significados que en su diversidad pueden constituir una riqueza no homologable según una única clave interpretativa tecnocientífica.

Lo que necesitamos en cambio es una alianza entre la ciencia y el humanismo, que deben ser integrados y no separados o, peor aún, contrapuestos. Una emergencia como la de Covid-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad. Los medios técnicos y clínicos de contención deben integrarse en una vasta y profunda investigación para el bien común, que deberá contrarrestar la tendencia a la selección de ventajas para los privilegiados y la separación de los vulnerables en función de la ciudadanía, los ingresos, la política y la edad.

Esto también se aplica a todas las opciones de “política delos cuidados”, incluidas las que están más estrechamente relacionadas con la práctica clínica. Las condiciones de emergencia en las que se encuentran muchos países pueden llegar a obligar a los médicos a tomar decisiones dramáticas y lacerantes para racionar los recursos limitados, que no están disponibles para todos al mismo tiempo. En ese momento, tras haber hecho todo lo posible a nivel organizativo para evitar el racionamiento, debe tenerse siempre presente que la decisión no se puede basar en una diferencia en el valor de la vida humana y la dignidad de cada persona, que siempre son iguales y valiosísimas. La decisión se refiere más bien a la utilización de los tratamientos de la mejor manera posible en función de las necesidades del paciente, es decir, de la gravedad de su enfermedad y de su necesidad de tratamiento, y a la evaluación de los beneficios clínicos que el tratamiento puede lograr, en términos de pronóstico. La edad no puede ser considerada como el único y automático criterio de elección, ya que si fuera así se podría caer en un comportamiento discriminatorio hacia los ancianos y los más frágiles. Además, es necesario formular criterios que sean, en la medida de lo posible, compartidos y argumentados, para evitar la arbitrariedad o la improvisación en situaciones de emergencia, como nos ha enseñado la medicina de catástrofes. Por supuesto, hay que reiterarlo: el racionamiento debe ser la última opción. La búsqueda de tratamientos lo más equivalentes posibles, el intercambio de recursos, el traslado de pacientes son alternativas que deben ser consideradas cuidadosamente, en la lógica de la justicia. La creatividad también ha sugerido soluciones en condiciones adversas que han

permitido satisfacer las necesidades, como el uso del mismo respirador para varios pacientes. En cualquier caso, nunca debemos abandonar al enfermo, incluso cuando no hay más tratamientos disponibles: los cuidados paliativos, el tratamiento del dolor y el acompañamiento son una necesidad que nunca hay que descuidar.

También a nivel de sanidad pública, la experiencia que estamos atravesando nos plantea una seria revisión, aunque solo pueda llevarse a cabo en el futuro, en tiempos menos agitados. Esta revisión se refiere al equilibrio entre los enfoques preventivos y terapéuticos, entre la medicina individual y la dimensión colectiva (dada la estrecha correlación entre la salud y los derechos personales y la salud pública). Son cuestiones que subyacen a una pregunta más profunda, relativa a los objetivos que la medicina puede fijarse, considerando conjuntamente el significado de la salud dentro de la vida social con todas las dimensiones que la caracterizan, como la educación y el cuidado del medio ambiente. Se vislumbra la fecundidad de una perspectiva global de la bioética, que, teniendo en cuenta la multiplicidad de las dimensiones en juego y el alcance mundial de los problemas supere una visión individualista y reductora de las cuestiones relativas a la vida humana, la salud y los cuidados.

El riesgo de una epidemia mundial requiere, en la lógica de la responsabilidad, la construcción de una coordinación mundial de los sistemas de salud. Debemos ser conscientes de que el nivel de contención viene determinado por el eslabón más débil, en lo que respecta a la prontitud del diagnóstico, a la rápida respuesta con medidas de contención proporcionadas, a estructuras adecuadas y a un sistema de registro e intercambio de información y datos. También es necesario que la autoridad que puede considerar las emergencias con una visión de conjunto, tomar decisiones y orquestar la comunicación, se tome como referencia para evitar la desorientación generada por la tormenta de comunicaciones que se desata (infodemia), con la incertidumbre de los datos y la fragmentación de las noticias.

La obligación de proteger a los débiles: la fe evangélica a prueba

En este panorama, se debe prestar especial atención a los que son más frágiles, pensamos sobre todo a los ancianos y discapacitados. En igualdad de condiciones, la letalidad de una epidemia varía según la situación de los países afectados –y dentro de cada país– en todo lo que se refiere a los recursos disponibles, a la calidad y organización del sistema

sanitario, a las condiciones de vida de la población, a la capacidad de conocer y comprender las características del fenómeno y de interpretar la información. Habrá muchas más muertes allí donde no se garantice a las personas una simple atención sanitaria básica en su vida cotidiana.

También esta última consideración, sobre la mayor penalización a la que están sometidos los más frágiles, nos insta a prestar mucha atención a la forma en que hablamos de la acción de Dios en esta situación histórica. No podemos interpretar los sufrimientos por los que pasa la humanidad en el crudo esquema que establece una correspondencia entre la “majestad herida” de lo divino y la “represalia sagrada” emprendida por Dios. Si consideramos entonces, que de esta manera serían los más débiles los más castigados, precisamente aquellos por los que Él se preocupa y con los que Se identifica (Mt 25,40-45), vemos cuan equivocada es esta perspectiva. Escuchar las Escrituras y el cumplimiento de la promesa de Jesús nos muestra que estar del lado de la vida, como Dios nos enseña, se concretiza en gestos de humanidad hacia el otro. Gestos que, como hemos visto, no faltan en el momento actual.

Cada forma de solicitud, cada expresión de benevolencia es una victoria del Resucitado. Es responsabilidad de los cristianos dar testimonio de Él. Siempre y para todos. En esta coyuntura, por ejemplo, no podemos olvidar las otras calamidades que golpean a los más frágiles como los refugiados e inmigrantes o aquellos pueblos que siguen siendo azotados por los conflictos, la guerra y el hambre.

La oración de intercesión

Allí donde la proximidad evangélica encuentra un límite físico o una oposición hostil, la intercesión –arraigada en el Crucificado– conserva su poder imparable y decisivo, incluso cuando el pueblo no parece estar a la altura de la bendición de Dios (Ex 32, 9-13). Este grito de intercesión del pueblo de los creyentes es el lugar donde podemos aceptar el trágico misterio de la muerte, cuyo temor marca hoy la historia de todos nosotros. En la Cruz de Cristo es posible pensar en la forma de la existencia humana como un gran pasaje: la cáscara de nuestra existencia es como una crisálida que espera la liberación de la mariposa. Toda la creación, dice San Pablo, vive “los dolores del parto”.

Es bajo esta luz que debemos entender el significado de la oración. Como intercesión por cada uno y por todos aquellos que se encuentran en el sufrimiento, que también Jesús llevó sobre sí mismo por nosotros,

y como un momento en el que aprender de Él cómo vivir este sufrimiento en la entrega al Padre. Es este diálogo con Dios el que se convierte en una fuente para que podamos confiarnos también a los hombres. A partir de esto sacamos fuerza interior para ejercer toda nuestra responsabilidad y estar disponibles para la conversión según la realidad que nos haga comprender lo que hace posible una convivencia más humana en nuestro mundo. Recordamos las palabras del obispo de Bérgamo, una de las ciudades más afectadas de Italia, Mons. Francesco Beschi: “Nuestras oraciones no son fórmulas mágicas. La fe en Dios no resuelve mágicamente nuestros problemas, sino que nos da una fuerza interior para ejercer ese compromiso que todos y cada uno, de diferentes maneras, estamos llamados a vivir, especialmente aquellos que están llamados a frenar y superar este mal”.

En cualquier caso, también aquellos que no compartan la profesión de esta fe pueden extraer del testimonio de esta fraternidad universal las huellas que conducen a la mejor parte de la condición humana. La humanidad que no abandona el campo en el que los seres humanos aman y luchan juntos, por amor a la vida como un bien estrictamente común, se gana la gratitud de todos y es un signo del amor de Dios presente entre nosotros.

Conferencia Episcopal Española

Secretaría General

APLAZAMIENTO DEL ÓBOLO DE SAN PEDRO

Prot. nº. 81/2020

Madrid, 18 de mayo de 2020

**A todos los señores Arzobispos, Obispos y
Administradores diocesanos, miembros de la
Conferencia Episcopal Española**

Eminencia / Excelencia / Ilmo. Sr.:

Con fecha 25 de marzo, S. E. Mons. D. Bemardito Cleopas Auza, Nuncio Apostólico de S. S. el papa en España, remitió una carta al Cardenal Presidente de la Conferencia Episcopal Española. En ella le comunica que el Santo Padre, en atención a la situación creada a causa del COVID-19, considerando el breve tiempo que media hasta el día de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, ha decidido que el óbolo de San Pedro, que de forma tan significativa tiene lugar tradicionalmente con ocasión de la mencionada solemnidad, queda aplazado, en el presente año 2020, al día 4 de octubre, festividad de San Francisco de Asís, onomástico del Papa.

El Nuncio Apostólico ruega al Cardenal Presidente que comunique la decisión del Santo Padre a los Sres. Obispos en relación a la mencionada participación de las Diócesis en la solicitud caritativa del Sucesor de Pedro por todas las Iglesias, sobre la cual cabe notar, conforme al Directorio para los Obispos, que es distinta de la contribución a las actividades de la Santa Sede por su servicio a la Iglesia universal prevista por el canon 1271 (*Apostolorum Successores* n. 14).

Asimismo, el Nuncio Apostólico transmite la seguridad de la oración conmovida del Papa pidiendo al Señor por la curación de los afectados en esta epidemia, los ancianos y los más vulnerables que sufren en estos momentos aciagos, y la abnegada y esforzada tarea de los médicos y personal sanitario, así como eleva sufragios por los que han fallecido.

Al respecto, le informo de que la Comisión Ejecutiva, en su reunión 451 de 13 de mayo pasado, acordó remitir esta carta a los Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Reciba el abrazo fraterno y cordial de su afino. en el Señor.

† Luis J. Argüello García
Obispo Auxiliar de Valladolid
Secretario de la Conferencia Episcopal Española

*Comisión Episcopal
para las Comunicaciones Sociales*

**MENSAJE PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES 2020**

Los comunicadores sois garantes de esperanza ante el Covid-19

Parecía que no llegaría el maligno coronavirus que azotaba a lejanas zonas de la tierra, pero de pronto los españoles nos vimos confinados en nuestras casas, como sucede en otros países. En medio de esta situación, vosotros comunicadores y periodistas tenéis que narrar el drama mortal de esta pandemia y a la vez los ejemplos esperanzadores de entrega y solidaridad que se dan en abundancia en nuestra sociedad.

Los obispos de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS), queremos reconocer el luminoso trabajo de los profesionales que están en primera línea de esta guerra, como son los profesionales sanitarios y sus servicios auxiliares, laboratorios y farmacias. Con ellos, todos los que nos facilitan nuestra vida cotidiana, repartidores y distribuidores, comerciantes y supermercados, servicios de limpieza, de transporte, de mantenimiento, funerarias, junto con las ejemplares actuaciones de los militares, guardias civiles y policías.

También es de agradecer el servicio de los sacerdotes, en las capellanías de los hospitales, dando el consuelo en los cementerios, atendiendo desde las parroquias a los que están solos y asistiendo a los más necesitados, unidos a Cáritas. Igualmente, a todos aquellos que contribuyen anónima y solidariamente al bien común, vaya nuestro respeto, admiración y agradecimiento. De manera especial, pedimos y esperamos la pronta recuperación de los profesionales que han caído enfermos y encomendamos a quienes dieron su vida por el bien de todos. Cada uno de ellos hace verdad la petición del Papa Francisco que nos invita a “tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve, si no se sirve. Porque la vida se mide desde el amor” (Roma, 6 de abril de 2020).

En estos momentos difíciles, los medios de comunicación nos permiten conocer lo que está ocurriendo con todos sus matices y sus complejidades, ponen en contexto las informaciones y dan respuesta a

nuestras preguntas. Además, difunden las indicaciones que señalan las autoridades competentes, que hemos de vivir en este momento como sociedad, y ayudan a desmentir las noticias falsas y los bulos que pueden angustiar o hacer caer en la desesperación o el desorden. Vuestro servicio es esencial para una sociedad que ama la libertad y la verdad.

Queremos destacar el papel de las empresas de comunicación y la labor social que vosotros, periodistas, corresponsales y comunicadores, lleváis a cabo en esta epidemia: acortando las distancias geográficas y sociales, abríis una ventana a la esperanza y al futuro, daís a conocer iniciativas solidarias y ofrecéis a los que están confinados en casa múltiples posibilidades para estar conectados con el mundo y para desarrollar sus cualidades. Sin olvidar, la capacidad de entretener con programas de humor, con el cine o la música, que nos permite salir de una rutina diaria necesariamente estrecha, y nos puede vincular con lo mejor de la humanidad, el arte y la cultura. Sin esta labor de los medios de comunicación, este aislamiento sería muchísimo peor.

En muchas ocasiones, este trabajo no está exento de dificultades técnicas y de preocupaciones personales en el presente, pero también en el temor sobre lo que pueda pasar en el futuro con vuestro puesto de trabajo. El agradecimiento de todos debería traducirse en apoyo social para que los medios puedan continuar llevando a cabo su tarea ahora y en un futuro que se presenta difícil. ¡Recibid todos, nuestra consideración, respeto y aliento!

Nuestra esperanza está en que el coronavirus sea vencido, no solo por el trabajo individual de algunos, sino por el esfuerzo colectivo de cada uno que cumple con su deber, que en el caso de muchos de nosotros es el de quedarnos en casa. Hay que sacar lecciones de lo que está ocurriendo. Esta situación se puede superar juntos, entre todos, sumando el esfuerzo de cada uno para construir un tiempo nuevo lleno de valores y con un estilo de vida mucho más sencillo y fraterno.

Ha finalizado el tiempo litúrgico de la Cuaresma, pero no ha terminado nuestro confinamiento en las casas, seguimos en “situación cuaresmal”, pero viviendo con sentido Pascual el gozo y la esperanza que surge del acontecimiento clave del cristianismo: Cristo ha muerto y ha resucitado, venciendo el mal, la muerte, el dolor y toda enfermedad. Porque Él es la Esperanza de los vivientes, de los que están cerca y de los lejanos. A todos alcanza con su acción misteriosa y salvadora.

Cuando mueren las esperanzas de los pueblos, desaparecen las culturas. Por ello, a vosotros hombres y mujeres de la comunicación en Es-

pañá os pedimos que no os canséis, en medio de este oscuro panorama. Sed portadores de la verdad y la esperanza en todo aquello que hacéis y comunicáis, para que vuestras noticias y programas alcancen el corazón de la ciudadanía dolorida. Sabed que estáis presente en nuestras oraciones para que el mal de este espantoso virus no os alcance y podáis gozar siempre de la “salud del alma y del cuerpo”.

A pesar de lo que está sucediendo tenemos que desearos: ¡Feliz Pascua de Resurrección! Con nuestro afecto y bendición.

† MONS. JUAN DEL RÍO. *Arzobispo castrense y presidente de la CECS*

† MONS. SALVADOR GIMÉNEZ. *Obispo de Lleida*

† MONS. JOSÉ MANUEL LORCA. *Obispo de Cartagena.*

† MONS. SEBASTIÀ TALTAVULL. *Obispo de Mallorca*

† MONS. JOSÉ IGNACIO MUNILLA. *Obispo de San Sebastián*

† MONS. ANTONIO GÓMEZ CANTERO. *Obispo de Albarracín-Teruel*

† MONS. JOAN PIRIS. *Obispo emérito de Lleida*

Comisión Episcopal para la Educación y Cultura

NOTA SOBRE EL PROYECTO DE LEY DE EDUCACIÓN –DE LA LOMLOE–

El Proyecto de Ley de Educación –de la LOMLOE–, que ha sido publicado en circunstancias tan extraordinarias como las de un “estado de alarma”, afecta sin duda a toda la sociedad, verdadera protagonista de la educación, de la que formamos parte como Iglesia católica. Por ello, consideramos responsabilidad nuestra participar en el debate público en orden a su tramitación.

Punto de partida es, sin duda, el compromiso con este bien inmenso que es la educación, uno de los tesoros más valiosos de la sociedad, pues afecta a la vida de los seres más queridos y, de muchas maneras, al futuro de todos.

Tras examinar con atención el actual Proyecto de Ley, nos parece tener que insistir en la necesidad de proteger y promover el derecho a la

educación y la libertad de enseñanza, tal como se explicitan en la Constitución y en su interpretación jurisprudencial.

Nos preocupa que se recojan plenamente las consecuencias de estos principios en la nueva Ley, y en primer lugar el respeto por la responsabilidad y los derechos de los padres en la educación de los hijos. Si el Estado tiene una tarea principal en la defensa y la promoción del bien de la educación para todos, no es sin embargo el sujeto del derecho educativo.

En este mismo sentido parece necesario que, a diferencia del actual Proyecto, la futura Ley siga recogiendo la “demanda social” en todas las etapas del proceso educativo, desde la libertad de elección de centro escolar, que incluye la gratuidad de la enseñanza sin discriminaciones, al trato en igualdad de condiciones de los diversos centros y a la libertad para su creación.

La formación integral es un principio educativo recogido también por la Constitución. En consecuencia, no puede excluirse del ámbito escolar la educación de la dimensión moral y religiosa de la persona, de modo que ésta pueda crecer como sujeto responsable y libre. En este ámbito de conocimientos se sitúa la asignatura de Religión, como es habitualmente reconocido en los sistemas educativos europeos.

Queremos insistir en que esta asignatura no puede plantearse de manera ajena a la identidad cultural, moral y religiosa de la persona. Pues esta identidad forma parte esencial de la realidad a cuyo conocimiento la escuela ha de introducir a la persona concreta. Conocer y comprender la propia realidad es el método adecuado para poder luego actuar con libertad.

La persona, además, no existe nunca como individuo aislado, sino como miembro de un pueblo, partícipe de una cultura, de una tradición. La cual, en el caso de nuestra sociedad, como en el de los diferentes países europeos, no se entendería sin conocer y comprender la fe cristiana.

La asignatura de Religión católica es una respuesta a estas exigencias en el caso de la mayoría del alumnado. Ciertamente puede ser integrada de varios modos en el área de conocimiento que le corresponda en el currículo, de modo que no se generen para nadie agravios comparativos. De igual manera, habrá de respetarse el conjunto de exigencias propias de su presencia en el ámbito escolar, relativas a la metodología o al estatuto del profesorado. Pero no debe ser considerada ajena al proceso educativo. Por ello, debe ser una asignatura comparable a otras asignaturas fundamentales y, por tanto, evaluable de igual manera.

Estos derechos y libertades, estos bienes relativos a la educación, recogidos en la Constitución, han sido también confirmados en varias ocasiones por la jurisprudencia del Tribunal Constitucional. Están contenidos igualmente en los Acuerdos del Estado español con la Santa Sede.

Del mismo modo que es importante el diálogo y la participación de todos, no podemos dejar de tener en cuenta el marco jurídico fundamental, que, defendiendo los derechos y libertades fundamentales, constituye la base no solo de nuestro “pacto social”, sino también de un muy deseable “pacto escolar”.

La presencia de la Iglesia, del “pueblo católico” en nuestra sociedad es grande, y ha desarrollado una tradición educativa secular. Creemos que ha sido y deseamos que siga siendo una riqueza de nuestra sociedad, que posibilite el crecimiento, la libertad y la pluralidad de la propuesta educativa y, sobre todo, que sirva así al bien de los alumnos, las familias y toda la sociedad.

Creemos que estos grandes bienes justifican suficientemente todo esfuerzo de diálogo y de colaboración leal en el proceso de preparación de la nueva Ley de Educación, para el cual ofrecemos nuestra plena disponibilidad.

Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida

MENSAJE PARA EL DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR

La celebración del día de la Acción Católica y del Apostolado Secular, que coincide cada año con la solemnidad de Pentecostés, se sitúa en continuidad con el Congreso de Laicos, en el que hemos sentido la llamada a vivir como Iglesia un renovado Pentecostés.

No olvidamos tampoco en esta Jornada los momentos difíciles que hemos sufrido en España y, al final de este tiempo de Pascua, oramos para que sigamos viviendo en actitud de esperanza en Cristo resucitado, que ha vencido el dolor y la muerte, y bajo la guía del Espíritu Santo,

que nos invita a confiar en la promesa de que Jesús va a estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28, 20).

El Congreso de Laicos, *Pueblo de Dios en salida*, que convocó la Conferencia Episcopal Española, en el mes de abril de 2018, y encomendó su organización a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, tuvo una fase precongresual marcada por la sinodalidad y el discernimiento, procurando que los laicos de las diócesis, movimientos y asociaciones se sintieran protagonistas de este momento eclesial.

Tras ese camino recorrido, los días 14 al 16 de febrero tenía lugar el Congreso en el Pabellón de Cristal de la Casa de Campo de Madrid. Nos hemos juntado más de dos mil personas, enviadas de las diócesis españolas, de la mayoría de los movimientos y asociaciones laicales, junto con miembros de la vida consagrada, sacerdotes y setenta obispos. Ha sido, sin lugar a dudas, un gran encuentro de comunión, un ejercicio de discernimiento, de escucha, de diálogo y puesta en práctica, a través de una gran variedad de experiencias y testimonios, de la riqueza y pluralidad de nuestra iglesia española. Tanto los mensajes, como las celebraciones, los momentos lúdicos y la puesta en escena fueron cuidados con un especial esmero con el deseo de transmitir a la sociedad española una imagen de Iglesia en salida.

Ahora se trata de dar continuidad a este sueño, a este anhelo de trabajar como Pueblo de Dios, valorando la vocación laical y lo que aporta a nuestra Iglesia en el momento actual. Se trata de redescubrir la importancia del sacramento del bautismo, como fuente de donde brotan los diversos carismas para la comunión y la misión. Llamados y enviados, por eso: discípulos misioneros. El papa Francisco resume muy bien esta dinámica en *Evangelii gaudium*:

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados (...). Si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús;

ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG, n. 120).

Tras el camino recorrido en las fases precongresual y congresual, hemos identificado cuatro itinerarios (primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública) que serán los hitos que habremos de desarrollar en los próximos años en la pastoral con el laicado y, concretamente, desde las Delegaciones de Apostolado Seglar, los Movimientos y Asociaciones.

Además, el sueño de un renovado Pentecostés en nuestra Iglesia española se irá haciendo realidad en la medida en que incorporemos en todas nuestras acciones un estilo de trabajo pastoral que venga marcado por dos ejes transversales: la sinodalidad y el discernimiento.

El papa Francisco, denominado por algunos como el papa sinodal, afirma que: «El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio (...), y que la sinodalidad es dimensión constitutiva de la Iglesia» (FRANCISCO, en el 50 aniversario de la Institución del Sínodo de Obispos, 2015). Para hablar de sinodalidad el papa Francisco utiliza varias imágenes. Unas veces habla de una pirámide invertida donde los ministros están al servicio de todos; otras veces de una canoa donde todos reman en una dirección; y en ocasiones prefiere usar la imagen del poliedro (EG, n. 236).

La sinodalidad es un arte que nos conduce a vivir la comunión y a descubrirla como la clave para la evangelización, su finalidad es relanzar el sueño misionero. «La puesta en acción de una Iglesia sinodal es el presupuesto indispensable para un nuevo impulso misionero que involucre a todo el Pueblo de Dios» (CTI, n. 9).

El post-congreso es un camino abierto y depende de todos nosotros: obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, laicos y laicas. Todos nos necesitamos para ser esta Iglesia en salida que anuncia el gozo del Evangelio en medio del dolor y las heridas, con que hemos sido marcados por la pandemia de la Covid-19. Esta experiencia nos ha servido para tomar conciencia de que no solo a nivel de Iglesia, sino también de sociedad, todos nos necesitamos, porque de la conducta de uno depende el destino de los otros.

Como ha ocurrido con las fases precedentes, el post-congreso será una acción de toda la Iglesia española –no solo geográficamente hablando, sino también sustantivamente–, alentada por nuestros pastores y conducida por todos los miembros del Pueblo de Dios. Por eso es fun-

damental que vivamos la comunión, que todos nos sintamos llamados a la corresponsabilidad, a la misión compartida. En esta tarea ardua de fortalecimiento de la dimensión comunitaria de nuestra fe juega un papel fundamental, en el futuro, la Acción Católica, que debemos seguir impulsando y revitalizando con mayor ardor apostólico.

Soñemos juntos. Recordemos las palabras que el papa Francisco les decía a los jóvenes, y, a través de ellos, a todos los que formamos la familia de la Iglesia, en el número 166 de *Christus vivit*:

A veces toda la energía, los sueños y el entusiasmo de la juventud se debilitan por la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, en nuestros problemas, sentimientos heridos, lamentos y comodidades. No dejes que eso te ocurra, porque te volverás viejo por dentro, y antes de tiempo. Cada edad tiene su hermosura, y a la juventud no pueden faltarle la utopía comunitaria, la capacidad de soñar unidos, los grandes horizontes que miramos juntos.

No perdamos la capacidad de seguir soñando juntos. Este proceso tiene ahora una clara continuidad. No hemos acabado con este Congreso, sino que constituye el punto de partida de nuevos caminos. No lo olvidemos, hemos iniciado un proceso de discernimiento sinodal, que tenemos que seguir haciendo realidad en nuestra Iglesia, siempre bajo la guía del Espíritu Santo. El discernimiento no es algo puntual, sino que debe ser una actitud permanente a nivel personal y comunitario que nos capacite para captar cómo Dios está actuando en la historia, en los acontecimientos, en las personas, y, sobre todo, nos debe llevar a mirar hacia adelante, al futuro, a la acción, a la misión y a realizar este ejercicio con alegría y esperanza. Con esta actitud, deseamos situarnos también como Iglesia en el momento actual, siendo también nosotros luz de esperanza en medio de nuestra sociedad, que ha sido duramente golpeada por el coronavirus.

Sabremos que estamos caminando hacia un renovado Pentecostés si como Iglesia, Pueblo de Dios en salida, viviendo en comunión, nos ponemos manos a la obra en la misión evangelizadora desde el primer anuncio, creando una cultura del acompañamiento, fomentando la formación de los fieles laicos y haciéndonos presentes en la vida pública para compartir nuestra esperanza y ofrecer nuestra fe.

Gracias a nuestros hermanos obispos por la confianza depositada en esta Comisión para preparar el Congreso de Laicos y por la difusión y apoyo en cada una de las diócesis y en la participación en el Congreso.

La Iglesia necesita de la guía y orientación de los pastores para seguir animando este proceso de impulso y dinamización del laicado. Gracias al trabajo de las Delegaciones Diocesanas de Apostolado Seglar, a los Movimientos y Asociaciones, a la Acción Católica y a tantos laicos que se esfuerzan cada día por vivir su vocación laical en la Iglesia y en el mundo, en clave de comunión y con la mirada puesta en la misión evangelizadora, en ser una Iglesia en salida.

Que la Virgen María, Reina de los Apóstoles, y el Espíritu Santo, os colme de sus bendiciones para que juntos (pastores, vida consagrada y laicos) hagamos realidad, en la Iglesia y en nuestra sociedad, un renovado Pentecostés.

Presidente y Consiliario de Manos Unidas:

† MONS. CARLOS MANUEL ESCRIBANO SUBÍAS, *Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño*

Subcomisión de Familia y Vida

† MONS. JOSÉ MAZUELOS PÉREZ, *Obispo de Asidonia-Jerez*

† MONS. JUAN ANTONIO REIG PLA, *Obispo de Alcalá de Henares*

† MONS. FRANCISCO GIL HELLÍN, *Arzobispo Emérito de Burgos*

† MONS. ÁNGEL PÉREZ PUEYO, *Obispo de Barbastro-Monzón*

† MONS. SANTOS MONTOYA TORRES, *Obispo Auxiliar de Madrid*

Subcomisión de Infancia y Juventud

† MONS. ARTURO ROS MURGADAS, *Obispo Auxiliar de Valencia*

† MONS. FRANCISCO JESÚS OROZCO MENGÍBAR, *Obispo de Guadix*

Consiliario de Acción Católica

† MONS. ANTONIO GÓMEZ CANTERO, *Obispo de Teruel y Albaracín*

Foro de Laicos

† MONS. SERGI GORDO RODRÍGUEZ, *Obispo Auxiliar de Barcelona*

Consiliario de Cursos de Cristiandad

† MONS. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Obispo de Terrassa*.

*Comisión Episcopal
de Pastoral Social y Promoción Humana*

MENSAJE PARA LA PASCUA DEL ENFERMO

**Pascua del Enfermo, 17 de mayo de 2020
Acompañar en la soledad**

*“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”
(Mt 11,28)*

La Campaña del Enfermo de este año está enmarcada en una pandemia que está siendo fuente de un gran sufrimiento. En un momento tan doloroso como el que estamos viviendo por el COVID-19, esta invitación de Cristo de acudir a él en busca de esperanza, de consuelo y alivio, resuena con más fuerza para que profundicemos en el misterio de su persona y participemos de su Pascua, de su muerte y resurrección. De este modo, podremos acompañar a cuantos sufren por esta pandemia con la esperanza que procede de Cristo resucitado.

1. Estas palabras de Cristo, como recuerda el papa Francisco, en su Mensaje con ocasión de la Jornada del enfermo, nos “indican el camino misterioso de la gracia que se revela a los sencillos y que ofrece alivio a quienes están cansados y fatigados. Estas palabras expresan la solidaridad del Hijo del hombre, Jesucristo, ante una humanidad afligida y que sufre. ¡Cuántas personas padecen en el cuerpo y en el espíritu! Jesús dice a todos que acudan a Él, «venid a mí», y les promete alivio y consuelo”.

2. “El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor (...) El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar” (Papa Francisco, Homilía en la Bendición Urbi et orbi especial, 27/03/2020)

3. Estas palabras suponen un impulso a salir de nosotros mismos para acompañar a tantos como están sufriendo las consecuencias de esta

pandemia. Tanto a los enfermos como a cuantos nos cuidan en estos momentos de especial dificultad. Nos impulsan a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita

4. Hemos de hacer memoria de nuestra esperanza para darla al mundo, especialmente a los que sufren. “Se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (Benedicto XVI, Enc. *Spes salvi*, 1).

5. El Papa Francisco nos hacía caer en la cuenta “que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos” (Homilía en la Bendición *Urbi et orbi* especial, 27/03/2020). En estos días hemos sido testigos de la necesidad que tenemos todos de ser cuidados, de la mutua dependencia, de la necesidad de ser acompañados y consolados. En el camino nos hemos encontrado con muchos “buenos samaritanos”, pero no podemos bajar la guardia pensando que el problema ya está solucionado. Hemos de mantenernos en ese impulso que, de manera sutil y secreta, el Espíritu Santo suscita en tantos corazones. La transmisión del virus, además de la enfermedad y la muerte de tantas personas conocidas y queridas, nos trae también nuevas situaciones de pobreza como consecuencia de la pérdida de muchos puestos de trabajo. Tocaré acompañar otra soledad, no menos dolorosa.

6. Pero la resurrección de Cristo nos permite mirar ese futuro difícil con esperanza. “No tengáis miedo al mundo, ni al futuro, ni a vuestra debilidad. El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su nombre en toda la tierra” (Benedicto XVI, Vigila Cuatro Vientos, JMJ Madrid, 20-VIII-2011).

7. Los sacerdotes, diáconos, personas idóneas, agentes y equipos parroquiales de la pastoral de la salud, contribuís con vuestra misión a que el Señor continúe acogiendo y aliviando a todos los enfermos, cansados y agobiados. Gracias a todos por vuestro generoso servicio y que el Señor Jesús os fortalezca y sea vuestro sustento para seguir el camino.

Con nuestro afecto fraternal y nuestra bendición.

LOS OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA PASTORAL SOCIAL Y PROMOCIÓN HUMANA

*Subcomisión Episcopal
de Acción Caritativa y Social*

**MENSAJE CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LA
FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI, DÍA DE LA CARI-
DAD**

“Sentado a la mesa con ellos (Lc 24, 18)”

En la solemnidad del Corpus Christi, el Señor, compadecido de nuestra enfermedad pandémica, de nuestra desesperanza y soledad, nos invita a encontrarnos con Él en el camino y a sentarnos a comer a su mesa. Espera así que, unidos a Él, nos convirtamos en testigos de la fe, forjadores de esperanza, promotores de fraternidad y constructores de solidaridad en medio de esta situación tan dolorosa que estamos atravesando.

1. En un singular ayuno eucarístico

Hemos vivido semanas sin poder participar física y plenamente de la Eucaristía. Poco a poco vamos volviendo a una cierta normalidad al poder recuperar la participación del Pueblo de Dios en la mesa del Señor. Esta participación será progresiva y estará condicionada por el cumplimiento de las condiciones de aforo y de las normas. Muchos niños no han podido celebrar aún la Primera Comunión y no podrán acompañar a Jesús sacramentado por las calles de nuestros pueblos y ciudades el día del Corpus Christi. Quera el Señor que esta situación de ayuno eucarístico haya acrecentado en nosotros el deseo de la Eucaristía y la necesidad de profundizar en su ser y significado.

2. La tentación del abandono

El Evangelio según san Lucas contiene un pasaje precioso que recoge la experiencia de dos discípulos que habían abandonado la comunidad, se habían sentido engañados y abandonados por Jesús, que no había cumplido sus expectativas. Desanimados y entristecidos, caminaban esa tarde de domingo hacía la aldea de Emaús. Atrás quedaban sus ilusiones y esperanzas, marchitadas por la incomprensible muerte de su

Maestro. De pronto, el sombrío discurrir de sus pensamientos se fue llenando de luz al compartir su historia con un Peregrino que les alcanzó por sorpresa.

Durante aquel encuentro, el Peregrino fue disipando sus dudas y tocando su corazón. Les cautivó de tal manera que ya no les importaba su noche, sino la de aquel buen hombre que quería continuar su camino; “quédate con nosotros”, le dijeron. Sentado a la mesa con ellos, al repetir los gestos de la última cena, mientras pronunciaba la bendición, partía el pan y se los iba dando, lo reconocieron. Al momento desapareció de su vista, pero les quedó clara una cosa: Cristo resucitado les había alcanzado para compartir con ellos sus oscuridades, abrir su corazón al sentido profundo de las Escrituras, compartir la mesa, alimentar su vida espiritual, edificar la comunidad e implantar el Reino. Ahora tocaba volver a Galilea para, juntos, comenzar la misión que el Maestro les había encomendado.

En nuestros días, son muchas las personas que, como los discípulos de Emaús, caminan por la vida con desánimo, sin rumbo, desengañados por malas experiencias. En ocasiones, expulsados de la convivencia social, estos hermanos viven y mueren solos ante la indiferencia de casi todos. Algunos fueron empujados a su Emaús particular por desengaños amorosos, por fracasos personales, por creerse autosuficientes o porque, sencillamente, no encontraron sitio en una sociedad tremendamente competitiva.

Esta situación de muchos hermanos y hermanas nuestros se ha visto agravada por la reciente pandemia que venimos padeciendo desde hace meses. Dios necesita de cada uno de nosotros para hacerse presente a tantos caminantes de Emaús que avanzan sin rumbo y sin ánimo. Algunos, además, no cuentan con lo necesario para llevar una vida digna pues carecen de la acogida social, de un hogar adecuado y del alimento necesario para el sustento diario. Esta pandemia no solo nos está dejando dolorosas muertes, sino que está provocando además una grave crisis económica y social.

Como consecuencia de la crisis, está creciendo el número de personas que sufren física, social, psicológica y espiritualmente. Muchas ya están experimentando la noche oscura de los discípulos de Emaús al pensar que todo está perdido. Sin embargo, en medio de tanto dolor y desánimo, al igual que los discípulos de Emaús, bastantes hermanos están descubriendo la presencia misericordiosa de Dios en aquellos que el Papa Francisco ha llamado “los santos de al lado”: el personal sanitario,

las fuerzas de seguridad, los capellanes de los hospitales, los vecinos... han sido como estrellas de esperanza en el oscuro camino que nos ha tocado recorrer. Hoy, más que nunca, tenemos necesidad de muchas personas que puedan ser “santos de al lado”, de los que Dios se pueda servir para hacerse presente y ofrecer esperanza a quienes caminan perdidos y desesperanzados.

En medio de tanto dolor, no podemos olvidarnos de aquellos hermanos nuestros que han fallecido por la infección del virus. Oramos por ellos para que participen por toda la eternidad de la victoria del Resucitado. Encomendamos también a sus familiares y amigos para que, además de experimentar la cercanía y el calor de los más cercanos, puedan también descubrir en Jesucristo el fundamento de su esperanza y el faro que ilumine su peregrinación por este mundo hasta el reencuentro futuro.

La Iglesia, la familia de los hijos de Dios, imitando a su Maestro, quiere seguir ofreciendo el sustento material a quien lo necesita, el acompañamiento a quienes se sienten solos y el alimento espiritual, que nace de la Palabra y de los Sacramentos, a todos los que tienen hambre de Dios o necesitan encontrarse con Él para descubrir el verdadero sentido de su vida. Esta es la gran obra social que la Iglesia, nacida del mismo Jesucristo, quiere seguir realizando hasta el encuentro definitivo con el Padre.

3. Eucaristía: fuente del amor, de la comunión y del servicio

El día antes de culminar su entrega a Dios y a los hermanos, muriendo en la cruz, Jesús, durante la última cena con sus discípulos, quiso dejar un memorial de su obra de salvación instituyendo la Eucaristía. Durante la celebración, pide a los discípulos que renueven aquel gesto y aquellas palabras en memoria de su vida entregada por amor. Con las palabras “haced esto en memoria mía”, confía a la comunidad cristiana el encargo de reunirse con asiduidad para celebrar este misterio de amor y comunión.

La Eucaristía es, por tanto, para el cristiano, el memorial del amor de Dios hacia cada ser humano, que se manifiesta en la entrega de su Hijo Jesucristo. Al participar con fe en la celebración eucarística nos unimos profundamente a Cristo y recibimos de Él la fuerza y el amor necesarios para vivir nuestra entrega generosa y servicial a los hermanos. En cada Eucaristía, actualizamos sacramentalmente este misterio de amor,

pero un día al año, el día del Corpus Christi, lo hacemos con una especial solemnidad. Por eso, en esta jornada, la Iglesia celebra también el día de la Caridad, puesto que anunciamos y celebramos con profunda fe que de la Eucaristía mana la fuente de todo amor y santidad.

La Iglesia, inundada de alegría, adorna, canta, proclama y adora a Cristo muerto y resucitado en el sacramento de la fe y de la comunión. Él es el origen, camino y meta que puede dar sentido a toda existencia humana y que muestra la vocación a la que es llamado todo cristiano. Jesús nos da realmente su Cuerpo y su Sangre, verdadero maná, que alimenta nuestra vida y la llena de sentido nuestra peregrinación por este mundo hacia la patria celestial. Al recibir al Señor, recibimos el don de la comunión para vencer el virus de la división y el don del amor para hacer frente a la pandemia de la indiferencia.

Además de alabar y dar gracias a Dios por haberse quedado con nosotros hasta el fin de los tiempos, hemos de acoger con gozo su invitación a colaborar con Él en el anuncio del Reino, en la atención a los hermanos y en la transformación del mundo. En la Eucaristía experimentamos la alegría de vivir y recibimos el alimento necesario para reparar nuestras fuerzas desgastadas en el servicio a los hermanos.

Este trabajo de transformación del mundo no podemos llevarlo a cabo solos. Necesitamos de todos y particularmente de nuestras autoridades políticas, civiles, económicas y religiosas. Necesitamos personas con mucha paciencia, con la mirada puesta en los más frágiles de nuestra sociedad, y con una firme voluntad de llegar a acuerdos y de aplicarlos.

Que exista esa voluntad, es hoy lo más importante. Pedimos a todos los ciudadanos que ayuden a hacer posible un diálogo constructivo y eficaz. Oramos para que los muros sean superados, para que los egos, los intereses particulares y las ideologías sean dejadas a un lado. Oremos para que cuando los interlocutores se encuentren juntos en la misma sala, se miren a los ojos y perciban nuestro clamor y ánimo: «adelante, ustedes pueden...». Esperamos que de estos encuentros emerja también la complicidad y que el gesto de afecto facilite el acercamiento de posturas. Oramos para que el virus de la división, el *diabolo*, que estará siempre al acecho, no consiga romper el buen hacer de todos los interlocutores pues está en juego la construcción del bien común en esta querida casa de todos, que es nuestra sociedad.

4. Comunidad misionera al servicio de los pobres

Desde la comunión con quienes sufren a causa de la enfermedad o de la muerte de sus seres queridos, y desde la cercanía a tantas personas que carecen de lo necesario para vivir dignamente, el Señor nos invita a dejarnos alcanzar por Él, a compartir su mesa, a ser sus discípulos y, llegado el momento, nos anima a salir en misión. No podemos quedarnos bloqueados por el dolor. El Señor nos llama constantemente a ser discípulos misioneros, a salir a los caminos y encrucijadas de la historia para convocar a todos, especialmente a los desesperanzados, a los pobres y excluidos, a los que experimentan la violencia y la persecución, y a los que habitan en las diferentes periferias de nuestro mundo.

En cada Eucaristía el Señor nos invita a ser como el peregrino del Evangelio que sale al encuentro de tantos hermanos y hermanas que, como los discípulos de Emaús, deambulan por la vida, marcados por la oscuridad del sinsentido, de la falta de un hogar, de la soledad e incluso de las ganas de vivir. Al comulgar con el Cuerpo de Cristo, somos enviados por Él con la energía y la luz necesarias para salir al mundo, para partirmos por los heridos de la vida, para forjar las comunidades que puedan recibirlos con hospitalidad evangélica.

Quienes se preguntan dónde está la Iglesia en estos momentos, pueden dirigir su pregunta a los pobres, a los enfermos, a los discapacitados, a los que están solos, a los ancianos abandonados, a los que buscan sentido en medio de la oscuridad, a los que han perdido un familiar querido, a tantos que buscan a alguien que les escuche... Ellos han encontrado el rostro de la Iglesia en la acogida de los miembros de Caritas y de tantas otras entidades de Iglesia, en los hospitales, los comedores, los centros de acogida y las residencias de ancianos de parroquias y de diversas instituciones eclesiales. Ellos la han encontrado en tantos hombres y mujeres creyentes, que también son la Iglesia, y que se gastan y desgastan por edificar un mundo más justo, más fraterno, más humano y más abierto a Dios. La han encontrado en tantos médicos, enfermeros, auxiliares, transportistas, farmacéuticos, policías, militares, muchos de ellos católicos, que son también la Iglesia. La Iglesia, con la ayuda del Señor, seguirá realizando este servicio diariamente, con humildad, sin pretender ocupar las primeras páginas de los periódicos.

Hoy, día del *Corpus Christi* y de la Caridad, la Iglesia que peregrina en España da gracias a Dios por los miles de católicos que, unidos al Señor, iluminados por su Palabra, alimentados del Cuerpo de Cristo, viven ofreciendo sus vidas y sus recursos a los más necesitados. Damos

gracias a los agentes de pastoral, a los voluntarios de Caritas y de tantísimas otras instituciones de la Iglesia. Esta familia que es la Iglesia invita a orar con intensidad por todos ellos, para que el Señor les regale fortaleza de espíritu y lucidez para afrontar la nueva realidad de necesidad y pobreza que está emergiendo. Y, al mismo tiempo que recibe el don del *Corpus Christi*, invoca la especial intercesión de María para que nos libre de la pandemia provocada por el coronavirus y de tantas otras pandemias que a veces nos quedan lejanas pero que provocan sufrimiento a muchos hermanos y hermanas de aquí y del mundo entero. Que Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, nos ayude a poner siempre nuestro corazón en los bienes del cielo y oriente nuestra mirada hacia sus hijos más necesitados.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

PRESENTACIÓN DE LA JORNADA PRO ORANTIBUS

En el calendario litúrgico de este año –afectados por la crisis del «coronavirus» y sus dramáticas consecuencias– celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad el próximo domingo 7 de junio. Es la festividad escogida para la Jornada Pro orantibus. En ella oramos por quienes oran continuamente por nosotros: las personas consagradas contemplativas. Con este motivo, agradecemos a Dios esta forma de consagración que necesita la Iglesia. Igualmente, reiteramos nuestra estima y nuestro compromiso para conocer mejor la vocación contemplativa que nos acompaña y a la que queremos acompañar en el corazón de la Iglesia y de cada persona bautizada.

«Con María en el corazón de la Iglesia» es el lema de 2020. La Virgen María y la Iglesia constituyen el marco para la vida consagrada en España este año. Por ello, en la Jornada de la Vida Consagrada del pasado 2 de febrero la consigna fue «La vida consagrada con María, esperanza de un mundo sufriente». Entonces contemplábamos a María como modelo de esperanza para todos los consagrados que tratan de ser cercanos a tantas realidades de nuestro mundo marcadas por el dolor; ahora, María se nos ofrece como signo para la vida consagrada contemplativa, que está llamada, como ella, a habitar el corazón del cuerpo místico de

Cristo, de la Iglesia que, con amor materno, acompaña a sus hijos e hijas en todo momento, pero sobre todo en la desgracia.

Para celebrar esta jornada en la clave cordial y eclesial que el lema escogido nos propone, podemos releer aquella página celeberrima del diario de santa Teresa del Niño Jesús, en la cual la joven –de espíritu a la vez misionero y contemplativo– describe cómo encontró su propia vocación dentro de los múltiples carismas con que Dios adorna a su pueblo:

Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que san Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón y que este corazón está ardiendo en amor. Entendí que solo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: «Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado». En estas líneas, vibrantes y hermosas, encontramos un espejo lúcido y hondo para todos los consagrados contemplativos y, en cierto modo, para todos los que celebramos y gozamos con ellos los frutos de esta vocación particular en el seno de la Iglesia. La vida contemplativa –como María en medio de la comunidad discipular, como el corazón en el centro del cuerpo humano– permanece «escondida» de todo y de todos, pero presente en todo y en todos. No constituye un miembro entre otros, sino que representa aquello que vivifica y sostiene a todos los miembros: el amor. María es memoria primerísima del amor de Dios en Jesús; la vida contemplativa es memoria singularísima del amor de Jesús en la Iglesia. Por eso, el lugar de la vida consagrada contemplativa coincide con el lugar de María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia: cada una a su modo, ambas constituyen el corazón del cuerpo místico de Cristo, ese hondón en el que se

recoge y se expande la sangre que vivifica a todos los hombres con la fuerza del amor divino.

Por tanto, al recordar y agradecer de manos de María la historia de tantos hombres y mujeres consagrados a la vida de contemplación, que es al mismo tiempo una vida oculta y fecunda para el mundo y nos muestra la luz de Dios, sobre todo cuando la oscuridad se cierne sobre la humanidad, recordamos y agradecemos que:

1. La vida consagrada contemplativa, con María, custodia fervorosamente la realidad central de la fe, que es el amor de Cristo. Con María en la cueva de Belén, las personas consagradas contemplativas mantienen viva la confianza en ese Dios que, por puro amor nuestro –en el silencio y el frío de la noche, en el rincón más pobre de este mundo–, se encarna para salvación de todos.

2. La vida consagrada contemplativa, con María, alienta sin descanso la gran esperanza de la Iglesia, que es la misericordia del Padre. Con María al pie de la cruz, las personas consagradas contemplativas despiertan a su alrededor la paciencia y la perseverancia de quien se sabe acogido por las entrañas compasivas de Dios Padre en toda circunstancia, aun en medio de grandes sufrimientos, como los presentes.

3. La vida consagrada contemplativa, con María, irradia al mundo la alegría de vivir según el Evangelio, según la gracia del Espíritu. Con María en las bodas de Caná, las personas consagradas contemplativas contagian ese gozo que solo conoce quien ha probado el vino mejor del Espíritu Santo, ese vino que es Buena Noticia para quien lo saborea sin prisa, convirtiendo cada día, por sencillo y cotidiano que parezca, en un anticipo precioso del gran banquete del Reino.

De este modo –y de tantos otros– los consagrados contemplativos son, en el corazón de la Iglesia, el amor. El infinito amor de Dios que María conservó en su corazón para la vida del mundo. Amor que hoy acrecienta la esperanza. A ella, nuestra Madre, le pedimos, en esta *Jornada Pro orantibus*, que los guarde, como ellos guardan la Palabra de Dios para cuantos se acercan a beber de la eterna Fuente que –aunque es de noche– mana y corre.

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

Presidente:

† MONS. D. LUIS ÁNGEL DE LAS HERAS BERZAL, CMF,
obispo de Mondoñedo-Ferrol

Miembros:

† MONS. D. VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA,
arzobispo de Zaragoza

† MONS. D. JOSÉ VILAPLANA BLASCO,
obispo de Huelva

† MONS. D. JOAQUÍN M.^a LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO,
obispo emérito de Getafe

† MONS. D. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA, OAR,
obispo de Tarazona

† MONS. D. MANUEL HERRERO FERNÁNDEZ, OSA,
obispo de Palencia

Noticias / Prensa

LA IGLESIA ESPAÑOLA INVITA A REZAR POR LAS VOCACIONES DESDE EL CONFINAMIENTO

30 de abril de 2020

El próximo **domingo 3 de mayo** es el IV domingo de Pascua, domingo del Buen Pastor. Un año más, tiene lugar la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones –en su 57ª edición–, que en España se celebra junto a la **Jornada de Vocaciones Nativas**. Aunque en este año no sea posible celebrarlo en las parroquias de forma pública, los cristianos vuelven a estar llamados a rezar por todas las vocaciones de especial consagración en el mundo, para que el Señor siga llamando, y los jóvenes puedan decir sí a la llamada.

En estos días estamos viendo el gran papel que los sacerdotes, religiosos y consagrados están haciendo en esta situación extraordinaria de pandemia. La importancia de su presencia se ha visto subrayada en tantos testimonios de entrega y acompañamiento en nuestro país y en el mundo entero. Por ello, se ve la necesidad de rezar para que muchos jóvenes puedan seguir su ejemplo, y escuchar la voz de Dios.

La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, y la Jornada de Vocaciones Nativas es convocada de forma conjunta por cuatro grandes instituciones eclesiales, que representan la diversidad y riqueza de las vocaciones de especial consagración: la Conferencia Episcopal Española

(CEE), la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), la Conferencia Española de Institutos Seculares (CEDIS) y Obras Misionales Pontificias (OMP). El lema de este año es “Jesús vive y te quiere vivo”.

Diversidad de vocaciones

Todos los cristianos están llamados a seguir a Cristo, pero hay algunas personas que son llamados a seguirle de una forma particular, a través de una consagración. Dentro de estas vocaciones, hay una gran diversidad: sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa; y consagrados y consagradas de institutos seculares. Este domingo, la Iglesia invita a rezar por ellos, y por tantos jóvenes que están sintiendo la llamada vocacional en cualquiera de estas formas.

La jornada invita también a levantar la vista, y rezar por tantos jóvenes que están siendo llamados por Dios a seguirle en los territorios de misión. Son las llamadas Vocaciones Nativas. Este domingo, la Iglesia invita a rezar por ellos, para que asuman el relevo de los misioneros, y mantengan viva la llama del Evangelio en sus países y culturas. Y además, se pide la colaboración económica, para que ninguna de esas vocaciones se pierda por falta de medios, y poder ayudar a uno de cada tres seminaristas del mundo.

Iniciativas previstas

Para poder celebrar esta Jornada, **CEE, CONFER, CEDIS y OMP** proponen, como cada año, materiales comunes (recogidos en la web de la CEE y en la de OMP). Por otro lado, han lanzado varias iniciativas conjuntas. El miércoles 29, a las 12:00, se presentará a través de Youtube, la canción oficial de la Jornada, “Jesús vive y me quiere vivo”. Compuesta e interpretada por Chito Morales –perteneciente al grupo musical “Brottes de Olivo”–, es una invitación a seguir a Cristo para dar luz a los demás.

Además, en el canal de Youtube que se ha abierto para esta Jornada ‘Jesús vive y te quiere vivo’, se han publicado 9 entrevistas hechas en estos días, que recogen testimonios de personas que han sentido la llamada vocacional de especial consagración, en sus múltiples formas.

La Misa de *La 2 de TVE* se retransmitirá desde la Conferencia Episcopal, como viene siendo habitual en este tiempo de pandemia, y será presidida por Mons. Jesús Vidal Chamorro, Obispo Auxiliar de Madrid y Presidente del Subcomisión de Seminarios de la CEE. En ella se rezará

especialmente por las vocaciones de especial consagración en España y en los países de misión.

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN, AYUNO Y OBRAS DE MISERICORDIA POR LA HUMANIDAD

13 de mayo de 2020

El próximo **14 de mayo** se celebra la **Jornada Mundial de Oración, ayuno y obras de misericordia por la humanidad**. Una invitación a las comunidades religiosas judías, cristianas y musulmanas y a cuantos creen en Dios para rezar por el fin de la crisis sanitaria.

La situación de crisis mundial desencadenada por la pandemia del coronavirus, que azota a la humanidad y pone en peligro la vida de millones de personas, evidencia la fragilidad de la vida humana. Al mismo tiempo nos invita a unirnos en una lucha común contra los efectos devastadores de esta enfermedad.

Queremos expresar nuestra fraterna cercanía al sufrimiento de los enfermos, y encomendamos a Dios Misericordioso a las personas fallecidas, al tiempo que manifestamos a los familiares de quienes han perdido seres queridos nuestra cercanía. Igualmente queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a todo el personal sanitario y a la comunidad científica por su trabajo, con auténtico espíritu de servicio y entrega por el bien de la humanidad.

Con este doloroso motivo pero llenos de esperanza en la misericordia del Señor, invitamos a que el próximo día jueves 14 de mayo las comunidades religiosas judías, cristianas y musulmanas y cuantos creen en Dios, Creador y Protector de la Vida, eleven súplicas y oraciones para que ponga fin a esta pandemia, nos consuele en la aflicción y ayude a cuantos trabajan en la investigación científica al servicio de la salud a encontrar el tratamiento adecuado para vencer la enfermedad y vernos libres de las consecuencias sanitarias, económicas y humanitarias de este grave contagio.

Será esta una jornada de oración, ayuno y obras de misericordia, en la que las comunidades creyentes y cuantas personas de buena voluntad se asocien a ella supliquen a Dios a una sola voz para que ayude a la humanidad a salir de esta situación de dolor y sufrimiento, y nos afiance en la fe de que su misericordia y amor por nosotros no tienen fin.

Las tres grandes religiones monoteístas se encuentran en un tiempo de gracia y oración por la celebración en estos días de sus grandes fiestas anuales: la Pascua judía, que para el pueblo hebreo conmemora la liberación de la esclavitud de Egipto; la Pascua cristiana, que para los discípulos de Jesús celebra el misterio la muerte y resurrección de Cristo; y el mes de Ramadán, que para los musulmanes festeja la primera revelación de Dios al profeta Muhammad. Tiempo propicio para la oración y el cambio, para volvernos al rostro de nuestro prójimo y elevar a Dios el corazón orante por la salvación del mundo.

Con el deseo de que todos los creyentes se unan a esta jornada de oración, imploramos a Dios Todopoderoso, Siempre Justo y Misericordioso su bendición para la humanidad que sostiene en sus manos providentes.

ISAAC BENZAQUÉN PINTO

Presidente de la Federación de Comunidades Judías de España

ADOLFO GONZÁLEZ MONTES

Obispo de Almería

*Presidente de la Subcomisión Episcopal
para las Relaciones con las Confesiones*

MOHAMED AJANA EL QUAFI

Secretario de la Comisión Islámica de España.

En Madrid, a 11 de mayo de 2020

PRESENTACIÓN DE LA PARTE ECONÓMICA DE LA MEMORIA DE ACTIVIDADES DE LA IGLESIA 2018

18 de mayo de 2020

Esta mañana la CEE presenta los datos definitivos de **la parte económica de la Memoria de Actividades de la Iglesia 2018** que tienen su origen en la **Declaración de la Renta de 2019**, que refleja la actividad económica desarrollada en 2018, y la situación de la economía del conjunto de las diócesis españolas en 2018.

Datos definitivos de la declaración de la renta

La Secretaría de Estado de Hacienda comunicó a la Iglesia el resultado definitivo del IRPF 2018 (campana 2019) el pasado 6 de mayo. La cantidad asignada por los contribuyentes fue finalmente de 285.225.797. Un 6,37% más que año anterior y 686.000 € más que la liquidación provisional, de la que se dio cuenta el pasado mes de febrero.

El **número de declaraciones a favor de la Iglesia ha sido de 7.192.002**. Teniendo en cuenta las declaraciones conjuntas, más de 8,5 millones de contribuyentes destinan a la Iglesia el 0,7% de sus impuestos. Por otra parte, el 65,5% de quienes marcan la casilla de la Iglesia marcan también la casilla de otros fines de interés social.

Presentación de la parte económica de la Memoria

La Iglesia presenta esta parte económica de su actividad en un ejercicio de transparencia y responsabilidad, en cumplimiento de lo previsto en los Acuerdos. Pero sobre todo por responsabilidad y gratitud a todos los que con su colaboración permiten que la Iglesia siga cumpliendo su labor.

De la cantidad obtenida en la declaración de la renta, la Iglesia recibió en 2018, 256, 54 millones de euros y empleó a lo largo de ese año, conforme a lo presupuestado, 252,78 millones de euros. De esa cantidad, la parte más importante, sirvió para el sostenimiento de las diócesis:

- 202,09 millones se entregaron a las diócesis,
 - 18,39 millones se emplearon en pagar la Seguridad Social del Clero
 - 2,32 millones de € se destinó al sueldo de los obispos.
- La Conferencia Episcopal Española dispuso de 29,98 millones de € que fueron distribuidos del siguiente modo:
- Aportación extraordinaria a Cáritas diocesana: 6,24 millones de €
 - Centros de formación (Fac. Eclesiásticas, Upsa, etc.): 5,21 millones de €
 - Campañas de comunicación y transparencia: 5,13 millones de €
 - Ayudas a proyectos de rehabilitación y construcción de templos: 3,95 millones
 - Actividades pastorales nacionales: 3,54 millones de €
 - Funcionamiento Conf. Episcopal Española: 2,62 millones de €
 - Actividades pastorales en el extranjero: 1,28 millones de €

- Conferencia de Religiosos (CONFER): 1,07 millones de €
- Instituciones de la Santa Sede: 0,50 millones de €
- Fondo para Monasterios: 0,22 millones de €
- Ordinariato Iglesias orientales 0,17 millones de €

El remanente de ese ejercicio, 3,76 millones de €, se empleó en fondos propios en TRECE.

La economía diocesana

El dinero de la Asignación Tributaria que se envía para el sostenimiento de las diócesis no tiene una finalidad específica, se integra en el presupuesto global de cada diócesis. Cada diócesis lo incorpora a sus fondos propios y lo distribuye según sus necesidades con los criterios que cada diócesis dispone, pues su organización es diferente y autónoma.

Las diócesis contaron, en 2018, con 974,31 millones de € de ingresos que tuvieron los siguientes orígenes:

- Aportaciones directas de los fieles: 326,01
- Asignación tributaria: 224,88
- Ingresos de patrimonio y otras actividades económicas: 106,17
- Otros ingresos corrientes: 264,19
- Ingresos extraordinarios: 53,03

De los recursos disponibles, las diócesis emplearon 954 millones de euros del siguiente modo:

- Acciones pastorales y asistenciales 220,78
- Retribución del Clero 182,68
- Retribución del personal seglar 165,46
- Aportaciones a los centros de formación 24,31
- Conservación de edificios y gastos de funcionamiento 271,78
- Gastos extraordinarios 88,98

LA IGLESIA ESPAÑOLA Y LAUDATO SI'

20 de mayo de 2020

El Departamento de Ecología integral de la Conferencia Episcopal Española participa junto con otras instituciones eclesiales en la Semana Laudato si'.

La Semana Laudato si', es una celebración de una semana en honor de la encíclica del Papa Francisco sobre la ecología y el cambio climático, que **tendrá lugar del 16 al 24 de este mes**, de forma virtual. El Papa Francisco ha animado a los fieles a participar en la Semana Laudato si' a través de un mensaje de video, así como el **Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral del Vaticano** (LaudatoSiWeek.org/es).

Entre las acciones a las que invita el Departamento de Ecología Integral de la CEE destacan, en la Semana del 16 al 24 de mayo, cursos de capacitación interactivos y talleres en línea

(<https://laudatosiweek.org/es/activities-es/>) así como la participación **el domingo 24 de mayo, dedicando un día mundial de oración al mediodía.**

EL 63% DE LOS ALUMNOS ELIGEN RELIGIÓN CATÓLICA

24 de mayo de 2020

La Comisión Episcopal de Educación y Cultura ofrece los datos estadísticos sobre los alumnos que eligen la opción de la “Enseñanza religiosa católica” en este curso 2019-2020. Estos datos han sido elaborados teniendo en cuenta la colaboración de 68 diócesis, que han recogido información sobre **12.979 centros escolares.**

Sumando todos los alumnos de las cuatro etapas en centros escolares estatales, privados y concertados se constata que **3.337.917 alumnos asisten a la clase de Religión** en España, lo que significa el **63% del alumnado.** Comparadas con la del curso pasado se percibe un ligero repunte.

Para valorar la relevancia de estos datos, conviene tener en cuenta las dificultades que se ponen a esta enseñanza en no pocos centros estatales, aún cuando, según la Constitución Española, la enseñanza religiosa escolar forma parte del derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones religiosas. Derecho que el Gobierno debería favorecer y respetar, en vez de intentar dificultar su ejercicio.

Los obispos de la Comisión de Educación y Cultura invitan a los padres a defender este derecho, esencial para la educación de sus hijos; al tiempo que agradecen y animan a los profesores de religión a continuar realizando esta labor educativa.

Padres y profesores colaboran así de manera decisiva en una educación en libertad de niños y jóvenes, y en la construcción de una sociedad más humana y más democrática. Para ello es fundamental introducir a las nuevas generaciones al uso de la razón también sobre el significado de la realidad y de la propia existencia.

JORNADA “ENJUGAR LAS LÁGRIMAS”

29 de mayo de 2020

El **Departamento de Pastoral de la Carretera** de la Conferencia Episcopal Española (dentro de la Comisión Episcopal de Migraciones y Movilidad humana) ha organizado un año más, la jornada **“Enjugar las lágrimas”**, una jornada de oración y acompañamiento por los que han sufrido un accidente de tráfico o perdido a un ser querido.

Desde 2019, esta jornada se celebra el 31 de mayo, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora a Santa Isabel y que este año 2020 cae en el domingo de **Pentecostés**, cuya liturgia prevalece.

Los obispos de este departamento, destacan este hecho como “providencial”. “Necesitamos al Espíritu Consolador con sus siete dones, para poder encauzar todo este mar de dolor que tenemos encima, con su fuerza, y afianzar en nosotros Esperanza de que nuestros hermanos resucitarán”, destacan en su mensaje.

LA IGLESIA AUMENTA SU SERVICIO A LA SOCIEDAD CON MILLONES DE PERSONAS BENEFICIADAS

5 de junio de 2020

La Conferencia Episcopal Española (CEE) presenta a los medios el 5 de junio de 2020 la Memoria anual de actividades de la Iglesia católica en España de 2018. La actividad económica de ese año se declaró en 2019, y el resultado de la Asignación Tributaria se conoció definitivamente y se presentó hace tres semanas. Hoy se presenta la actividad de toda la Iglesia en España en sus diversos ámbitos y desde las diversas realidades que forman parte de ella: diócesis, instituciones de la vida con-

sagrada y el resto de entidades religiosas (asociaciones, fundaciones, cofradías, hermandades, etc.).

En la rueda de prensa ha intervenido el secretario general de la CEE, Mons. **Luis Argüello**, y la directora de la Oficina de Transparencia, **Ester Martín**, responsable del equipo que elabora cada año esta Memoria de Actividades de la Iglesia.

Al finalizar la presentación de los datos, han intervenido en la rueda de prensa tres personas que han dado su testimonio sobre la labor de la Iglesia. **Ful Espá**, párroco de la parroquia de Santa María de Nazareth, en el ensanche de Vallecas, en Madrid. En esta parroquia, cuyo templo principal está en construcción, participan en las actividades de formación mil personas, que asisten semanalmente a charlas de formación, clases o catequesis. En los últimos meses, en los barracones dispuestos para la catequesis, han habilitado un local para ofrecer ayuda a las personas del barrio. También han desarrollado un sistema de ayudas económicas a través de microcréditos.

Nuria Antón, jefa de estudios del Colegio San Ignacio de Loyola de Torrelodones, en Madrid, ha ofrecido el testimonio de la actividad de este colegio, que sufrió también la muerte de su director por el coronavirus. La atención a los alumnos, se ha extendido también en este tiempo a sus padres y a las familias.

El tercer testimonio ha venido desde el Hogar Santa Bárbara de Cáritas Madrid. **Eva Contreras**, una de las trabajadoras de Cáritas Madrid, y **Fátima Zahar Taleb**, han dado el testimonio de este hogar que acoge a mujeres gestantes en situación de especial vulnerabilidad. Las acoge durante el embarazo, y los primeros meses después de dar a luz, procurando su inserción en la vida laboral y social.

De los datos presentados en la Memoria se desprende que la Iglesia en España está formada por:

- 70 diócesis con 22.997 parroquias, atendidas por 17.337 sacerdotes y 436 diáconos permanentes
- 409 institutos religiosos distribuidos en 4.785 comunidades formadas por 38.688 religiosos.
- 783 monasterios con 9.151 monjas y monjes de clausura.
- 13.149 entidades religiosas y asociaciones de fieles que promueven múltiples iniciativas.
- 86 asociaciones y movimientos de laicos de ámbito nacional con 412.173 miembros.

El cuidado de la comunidad cristiana y el anuncio del Evangelio

La primera misión de la Iglesia es el cuidado de la comunidad cristiana y el anuncio del Evangelio. A través de esta actividad pastoral se acompaña a los fieles en su vida de fe por medio de la celebración de la Iglesia y la proclamación del Evangelio a los cristianos y a los que todavía no pertenecen a la Iglesia. Esta labor es especialmente valiosa en el ámbito rural, al que pertenecen la mitad de las parroquias que hay en España (11.489). En esta actividad, las cifras más significativas que aporta la Memoria de Actividades son:

- Celebraciones de los sacramentos
 - 193.394 bautizos
 - 222.345 celebraciones de la primera comunión
 - 129.171 confirmaciones
 - 41.975 matrimonios
 - 25.663 unciones de enfermos
 - 8,33 millones de personas van a Misa regularmente. La eucaristía se celebra 9,5 millones de veces en un año.
- La preparación de los sacramentos en catequesis, convivencias, retiros y las celebraciones de los mismos supusieron 45,2 millones de horas que dedicaron a la actividad pastoral laicos, religiosos y sacerdotes.
- 10.939 misioneros anuncian el Evangelio en los cinco continentes. Hay también 548 familias en misión.

Especialmente significativo es el acompañamiento y cercanía con las personas que sufren. Esto se hace visible especialmente en dos áreas: la pastoral de la salud y la pastoral penitenciaria:

- Pastoral de la salud: 20.288 voluntarios en 2.759 parroquias acompañan a 176.276 enfermos.
- Pastoral penitenciaria: 2.755 voluntarios de pastoral penitenciaria que desarrollan 916 programas con los reclusos atendieron a más de 21.000 personas.

El trabajo de la formación integral de personas

La formación integral de las personas en todas las dimensiones humanas y en todas las edades es también una actividad fundamental de la Iglesia católica en España. La convicción de que Jesús es un ejemplo valioso para la vida de todos impulsa la actividad educativa de la Iglesia.

Esa formación, también de la dimensión espiritual del ser humano, se realiza en centros académicos de calidad, cada vez más valorados por los padres, que repercuten en la calidad de vida de toda la sociedad y cumplen una función social.

- 2.586 centros católicos dan clase a 1,52 millones de alumnos.

En estos centros trabajan 130.448 personas, de los que 106.005 son docentes.

- Los 2.455 centros católicos que están concertados ahorran al estado 3.531 millones de euros.

Hay 429 centros de educación especial con 11.710 alumnos.

La asignatura de religión expresa el derecho de los padres para elegir el tipo de formación que se da a sus hijos. Es de oferta obligatoria para los centros pero de libre elección para los alumnos, que mayoritariamente eligen religión católica.

- 3.303.193 alumnos están inscritos en la clase de religión.
- 34.868 profesores imparten esta asignatura.

En el ámbito universitario 15 universidades vinculadas con la Iglesia dan clases a 115.050 alumnos en grados y postgrados.

La responsabilidad de un patrimonio material e inmaterial

La presencia secular de la Iglesia en España se hace visible en numerosos bienes muebles e inmuebles que suponen una riqueza cultural para toda la sociedad y que tiene también una gran repercusión económica. Además, las tradiciones religiosas configuran la mayor parte de las fiestas populares en España y suponen también un beneficio cultural.

- 3.096 bienes inmuebles de interés cultural están al cuidado de la Iglesia.
- 616 santuarios en España
- 409 celebraciones y fiestas religiosas en España
- 42 fiestas religiosas de interés turístico internacional y 92 de interés turístico nacional
- El Camino de Santiago fue recorrido por 327.378 peregrinos
- 4.244 cofradías inscritas acogen a 1.045.346 cofrades
- Se han realizado 404 proyectos de conservación, restauración y construcción de templos con una inversión de 53,32 millones de €.

El compromiso con los demás, especialmente con los más necesitados

El conocimiento y la experiencia que los cristianos tiene de Jesucristo impulsa la acción caritativa y asistencial de la Iglesia. La Iglesia se acerca a los más necesitados a través de miles de personas que voluntariamente entregan parte de su tiempo a los más pobres. A través de ellos, muchas personas conocen el verdadero rostro de la Iglesia. En España la Iglesia cuenta con 9.119 centros sociales y asistenciales de la Iglesia en el que fueron atendidas 4.095.346 personas durante 2018.

- 973 centros socio sanitarios (hospitales, ambulatorios y casas para ancianos, enfermos o personas con discapacidad) que atendieron a 1.291.019 personas.
- 8.146 centros socio asistenciales (Centros para mitigar la pobreza, para menores, para promover el trabajo, asistencia a emigrantes, promoción de la mujer, etc.) que atendieron a 2.804.327 personas.
 - los menores y jóvenes en riesgos de exclusión (421 centros y 64.490 atendidos)
 - las personas en búsqueda de trabajo (369 centros y 141.316 beneficiarios)
 - los emigrantes y refugiados (131 centros y 134.406 asistidos)
 - las mujeres maltratadas y en riesgo de exclusión (105 centros y 23.279 beneficiarias)
 - los que han caído víctimas de la droga y de las nuevas adicciones (99 centros y 50.297 asistidos)
 - las víctimas de la pobreza (6.369 centros con 2.127.487 beneficiarios)
- Son muchas las instituciones, ong's vinculadas con la Iglesia, etc. que desarrollan estas labores en todos esos campos. Dos especialmente significativas son Cáritas y Manos Unidas.
- Cáritas, con 84.551 voluntarios y 5.671 trabajadores ofrece 5.739 centros y servicios que beneficio a 2,68 millones de personas.
- Manos Unidas, con 5.347 voluntarios afrontaron 564 nuevos proyectos en los que beneficiaron a 1,42 millones de personas.

Memoria auditada y compromiso de transparencia

La presentación de esta Memoria de Actividades de la Iglesia 2018 es parte del compromiso con la transparencia de la Iglesia en España. La

Oficina de Transparencia tiene en vigor su acuerdo de colaboración con la ONG Transparencia Internacional España.

Los datos presentados en esta Memoria tienen, además, la garantía de PwC, auditora internacional que confirma que ha sido preparada de manera adecuada y fiable en todos sus aspectos significativos.

Agradecimiento

La Iglesia agradece a todas las personas que sostienen con su tiempo, con su oración, con su trabajo o con su aportación voluntaria con el donativo o la X en la Declaración de la Renta a favor de la Iglesia, cada uno de los datos de esta memoria. Gracias a ellos, millones de personas se benefician de la presencia de la Iglesia en nuestro país. El trabajo que se presenta en esta Memoria desea ser también una muestra de agradecimiento a todas esas personas.

EL PAPA NOMBRA A MONS. JESÚS FERNÁNDEZ OBISPO DE ASTORGA

8 de junio de 2020

La Santa Sede ha hecho público a las 12.00 h. de hoy, lunes 8 de junio, que el papa **Francisco** ha nombrado a Mons. Jesús Fernández González obispo de Astorga. Así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE). Mons. **Fernández González** es en la actualidad obispo auxiliar de Santiago de Compostela.

La sede de Astorga estaba vacante tras el fallecimiento de Mons. **Juan Antonio Menéndez Fernández** el 15 de mayo de 2019. Ha estado al frente de la diócesis, como administrador diocesano, el sacerdote **José Luis Castro Pérez**.

Mons. Jesús Fernández, obispo auxiliar de Santiago de Compostela desde 2014

Mons. **Jesús Fernández González** nació en Selga de Ordás (León) el 15 de septiembre de 1955. Cursó estudios en el seminario menor y mayor de León. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1980. Posteriormente obtuvo la Licenciatura en Filosofía por la Universidad Ponti-

ficia de Salamanca (1990-1992), donde ha realizado así mismo los cursos de Doctorado en esta materia.

Su ministerio sacerdotal lo desarrolló en la diócesis de León. Fue párroco de Senra de Omaña (1980-1982); y después en Villaquilambre, formador y profesor en el seminario menor San Isidoro (1982-1987) y rector de este seminario (1987-1990). Tras cursar estudios en Salamanca, regresó al seminario menor como profesor, formador y director espiritual (1992-1997). También fue párroco de Cuadros y formador en el seminario mayor San Froilán (1997-2003), Vicario episcopal de Pastoral y del Clero (2003-2010) y Vicario General y del Clero (2010-2013). Profesor del Centro Superior de Estudios Teológicos (1992-2013) y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas (2001-2013). Además, fue director del periódico diocesano “Iglesia en León” y capellán, durante quince años, del equipo de fútbol Cultural y Deportiva Leonesa S.A.D. Formó parte del Equipo de Asesores de Vicarios Generales y de Pastoral de la Comisión Episcopal de Pastoral de la CEE.

El 10 de diciembre de 2013 fue nombrado por el papa **Francisco** obispo auxiliar de Santiago de Compostela. Recibió la consagración el sábado 8 de febrero de 2014.

En la Conferencia Episcopal Española es presidente de la Subcomisión Episcopal de Acción Caritativa y Social desde marzo de 2020. Ha sido miembro de las Comisiones Episcopales de Pastoral Social (2014-2020) y de Pastoral (2014-2017).

CONVERSACIÓN TELEFÓNICA ENTRE S.M. EL REY Y EL CARDENAL OMELLA

11 de junio de 2020

En la mañana de hoy, su Majestad el Rey de España, Felipe VI, ha llamado al presidente de la Conferencia Episcopal Española, el arzobispo de Barcelona cardenal Juan José Omella.

En el transcurso de la conversación Felipe VI le ha transmitido la condolencia por los sacerdotes fallecidos durante esta pandemia al tiempo que se ha interesado por la salud de los obispos y sacerdotes contagiados y por la situación eclesial durante esta difícil situación. Además, ha agradecido el servicio que la Iglesia presta a la sociedad española en

el momento presente y que se hace visible en la memoria de actividades de la Iglesia.

MONS. SANTIAGO GÓMEZ, NUEVO OBISPO DE HUELVA

15 de junio de 2020

La Santa Sede ha hecho público a las **12.00 h. de hoy**, lunes 15 de junio, que el papa **Francisco** ha aceptado la renuncia presentada por el obispo de Huelva, Mons. **José Vilaplana Blasco**, y ha nombrado nuevo obispo de esta sede a Mons. **Santiago Gómez Sierra**, en la actualidad obispo auxiliar de Sevilla.

Mons. José Vilaplana continuará como administrador apostólico de la diócesis de Huelva hasta la toma de posesión de su sucesor.

Mons. Santiago Gómez Sierra nació en Madridejos (Toledo) el 24 de noviembre de 1957 y fue ordenado sacerdote en la diócesis de Córdoba el 18 de septiembre de 1982. Es licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación (sección Filosofía) por la Universidad Complutense y en Teología (especialidades de Dogmática y Fundamental) por la Universidad Pontificia de Comillas.

Mons. Santiago Gómez, obispo auxiliar de Sevilla desde 2011

En la diócesis de Córdoba desempeñó en dos ocasiones el cargo de vicario general, además de formar parte del cabildo catedral, del que fue deán hasta su traslado a Sevilla, y del consejo presbiteral y el colegio de consultores.

Tras su ordenación sacerdotal fue destinado a Alcolea, siendo más tarde arcipreste del Alto Guadalquivir, y pasando posteriormente a la parroquia de San Juan y Todos los Santos (La Trinidad), en la que ejerció los oficios de párroco y adscrito.

Además de capellán y confesor de diversas comunidades religiosas, fue director espiritual de la sección cordobesa de la Adoración Nocturna Femenina Española. Vicerrector y formador del seminario mayor, así como profesor del mismo y del ISCR “Beata Victoria Díez”, ha trabajado también en otros ámbitos del campo educativo (vicepresidente del patronato de la Escuela Universitaria de Magisterio, miembro del con-

sejo diocesano para la Educación Católica) y la pastoral vocacional.

Ha sido presidente de la Comisión Ejecutiva de la Obra Pía Santísima Trinidad y vocal de la Junta de Gobierno de la Fundación “Santísima Trinidad. También ha sido miembro del consejo de administración de CajaSur y presidente del mismo.

El 18 de diciembre de 2010 se hacía público su nombramiento como obispo auxiliar de Sevilla. Recibió la ordenación episcopal el 26 de febrero de 2011.

En la CEE es miembro de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado desde marzo de 2020. Fue miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y de la Comisión Episcopal de Pastoral desde 2011.

Es delegado permanente por parte de los obispos del Sur de España para la Enseñanza.

Mons. José Vilaplana, obispo de Huelva desde 2006

Mons. **José Vilaplana** nació en Benimarfull, provincia de Alicante y archidiócesis de Valencia, el 5 de diciembre de 1944. Cursó estudios eclesiásticos en el seminario metropolitano de Valencia, recibiendo la ordenación sacerdotal el 25 de mayo de 1972. Durante el curso 1980-1981 realizó estudios de Teología Espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Tras su ordenación sacerdotal desarrolló su ministerio, de 1972 a 1974, como coadjutor en la parroquia Cristo Rey de Gandía (Valencia). Desde ese año y hasta 1980 fue rector del seminario menor de Játiva y responsable del Instituto de BUP de la misma población. Fue vicario episcopal de la zona de Alcoy-Onteniente y párroco de Penáguilla, Benifallim y Alcolecha entre 1981 y 1984. En 1984 fue párroco de San Mauro y San Francisco en Alcoy (Alicante).

El 20 de noviembre de 1984 fue nombrado obispo auxiliar de Valencia y recibió la ordenación episcopal el 27 de diciembre de ese mismo año. El 23 de agosto de 1991 fue trasladado a la sede episcopal de Santander. El 17 de julio de 2006 fue nombrado obispo de Huelva.

EL FNE RECIBE AYUDAS PARA 74 PROYECTOS NUEVOS

16 de junio de 2020

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española ha aprobado en su 452 reunión el pasado 10 de junio, la concesión de ayudas a 74 proyectos por un importe total de **651.000 euros**. Estos proyectos han sido financiados con la colaboración económica de la CEE, diócesis, congregaciones religiosas, otras instituciones eclesiales (Caritas, OCSHA), donantes particulares, etc.

Nº Expediente	Título del proyecto	Diócesis	País	Cantidad asignada
7670	Vehículo para transporte en la Parroquia de Tello	Jimma-Bonga	Etiopía	15.000
7942	Construcción sala de usos múltiples para centro pastoral	San José del Amazonas	Perú	6.000
8083	Formación del Clero de la Diócesis de Melipilla	Melipilla	Chile	9.000
8171	Formación de sacerdotes y laicos	Dedougou	Burkina Faso	7.000
8191	Construcción de un nuevo Templo	Abancay	Perú	9.000
8203	Equipo solar para tres capillas	Lolo	Rep. Dem. del Congo	9.000
8216	Reconstrucción de la casa parroquial de la catedral	Luxor	Egipto	20.000
8225	Compra de vehículo para pastoral	La Nueva Orán, Salta	Argentina	10.000
8236	Construcción de casa parroquial Bernardino de Siena	Guayaquil	Ecuador	9.000
8252	Vehículo para la Pastoral	Jimma Bonga	Etiopía	10.000
8259	Formación Católica para catequesis en Tierra Santa	Jerusalén	Israel	8.000
8273	Adquisición de vehículo para la parroquia Ntra. Señora de la Nube	San Jacinto	Ecuador	10.000
8275	Rehabilitación de la Capilla María del Carmen de Juancho	Barahona	República Dominicana	6.000
8285	Compra de un vehículo para la parroquia	Sarh	Chad	10.000
8287	Construcción primera etapa Casa Parroquial	Chulucanas	Perú	9.000
8297	Generador eléctrico para la Catedral	Port-Au-Prince	Haití	15.000
8302	Construcción de una sala de oración en Pedddavellamilli	Eluru	India	5.000
8304	Ayuda para la terminación de la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro	San Jacinto	Ecuador	9.000
8306	Compra de un vehículo	San Francisco de Macoris	República Dominicana	12.000

8309	Construcción de una capilla en Malpukur	Rajshahi	India	5.000
8310	Completar la construcción de la Iglesia de Duadaso NO.1	Sunyani	Ghana	9.000
8315	Formación de catequistas y equipamiento para 7 parroquias rurales	Juigalpa	Nicaragua	5.000
8316	Equipamiento de un salón pastoral de usos múltiples	Sonsonate	El Salvador	5.000
8318	Reconstrucción del noviciado	Homabay	Kenia	9.000
8320	Construcción de una casa para retiros espirituales	Cape Coast	Ghana	8.000
8323	Rehabilitación de un convento	Butare	Rwanda	9.000
8324	Renovación de la Casa de Formación del Seminario Menor	Vijayawada	India	5.000
8325	Equipamiento para el convento franciscano	Kinshasa	Rep. Dem. del Congo	9.000
8330	Mantenimiento del Internado Madre Pilar	Maputo	Mozambique	4.000
8335	Terminación de la Catedral de San José	Hosanna	Etiopía	12.000
8337	Equipar monasterio con una máquina de bordar	Machakos	Kenia	9.000
8338	Compra de vehículo para Seminario Diocesano	Chosica	Perú	9.000
8343	Construcción de Villa del Rosario	Palmira	Colombia	10.000
8345	Rehabilitación del centro de catequesis	Chiclayo	Perú	3.000
8346	Construcción de la Parroquia de Sao Paulo	Nacala	Mozambique	8.000
8348	Construcción Laura de las Ermitañas del Corazón de Jesús	Mérida	Venezuela	8.000
8349	Apoyo de la construcción de la capilla San Guido María Conforti	Douala	Camerún	12.000
8350	Remodelación de la casa de las Misioneras	San Nicolás de los Arroyos	Argentina	9.000
8352	Animación pastoral en Manicaragua	Santa Clara	Cuba	2.000
8353	Vehículo para la nueva misión en Mzola	Hwange	Zimbabwe	10.000
8361	Ampliación y reconstrucción de salón multiusos	Aguarico	Ecuador	6.000
8362	Construcción de alojamiento para labor pastoral en Maputo	Maputo	Mozambique	10.000
8371	Casa para sacerdotes retirados	Udupi	India	25.000
8372	Centro pastoral diocesano	Chikmagalur	India	12.000
8373	Adquisición de un vehículo para la parroquia	Cuenca	Ecuador	9.000
8374	Terminación de la iglesia de Lattu, Parroquia de la Reconciliación	Kudugu	Burkina Faso	10.000
8375	Terminación de la iglesia parroquial en Karisalpaty	Dindigul	India	9.000
8376	Formación pastoral para las escuelas católicas	Dindigul	India	9.000
8377	Casa para los misioneros en Mecaya	Puerto Leguizamo-Solano	Colombia	12.000

8383	Vehículo para el ministerio pastoral del Obispo	Kandi	Benín	12.000
8386	Construcción de una capilla	Kabgayi	Rwanda	9.000
8388	Programa Pastoral Infantil y Familia	Jerusalem	Israel	9.000
8389	Celdas Prefabricadas para Hermanas Contemplativas	Tirana – Durrës	Albania	10.000
8390	Completar la construcción de la Iglesia de St. Kizito	Solwezi	Zambia	9.000
8393	“Familia: Sé lo que eres”	Belo Horizonte	Brasil	9.000
8395	Construcción de un templo en Nura	Santísima Trinidad en Almaty	Kazajistán	10.000
8396	Formar agentes de pastoral para evangelización	Caxito	Angola	7.000
8397	Compra de objetos litúrgicos para evangelización	Caxito	Angola	5.000
8399	Compra de vehículo para Misioneras Teresianas	Kaolack	Kenia	5.000
8405	Pozo de agua para el seminario	Yapougon	Costa de Marfil	9.000
8406	Construcción de una cocina y valla perimetral de la casa	Fort Port	Uganda	9.000
8407	Pastoral penitenciaria	Jacmel	Haití	7.000
8409	Terminación de las obras de la casa parroquial	Kinshasa	Rep. Dem. del Congo	9.000
8410	Formación de catequistas en las parroquias	N'Dali	Benín	5.000
8414	Compra de un vehículo	Banfora	Burkina Faso	10.000
8418	Remodelación de los salones parroquiales	Buenaventura	Colombia	9.000
8420	Centro de pastoral sanitaria	Mendi	Papúa Nueva Guinea	8.000
8424	Construcción de la parroquia San Josemaría Escrivá	San Fernando de Apure	Venezuela	12.000
8433	Construcción de cuatro capillas	Gulu	Uganda	10.000
8435	Pastoral vocacional Hijas de la Misericordia	Coronel Oviedo	Paraguay	7.000
8437	Refacción del Monasterio de las Hermanas Clarisas	Cochabamba	Bolivia	5.000
8438	Sistema solar para convento	Mbeya	Tanzania	5.000
8462	Remodelación y acondicionamiento de un salón multiusos	Sicuani	Perú	6.000
8480	Formación de agentes de pastoral con jóvenes	Caracas	Venezuela	5.000
Total	651.000			

Distribución de las ayudas por continentes y por objetivos

Continente	Número de proyectos	Cantidad	Porcentaje
África	32	294.000	45,16
América	30	242.000	37,17
Asia	10	97.000	14,90
Europa	1	10.000	1,54
Oceanía	1	8.000	1,23
Total general	74	651.000	100,00

Objetivos generales	Número de proyectos	Cantidad	Porcentaje
Catequesis y formación	11	77.000	11,83
Construcción y equipamiento	36	339.000	52,07
Monasterios e institutos religiosos	14	109.000	16,74
Sacerdotes	0	0	0,00
Seminarios	3	23.000	3,53
Vehículos	10	103.000	15,82
Total general	74	651.000	100,00

20 DE JUNIO: JORNADA VIRTUAL DE PASTORAL FAMILIAR

17 de junio de 2020

La **Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida** de la Conferencia Episcopal Española, celebra la Jornada de Delegados y Agentes de Pastoral Familiar el próximo **20 de junio** de manera virtual debido a la crisis del **coronavirus**.

Se trata del primer encuentro de delegados en el que participa el nuevo presidente de la Subcomisión y obispo de Jerez de la Frontera, **Mons. José Mazuelos**. Tras la despedida de su antecesor en el cargo, el obispo de Bilbao, **Mons. Mario Iceta** y la intervención de Mons. Mazuelos se abrirá un tiempo de coloquio.

Después, se presentará a los delegados el material ***Juntos en Camino + Q2***. Un trabajo realizado por la Subcomisión en estos últimos años que se ofrecerá a los delegados para su posterior utilización y posibles contribuciones.

Programa:

- 10:00 Oración
- 10:15 Despedida del Obispo saliente y presentación del Obispo entrante en la Presidencia de la Subcomisión.
- 10:30 Intervención de Mons. D. José Mazuelos.
- 11:00 Diálogo-coloquio con el Obispo Presidente
- 11:15 Presentación de los materiales ***“Juntos en camino. +Q2”***
- 11:40 Propuesta de colaboración de los asistentes y coloquio
- 12:00 Clausura

CARMEN CALVO SE REÚNE CON EL CARDENAL OMELLA

24 de junio de 2020

La vicepresidenta primera del Gobierno, ministra de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, Carmen Calvo, se ha reunido con el presidente de la Conferencia Episcopal Española y Cardenal Arzobispo de Barcelona, cardenal Juan José Omella, en La Moncloa.

Se trata del primer encuentro entre ambos, tras la renovación de la Presidencia de la CEE, asumida por el cardenal Omella en el pasado mes de marzo. La vicepresidenta se había reunido con el anterior presidente, el cardenal Ricardo Blázquez, con motivo de su despedida.

En el marco de las relaciones con la Iglesia católica, Carmen Calvo también mantuvo un encuentro de bienvenida al nuevo nuncio vaticano en España, monseñor Bernardito Auza, el pasado mes de enero y se constató la fluidez de las relaciones entre España y la Santa Sede.

Esta cita forma parte de la **ronda de contactos** que inicia la vicepresidenta primera con los representantes de las principales confesiones religiosas implantadas en nuestro país, tras asumir las políticas destinadas al ejercicio del derecho a la libertad religiosa y la relación con todas las confesiones presentes en la sociedad española.

Durante la reunión, se ha constatado la **buena disposición** de ambos interlocutores que han abordado sin restricciones cuestiones de interés mutuo, que configuran el marco de relación entre la Iglesia católica y el Estado actualmente.

En este sentido, se ha acordado establecer una **agenda amplia** de trabajo para avanzar en un modelo que permita la colaboración y la resolución de las posibles discrepancias que pudieran plantearse y se han designado a las personas encargadas de ello. Asuntos como la fiscalidad de la Iglesia, la protección a la infancia, las inmatriculaciones o la reforma del marco normativo de la educación, figuran entre las cuestiones que serán abordadas.

Finalmente, se pretende revitalizar los trabajos de la Comisión Mixta, prevista en los **Acuerdos con la Santa Sede**, como un espacio de trabajo y diálogo institucional que permita actualizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado a los momentos en los que vivimos.

VI ENCUENTRO DE MÚSICOS CATÓLICOS

25 de junio de 2020

La Subcomisión Episcopal de Juventud e Infancia de la Conferencia Episcopal Española organiza el **VI Encuentro de Músicos Católicos Contemporáneos los días 26, 27 y 28 de junio**. Estos encuentros surgen con el objetivo de **potenciar el diálogo con los jóvenes** desde una identidad católica, a través de la música.

Este año la jornada estará dedicada a la **Verdad**. Uno de los puntos del documento final del sínodo de “Los Jóvenes, la Fe y el Discernimiento Vocacional”. Para ello, participarán diversos ponentes que ayudarán a reflexionar los jóvenes sobre este tema:

“Comunicando la verdad” – José Luis Pérez, periodista, director y presentador de TRECE al día (TRECE TV)

“Cantando la verdad” – Martín Valverde, cantautor, músico y compositor católico

«Corresponsables en la verdad» – Mons. D. Carlos Escribano, Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño y Presidente de la Comisión de Laicos, Familia y Vida de la CEE